

NUESTRA
AMÉRICA
COMBATE

José Martí

050924



José Martí

**NUESTRA AMÉRICA
COMBATE**



ny 3782

José Martí

NUESTRA AMÉRICA COMBATE

Selección, introducción y cronología mínima:
Ibrahim Hidalgo Paz

Semblanza biográfica: Roberto Fernández Retamar

Presentación: Cintio Vitier



CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS
La Habana, 2009

INSTITUTO AUTÓNOMO
BIBLIOTECA NACIONAL
Y DE SERVICIOS
DE BIBLIOTECAS



DEPARTAMENTO
DE LIBROS
Y FOLLETOS

Edición / Laura Álvarez Cruz
Diseño y cubierta / Nydia Fernández Pérez
Composición / Alina Fuente Hernández

© Sobre la presente edición:
Centro de Estudios Martianos, 2009

ISBN 978-959-271-089-4

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS
Calzada No. 807, esq. a 4, El Vedado,
Plaza, La Habana, 10400, Cuba.
Fax: (537) 8333721
E-mail: cem@josemarti.co.cu

A quienes luchan por fundar un mundo mejor.

“De pensamiento es la guerra mayor que se nos hace:
ganémosla a pensamiento”.

José Martí: Carta a Benjamín J. Guerra y Gonzalo de Quesada,
10 de abril de 1895.

DE IDEAS Y DE ACTOS SE TRATA

Presentación

Perteneciente al segundo grupo fundador del Centro de Estudios Martianos, con la Dirección inicial de Roberto Fernández Retamar, en una sala de la Biblioteca Nacional, Ibrahim Hidalgo Paz ha llegado a ser uno de los más destacados especialistas en la vida y la obra de nuestro Apóstol.

Comenzó dedicándose a la cronología martiana, que le debe un trabajo impecable. Se lanza ahora a la selección de textos de José Martí que contienen las más profundas vislumbres y observaciones, contextualizadas con indudable sabiduría, no sólo para los años y siglos futuros de lo que Martí intuyó como “Nuestra América”, sino también para los años y siglos futuros (si es que puede sobrevivir a las actuales circunstancias y perspectivas) de la Humanidad, que es, como él también intuyó, nuestra Patria Mayor.

Por ese fundamental servicio, lo abrazamos en estas líneas.

CINTIO VITIER

Agosto de 2007.

Motivaciones. Objetivos

Vivimos en una época de recios enfrentamientos. Pero esta vez no se trata del combate desigual contra dictaduras militares, ni el de opositores aislados a desgobiernos entreguistas. Los pueblos de Nuestra América han pasado a la ofensiva. Es este un momento crucial de la historia común del continente, pues como nunca había ocurrido, han ascendido al poder, casi al unísono, varios líderes dispuestos a defender la soberanía de sus nacionales y a poner las riquezas de los suelos, las aguas, los cielos y hasta el aire al servicio de los hijos de sus respectivos países, y de establecer con los vecinos lazos de cooperación que los liberen de la dependencia extranjera.

Los hombres naturales del continente reconocen sus intereses comunes, y apartan de sí las promociones de odios y recelos divisionistas, sólo beneficiosos para quienes siempre los han despreciado y utilizado como animales de carga y laboreo, y, con engaños diversos, en la defensa de sus bienes espurios frente a otros sectores igualmente oligárquicos, aspirantes al poder y a mayores dividendos. Los pueblos han comenzado a andar, nuevamente, con la experiencia acumulada en derrotas anteriores, guiados por hijos de sus propias entrañas, iluminados por verdades ancestrales, sostenidos por millones de brazos, decididos a defender el derecho a la vida.

Pero, como en todo combate, el enemigo está enfrente. El poderoso enemigo externo no cesa en sus maniobras, con el

apoyo de gobiernos lacayos, o de elementos antinacionales en los países donde los anhelos aspiran a transformarse en fuerza material. Es por ello necesario reiterar, una vez más, que ninguna ley inexorable de la historia, ni la voluntad de ningún hombre o de agrupaciones de estos, garantizan la victoria, por justa que sea la causa defendida. Sólo la unidad de todas las fuerzas dispuestas a alcanzar y preservar la independencia, la soberanía y la equidad crea las condiciones para el enfrentamiento a la conjunción de los elementos de fuera y de dentro, coaligados en el propósito de mantener imperturbables sus posiciones de privilegio y extorsión. La unidad como principio. La unidad en los principios democráticos y populares, sin exclusiones debilitantes, sin discriminaciones ni prejuicios.

Quienes se proponen encauzar los esfuerzos comunes para alcanzar un orden social más justo, deben exponer diáfana-mente los objetivos programáticos a las grandes masas, que serán guiadas tras estos, y trazar las vías y los métodos para su consecución. Frente al plan imperial, el plan revolucionario. De ideas y de actos se trata, y estos tienen que estar guiados por aquellas, para no errar el rumbo, y perecer en el inútil intento de alcanzar ilusiones enarboladas a destiempo. El pensamiento ha de guiar la acción. La teoría revolucionaria ha de orientar la práctica revolucionaria. Antes de clamar por el apoyo a un proyecto, ha de elaborarse este con la participación de quienes lo ejecutarán, so pena de que la improvisación, las enmiendas impensadas, la precipitación, y pragmáticos cambios de rumbo generen desconcierto, desconfianza, desgaste inútil de fuerzas y, lo peor, pérdida de apoyo.

En América, como en el resto del mundo, los pueblos no comienzan a escribir la historia con cada amanecer, pues el pasado se halla presente como referencia obligada para quienes aspiran a sobrevivir la desmemoria. En estos años iniciales del siglo XXI, nuestros padres fundadores tienen mucho que hacer todavía, junto a los hombres y mujeres que inspiran y orientan con sus ideas y sus ejemplos. Es cierto que no

son estos los tiempos de la colonia, ni de las primeras repúblicas, pero también lo es que existen similitudes entre muchos de los enormes problemas históricos que tuvieron que enfrentarse en aquellas épocas y los del presente, en el que sobreviven rémoras del pasado reciente y lejano, como gusanos en la sangre y en la médula.

Debemos, pues, esforzarnos por conocer cómo pensaron aquellos que, frente al oscurantismo y la incultura, el atraso económico y el aislamiento, la dispersión y las pugnas internas generaron soluciones propias para las interrogantes que nadie se había planteado con anterioridad en estas tierras. Ciertamente que lograron el acceso, tras burlar la censura, a las obras de los más avanzados pensadores europeos, pero estos no tuvieron ante sí los pueblos originarios, marginados, oprimidos hasta la mansedumbre, o indoblegables frente a la represión aun después de siglos; ni conocieron la espléndida naturaleza americana, las peculiares contradicciones entre los dominadores y sus hijos, que ya no aceptaban la tutela. Regiones, seres humanos y dificultades peculiares generaron pensamientos acordes con estos ámbitos que, con asombro y desconcierto, otros denominaron Nuevo Mundo.

Las ideas primigenias deben estar presentes en los razonamientos actuales, pues constituyen una valiosa herencia intelectual. Los errores y los aciertos de nuestros predecesores nos impulsan a superar aquellos e incorporar estos a nuestro patrimonio. Entre los hombres que no se cansaron de amar y de pelear se encuentra José Martí, quien en los últimos decenios del siglo XIX sintió como suyos los sufrimientos de los seres humanos, concibió soluciones e intentó ponerlas en práctica. Tanto vio, pensó y postuló, que sus ideas esenciales mantienen vigencia en los convulsos tiempos actuales. Analizó los rasgos más sobresalientes de su época, y generó una concepción original, con hondas raíces universales, americanas y cubanas, acerca de la emancipación humana, la justicia social, la independencia política y económica, así como las vías y los métodos más acertados

para destruir el poder colonial que oprimía a su patria y fundar una República libre y democrática.

Cada pueblo busca las soluciones a sus dificultades en correspondencia con su realidad y sus tradiciones, y sustenta su actuación en las ideas del pasado que conservan validez en el presente, y en las de los hombres y mujeres de hoy que superan estas con nuevos aportes y enfoques en correspondencia con estos tiempos en que los países que se decían paradigmas florecientes del *socialismo real* se derrumbaron, sin el respaldo de sus pueblos; en que el imperialismo estadounidense aspira a la hegemonía total y el dominio universal, con el apoyo de las transnacionales insaciables; y, al propio tiempo, en que cada vez son más los que comprenden que un mundo mejor es posible, y que podemos alcanzarlo.

En este combate por lograr una vida libre, en países independientes, soberanos, en que se alcance la dignidad plena del hombre, el pensamiento martiano debe ocupar un lugar preferente. No será el único arsenal de ideas a que apelen quienes aspiran a guiar a sus pueblos, pero debe hallarse, como uno de los componentes esenciales, en la concepción de un mundo más justo, por su hondo contenido humanista, sus fundamentos democráticos y su proyección antiimperialista.

Esta selección de textos pretende reunir en un breve volumen las expresiones más significativas del pensamiento de José Martí. La obra está concebida para quienes desconocen sus ideas, o sólo han leído algunos de sus textos y, seducidos por su contenido y belleza expresiva, aspiran a nuevos acercamientos. Quizás, por la estructura temática y la precisión de las fuentes en cada texto, pudiera ser útil, además, para algunos estudiosos de la obra martiana, así como para maestros, periodistas y divulgadores en general. Otros destinatarios posibles son los nuevos grupos de lectores que, en el caso de nuestro país, tienen un sentido generacional, pues se halla libre del analfabetismo desde hace decenas de años, pero que podría dirigirse a aquellos que, en diversos ámbitos de nuestro continente —¿y de otros puntos del planeta?— han recibido y reciben los beneficios del método *Yo sí puedo*,

y ansían libros que les abran nuevos horizontes, una vez alcanzado el primer paso hacia la libertad espiritual. Y, conocidos los textos de esta selección, pudieran abordarse compilaciones de mayor magnitud, como *Nuestra América*, de Roberto Fernández Retamar; o los cuatro volúmenes de los *Cuadernos Martianos*, realizados por Cintio Vitier.

Como puede apreciarse en el índice, el volumen está dividido en cinco secciones. La primera recoge una semblanza biográfica, seguida de una breve cronología, que posibilitarán el conocimiento somero, pero riguroso, de la vida y la obra del Maestro. Las otras, *Nuestra América*, *Las entrañas imperiales*, *Táctica y estrategia revolucionarias* y *Un mundo nuevo*, como sus títulos sugieren, agrupan fragmentos y algunos textos íntegros en los que expuso sus ideas, preocupaciones, previsiones y proyectos.

Espero que la lectura de esta pequeña selección posibilite un fructífero acercamiento al conjunto armónico del pensamiento de José Martí, e incite a nuevas lecturas y a la profundización del conocimiento de la vida y la obra de este hombre universal.

IBRAHIM HIDALGO PAZ

Sobre la presentación de los documentos

1. Los títulos de la generalidad de los fragmentos han sido formulados por el compilador, y situados entre corchetes. En los casos en que se han utilizado frases de Martí para estos fines, aparecen entrecomilladas.
2. Los textos que se reproducen íntegramente conservan el título original, como aparecen en las fuentes de donde son tomados, y sin entrecomillar.
3. Al pie de cada texto se indican las fuentes de origen, en letras de puntaje menor, entre corchetes. Los casos que se han cotejado por las *Obras completas. Edición crítica* o por otras compilaciones se indican de modo que el lector esté advertido de posibles variantes, y, además, pueda localizar el escrito martiano, si desea consultarlo.

Sobre las siglas utilizadas

Las siglas, entre corchetes, corresponden a las siguientes obras de José Martí:

1. *OC: Obras completas*, La Habana, 1963-1973, (28 tomos).
2. *OCEC: Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, tomos 1 al 9, 2000-2004.
3. *PCEC: Poesía completa. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos y Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1985, (2 tomos).
4. *Epistolario*, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, prólogo de Juan Marinello, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, (5 tomos).
5. *DCEF: Diario de Campaña*, edición facsimilar, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.
6. *OCNY: Otras crónicas de Nueva York*, investigación, introducción e índice de cartas de Ernesto Mejía Sánchez, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983.

En los casos de las obras en varios tomos, el primer número después de las siglas corresponde a este, y el segundo a la o las páginas.

JOSÉ MARTÍ:
HOMBRE DE TODOS LOS TIEMPOS

Semblanza biográfica de José Martí

Encarcelado y llevado a juicio, por haber asaltado el cuartel Moncada en Santiago de Cuba el 26 de julio de 1953, Fidel Castro responde a los jueces que quieren conocer al autor intelectual del asalto: "Es José Martí." Años después, los grandes documentos políticos en que se fija la orientación del proceso revolucionario desencadenado aquel 26 de julio, trátense de las llamadas *Primera Declaración de La Habana* (1960) y *Segunda Declaración de La Habana* (1962), o de la *Constitución de la República* (1976 y 1992), comienzan remitiéndose a José Martí.

Este dirigente político que más de medio siglo después de su muerte seguía siendo subversivo, es el escritor a quien Rubén Darío llamó "Maestro", y Alfonso Reyes, "supremo varón literario"; el mismo a quien Gabriela Mistral consideraba "el hombre más puro de la raza", y Ezequiel Martínez Estrada, no solo "un Héroe", sino además "un Santo, un Sabio y un Mártir", y por añadidura "el faro que mejor nos guíe".

¿Quién es este hombre extraordinario a quien, al cumplirse el siglo de su nacimiento, el propio Fidel Castro atribuye la paternidad de la más creadora revolución del continente americano; a quien recitan de memoria los escolares de su tierra y los escritores más exigentes? ¿Quién es este hombre que antes de sus dieciocho años, después de haber padecido presidio político, salió desterrado de su Isla, y regresó a los

cuarentidós años a pelear en la guerra que él organizara, y en uno de cuyos primeros combates moriría; que dejó millares de páginas escritas en la mejor lengua española, y previó en política, en educación y en arte, y al que hoy citan los estadistas, los maestros, los escritores y los hombres sencillos, y lo reverencian todos?

En 1853 morían fuera de Cuba, uno en Madrid y otro en la Florida, dos hombres relevantes del país, que habían propuesto soluciones a sus problemas políticos: uno, el patricio Domingo del Monte, pensó que tales soluciones no debían llegar a la separación de España, sino encarnar en reformas adecuadas; otro, el presbítero Félix Varela, sustentó en cambio con razones suficientes la necesidad de la independencia de Cuba. Por pretender llevar a vías de hecho este último criterio cuarenta años antes, en 1812, había sido ejecutado en La Habana el artesano negro José Antonio Aponte, “el primer cubano que soñó la bella inspiración de rebelarse contra la dominación española de un modo práctico”, como escribiera el historiador Juan Arnao en 1877. También había sido llevado al cadalso en La Habana, en 1851, el militar venezolano Narciso López, por haber tratado de invadir la Isla para anexarla a los Estados Unidos. La idea de separar a Cuba de España tenía pues su desarrollo, sus irreconciliables diferencias y sus grandes muertos al mediar el siglo xix. Aquel año 1853, el 28 de enero, nacía en La Habana José Martí. Fue el hijo de españoles humildes (don Mariano y doña Leonor), a quienes la necesidad había arrojado a la “siempre fidelísima” isla de Cuba, donde se conocieron y casaron. Cuba era, con Puerto Rico, la última colonia española en el Nuevo Mundo. Siete hijas tendría después el matrimonio. Fueron, dirá el propio Martí, “pobres, muy pobres”. Para subvenir a las necesidades más urgentes, el padre, con ocasionales momentos de desempleo, practicó diversas actividades menores. El hijo varón, niño todavía, tuvo que acompañarlo en algunas, a veces fuera de La Habana y aun de Cuba.

El encuentro de Martí con el maestro cubano Rafael María de Mendive (1821-1886) fue decisivo. Mendive, que además de maestro era un delicado poeta y un patriota irreductible, dirigía la escuela en que Martí fue inscrito, y descubrió pronto las cualidades excepcionales del muchacho. Pidió del padre, y finalmente obtuvo, autorización para costear sus estudios. En lo adelante, hasta que es desterrado en 1869, fungirá como su segundo padre, y tendrá una influencia determinante en su vida. Fue en él que Martí vio deslumbrado, todavía en su niñez, la conjunción del hombre de letras, el maestro y el patriota; al intelectual que se opone virilmente a la tiranía y sufre cárcel y destierro. Imposible no reconocer esta fijación en las primeras actividades públicas de Martí, que reproducirán por esos años y magnificarán más tarde las del maestro. En el colegio particular de Mendive, llamado San Pablo, sabe luego de tertulias literarias y políticas. Alguna vez, el maestro (que es traductor de Moore, como lo será después Martí) lo sorprenderá vertiendo al español, a escondidas, poemas de Byron. Antes había intentado hacerlo con *Hamlet*. Tiene trece años.

A los quince años de su vida, estalla en la cercanía de Yara, Oriente, el 10 de octubre de 1868, la guerra cubana contra España, que habría de extenderse en su primera parte por diez años. Aunque hijo de españoles, Martí, el discípulo predilecto del criollo Mendive, se adhiere desde el primer momento a "la causa de Yara". Publica clandestinamente su soneto "¡10 de Octubre!" ("Del ancho Cauto a la Escambráica sierra, / Ruge el cañón [...]"); contribuye a editar, a comienzos de 1869, primero *El Diablo Cojuelo*, y luego el "semanario democrático cosmopolita" *La Patria Libre*, que no pasan del primer número. En este último, da a conocer su poema dramático "Abdala", "escrito expresamente para La Patria". Martí, al frisar los dieciséis años, escribe la profecía de su vida. El joven Abdala debe defender su patria, Nubia (transparente alusión a Cuba), frente al opresor, a pesar de los ruegos de su hermana y de su madre, en cuyos brazos acabará por

morir. A la madre, que intenta vanamente detenerlo, Abdala explica:

*El amor, madre, a la patria,
No es el amor ridículo a la tierra,
Ni a la yerba que pisan vuestras plantas;
Es el odio invencible a quien la oprime,
Es el rencor eterno a quien la ataca;
Y tal amor despierta en nuestro pecho
El mundo de recuerdos que nos llama
A la vida otra vez [...]*

En lo adelante, los sucesos van a precipitarse. El colegio de Mendive será clausurado; el maestro, encarcelado primero y deportado después. Por un incidente menor, los “voluntarios” españoles —organizados para combatir a los cubanos— penetran en casa del amigo fraternal de Martí, Fermín Valdés Domínguez (1852-1910), y encuentran allí una carta en que se acusaba a un condiscípulo de apostasía por haber ingresado en el ejército español. La carta está firmada por Martí y Valdés Domínguez. El 21 de octubre de 1869 son encarcelados. En el juicio, el 4 de marzo de 1870, Martí reclama enérgicamente la paternidad de la carta, y el derecho de Cuba a su independencia. Es condenado a seis años de prisión. El 4 de abril se le lleva a realizar trabajos forzados en canteras, y seis meses más tarde, por gestiones del padre con el arrendatario de las canteras, es enviado a la Isla de Pinos, y finalmente se le conmuta la pena por destierro a España, hacia la cual partirá el 15 de enero de 1871. Va a cumplir dieciocho años, y ha estado uno en prisión. Horas antes de tomar el barco, escribe a Mendive: “Mucho he sufrido, pero tengo la convicción de que he sabido sufrir. Y si he tenido fuerzas para tanto y si me siento con fuerzas para ser verdaderamente hombre, sólo a Vd. lo debo y de Vd. y sólo de Vd. es cuanto de bueno y cariñoso tengo”. A pocos meses de su llegada, en ese propio año 1871, publica en Madrid su impresionante alegato *El presidio político en Cuba*. En tono

a la vez realista y simbólico, impregnado de sabor bíblico, el joven denuncia allí la espantosa situación del presidio político en Cuba. Martí sale de Cuba formado, a pesar de sus pocos años. Su precocidad genial y las tremendas pruebas a que es sometido hacen de él un hombre maduro en el momento en que abandona el país.

La vida en España (1871-1874), aunque dura, será importante para él. Allí se le reunirá Valdés Domínguez, deportado también, después del proceso iniciado que el 27 de noviembre de 1871 concluirá con el fusilamiento de ocho estudiantes cubanos de Medicina. Mientras gana su vida trabajosamente, ofreciendo clases, Martí estudiará, de manera irregular, el resto de su Bachillerato y Derecho y Filosofía y Letras en las Universidades de Madrid y Zaragoza. Polemiza en los diarios sobre la cuestión cubana, y en 1873 publica un nuevo opúsculo, *La República española ante la Revolución cubana*, en que emplaza a la naciente y pronto fallida República española a ser consecuente con sus principios en lo que toca a Cuba: no lo fue. En España, Martí no solo ve las cominerías de su política, sino que además aprecia las virtudes de su pueblo, y se familiariza con los clásicos españoles, con sus pintores, místicos y estoicos. Allí, dirá luego, “rompió su corola / La poca flor de mi vida”.

Abandona España a finales del 74. Conoce, de pasada, Francia. Y marcha a México, vía Southampton y Nueva York. En México, adonde llega el 8 de febrero de 1875, se reúne con su familia, que se ha establecido temporalmente allí; adquiere amistades profundas, sobre todo la de Manuel A. Mercado, y conoce a quien será su esposa; acaba de hacerse periodista y crítico (colaborando especialmente en la *Revista Universal*, sobre todo con el seudónimo *Orestes*), y se interesa en las luchas obreras.¹ De México (“el país”, escribirá a Mercado en diciembre de 1889, “que después del mío quiero [...] más”) lo separan, como de los otros

¹ Paul Estrade: “Un ‘socialista’ mexicano: José Martí”, en *Casa de las Américas*, No. 82, La Habana, enero-febrero de 1974.

países hispanoamericanos en que vivirá, los desmanes políticos: en este caso, el Golpe de Estado de Porfirio Díaz en 1876. Por rechazarlos en uno y otro sitio, abandonará México, Guatemala y Venezuela, países donde vivirá entre 1875 y 1881, con ocasionales estancias en España, a la que se le desterrará de nuevo (1879), Nueva York (1880) y la propia Cuba. En Guatemala será profesor, y en homenaje suyo escribirá el folleto *Guatemala*, publicado en México en 1878. En Venezuela habrá de editar una revista que solo conocerá dos números: la *Revista Venezolana* (1881), en la cual aparecen ya algunos de los trabajos literarios importantes de Martí. En todas partes es grande su influencia en la juventud. Está en Cuba en dos ocasiones: en 1877, cuando con su segundo nombre y su segundo apellido (Julián Pérez) visita La Habana fugazmente; y en 1878, en que habiendo renunciado a la cátedra que desempeñaba en Guatemala, por solidaridad con un amigo depuesto por el presidente Barrios, vuelve a su país, el cual conoce la tregua que siguió a la Guerra de los Diez Años. Allí, Martí ejerce como pasante en un bufete. Pero sobre todo habla públicamente de sus convicciones revolucionarias y se mezcla en actividades conspirativas, por lo que es deportado a España al año siguiente (1879). Esta nueva vez, permanecerá unos dos meses en España, de donde, siguiendo la ruta del otro destierro, pasará a Nueva York (1880) y Caracas (1881), hasta regresar a la anterior ciudad, a mediados de 1881.

Su existencia andariega no encontrará cierto reposo sino a partir de esta fecha, en que se fija en Nueva York. En los Estados Unidos permanecerá hasta 1895, sin viajar al extranjero en los primeros años, y con saltos rapidísimos, a partir de 1892, a Haití, Santo Domingo, Jamaica, Panamá, Costa Rica, México, cuando ya está entregado de lleno a la preparación de la guerra. Esta vida contribuye a apresurar la desdicha conyugal. Se había casado en México, en 1877, con la cubana Carmen Zayas Bazán. Esperaba ella un hijo cuando Martí renuncia a su puesto en Guatemala y marcha

a su patria. No tenía aún dos años el niño cuando Martí es deportado otra vez a España. En vano la esposa, que no comprende la tarea que Martí se ha impuesto, espera de él asentamiento. Pronto el hogar está dañado, y aunque hay esfuerzos de reconciliación en torno al hijo, en 1891 la ruptura es definitiva. Para entonces, Martí se ha acercado a otra mujer, viuda, en cuya casa de huéspedes ha vivido en Nueva York, y cuyos hijos (especialmente la más pequeña, María, a la cual vio nacer en 1880) querrá como suyos: la cubana Carmen Miyares, viuda de Mantilla. En ella, escribió muchos años después María Mantilla, Martí "encontró todo el consuelo, apoyo, cariño y calor que jamás encontró en su propia mujer".

Al mismo tiempo, los viajes a que se ve obligado Martí (unas veces por destierro; otras, para ganarse la vida sin doblegarse; otras, en fin, para preparar la revolución) le permiten tener un conocimiento de primera mano de las realidades inmediatas entre las cuales se mueve el país. En España se incorpora cuanto de vivo le ofrecen su pueblo y su tradición cultural, pero verifica la imposibilidad de que Cuba permanezca unida a ella: es otro país. En las varias repúblicas latinoamericanas donde vive, se abre a la comprensión de una unidad mayor, que él llamará "nuestra América", dentro de la cual aparece articulada Cuba. En los Estados Unidos, el país extranjero donde permanece más tiempo, se familiariza con la que consideró "la América europea". Y sin dejar de reconocer al principio sus virtudes, pronto ve espantado cómo reaparecen allí los vicios que creía haber dejado atrás, en Europa (y que no eran sino las lacras del capitalismo desarrollado), y ratifica la diferencia de estructura y espíritu entre las dos Américas. Además, y esto es acaso lo más importante, Martí vive en los Estados Unidos en el momento en que la nación pasa, de su capitalismo premonopolista, al capitalismo monopolista e imperialista que la llevará, inexorablemente, a arrojarse sobre el mundo; en primer lugar sobre la América Latina, y en particular sobre

Cuba. El hecho de que su patria permanezca como colonia ostensible agudiza dramáticamente su sensibilidad y su comprensión de estos problemas, haciéndolo el primer antiimperialista cabal del Continente.

En los años iniciales, aunque entiende pronto la realidad norteamericana, su gran preocupación es la independencia frente a España. En su primera estadía larga en Nueva York, durante 1880, preside interinamente el Comité Revolucionario Cubano de Nueva York, que había proclamado en 1879 la llamada "Guerra Chiquita": mediante este movimiento bélico cuyo jefe militar fue el general Calixto García (1839-1898), se intentó llevar de nuevo la guerra al país; pero este, fatigado tras diez años de pelea contra España, no se encontraba todavía maduro para reiniciar el combate, y el nuevo intento se extinguirá al año.

Martí no cesa en su empeño, sin embargo, y prosigue dirigiéndose a las grandes figuras de la pasada etapa de la guerra, instándolos a reiniciar la lucha libertadora: la cual, según él, desde la arrancada debía tener bien clara su orientación política revolucionaria y democrática. Al general Máximo Gómez (1836-1905) le escribe el 20 de julio de 1882:

¿A quién se vuelve Cuba, en el instante definitivo, y ya cercano, de que pierda todas las nuevas esperanzas que el término de la guerra, las promesas de España, y la política de los liberales [autonomistas] le han hecho concebir? Se vuelve a todos los que le hablan de una solución fuera de España. Pero si no está en pie [...] un partido revolucionario que inspire, por la cohesión y modestia de sus hombres, y la sensatez de sus propósitos, una confianza suficiente para acallar el anhelo del país—¿a quién ha de volverse, sino a los hombres del partido anexionista [...]?

Al cabo, en 1884, los planes parecen a punto de hacerse realidad. Martí se reúne en Nueva York, en octubre de ese año, con los generales Máximo Gómez, nacido en Santo

Domingo, y Antonio Maceo (1845-1896). Ambos habían salido de la Guerra de los Diez Años con enorme prestigio, y, por su extracción popular (eran pequeños propietarios agrícolas, y Maceo, además, mulato), representaban la radicalización creciente que había conocido esa guerra. En aquella ocasión, sin embargo, no llegan a concretarse los planes martianos. Martí estima que Gómez, atribuyendo el fracaso de la guerra anterior a las trabas y al civilismo extemporáneos del gobierno en armas (y no viendo en la orientación política de “un partido revolucionario” sino una continuación de aquel civilismo), pretende dar un marcado carácter personal y militar al nuevo gobierno; y decide desvincularse de los planes, por temor de contribuir a llevar a su patria una variante del estéril caudillismo que ha visto dañar a otros países hispanoamericanos. El 20 de octubre de ese año, al romper con Gómez, le escribirá en carta dolorosa: “Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento.” Esa ruptura es una dura decisión, que cuesta a Martí los años más amargos de su vida. Hasta 1887 permanecerá voluntariamente marginado de las tareas concretas en favor de la guerra independentista: tareas que, por otra parte, no llegan a materializarse sin su concurso. En la Isla, mientras tanto, va creciendo una campaña autonomista que, si bien permite expresarse a independentistas velados, es índice sobre todo de la actitud conciliadora, francamente reaccionaria, que ha asumido la burguesía agrícola criolla a raíz de la derrota del 78.

En esos años de marginación política, Martí escribe copiosamente. Ya había hecho periodismo durante su estadía en México; en los propios Estados Unidos, en 1880, había publicado en *The Sun* y *The Hour* principalmente críticas sobre arte y literatura; pero fue gracias a su colaboración en periódicos de lengua española, una vez fijado en Nueva York, en 1881, que su fama creció por Hispanoamérica. Una veintena de periódicos del Hemisferio (entre los que se cuentan *La Opinión*

Nacional, de Caracas, *La Nación*, de Buenos Aires, *La América*, *El Avisador Cubano*, *El Economista Americano*, *El Porvenir* y *La Revista Ilustrada de Nueva York*, de esta ciudad, *El Partido Liberal*, de México, *La Opinión Pública*, de Montevideo) difunden sus trabajos. En algunos de esos periódicos, Martí publica en forma de "cartas" sus *Escenas norteamericanas*, crónicas en que presenta la compleja realidad del país, traza retratos admirables, y sobre todo advierte a nuestros pueblos sobre la nueva y grave amenaza que la evolución de los Estados Unidos significa para ellos.

Aunque son sus colaboraciones periodísticas las que lo hacen ampliamente conocido, Martí ha publicado también, en modesta edición de autor, un cuaderno de versos, *Ismaelillo*, en 1882, que muchos ven como el inicio de una nueva época en la poesía de la lengua; y la novela *Amistad funesta* (o *Lucía Jerez*), que redactó en una semana por encargo y dio a conocer en entregas, con seudónimo (*Adelaida Ral*), en 1885. También ha realizado diversas traducciones. Dejaría sin publicar, de esta época, sus *Versos libres* y sus *Versos cubanos*, colecciones poéticas para las cuales escribió sendos prólogos.²

En 1887, creyendo propicia de nuevo la situación para intentar un acercamiento entre los exiliados, llama a celebrar dignamente el aniversario del 10 de octubre. En una sala de Nueva York, como hará en los años sucesivos hasta 1891, se dirige a la emigración allí reunida. Martí electriza a su público con una palabra encrespada, centelleante de metáforas, que nunca desciende a avulgararse, y fascina. Es más difícil en su oratoria que en su poesía, pero se le *entiende*: conmueve. La reacción de los oyentes es fervorosa. Martí dirige una carta, firmada por él y otros cubanos, al general Máximo Gómez,

² Aparentemente, los *Versos cubanos*, que Martí mencionó en el prólogo a sus *Versos sencillos*, se extraviaron, pero es probable que muchos de ellos sean los que en las *Obras completas* (La Habana, 1963-1973, tomo 18: edición por la que citaré) aparecen en el libro *Flores del destierro*, cuya disposición y título no se deben a Martí.

para averiguar su disposición de luchar (estaba todavía viva la herida de la separación, tres años atrás). Gómez responde escuetamente, reiterando que su espada está al servicio de Cuba. La posibilidad conspirativa ha vuelto a abrirse.

Para entonces, Martí es ya el escritor de lengua española más leído y admirado en el Continente. El argentino Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), acaso la más prestigiosa figura de la vieja generación, al recomendar en 1887 a Paul Groussac la traducción de un texto martiano al francés para darlo a conocer en Europa, le dirá: "En español, nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Víctor Hugo, nada presenta la Francia de esta resonancia de metal."³ Y ello, a pesar de que Sarmiento discrepaba del áspero enjuiciamiento que hacía Martí de los Estados Unidos. En cuanto a la generación más joven, el nicaragüense Rubén Darío (1867-1916) dice de él en 1888: "escribe, a nuestro modo de juzgar, más brillantemente que ninguno de España o de América".⁴

Al mismo tiempo que la fama continental de Martí continúa creciendo, sus trabajos se multiplican. Desde 1887 es cónsul de Uruguay en Nueva York. En 1888 es nombrado representante en los Estados Unidos y Canadá de la Asociación de la Prensa de Buenos Aires. En 1889, se echa encima la singular tarea de escribir íntegramente una revista para niños, *La Edad de Oro*, de la que solo vieron la luz cuatro números (julio a octubre de 1889), "porque por creencia o por miedo de comercio", dirá a Mercado en carta de 26 de noviembre de ese año, "quería el editor que yo hablase del 'temor de Dios', y que el nombre de Dios, y no la tolerancia y el espíritu divino, estuviera en todos los artículos e historias". Aquel gigante, al filo de la tormenta, se inclina a hablar con los muchachos para explicarles, como un

³ Domingo Faustino Sarmiento: "La libertad iluminando al mundo" (1887), en *Obras*, t. XLVI, Buenos Aires, 1900, p. 175.

⁴ Rubén Darío: Carta de 12 de noviembre de 1888 a Pedro Nolasco Préndez, en Alberto Ghirardo: *El archivo de Rubén Darío*, Buenos Aires, 1943, p. 314.

maestro paternal, cosas de historia vistas con ojos descolonizados, para decirles cuentos y poesías que anuncian a sus *Versos sencillos*, y sobre todo para encenderles el amor a la patria hispanoamericana, a los héroes y a los humildes, y acostumbrarlos a la verdad, la justicia y la belleza. Las páginas de *La Edad de Oro* son la mejor literatura para niños escrita en español.

A finales de la década del ochenta, los que hasta entonces parecían solo temores de Martí y de unos pocos sobre los torvos designios norteamericanos en relación con la otra América empiezan a hacerse visibles para todos. El 25 de marzo de 1889, en su artículo "Vindicación de Cuba", Martí responde con energía al periódico *The Manufacturer*, el cual, con beneplácito de la prensa estadounidense, ha expresado su desdén por los cubanos. Pero lo más señalado del momento en relación con esos designios es la convocatoria hecha en 1888 por el gobierno norteamericano a la Primera Conferencia de Naciones Americanas, la cual se celebraría en Washington entre octubre de 1889 y abril de 1890. Solo Santo Domingo se abstiene de concurrir. Martí contempla lleno de ansiedad aquella convocatoria de "un pueblo de intereses distintos, composición híbrida y problemas pavorosos"⁵ que pretende "ensayar en pueblos libres su sistema de colonización",⁶ de aquel cónclave del que saldrían en un futuro la política del panamericanismo, la Organización de Estados Americanos.

Aprovechando las contradicciones entre las ambiciones de Inglaterra y las de los Estados Unidos, y el hecho de que la Argentina, situada entonces en la órbita de influencia británica, era hostil a los propósitos hegemónicos norteamericanos,⁷ Martí puede combatir abiertamente dicho cónclave en las páginas del diario bonaerense *La Nación*.

⁵ J.M.: "Congreso Internacional de Washington", en *OC*, t. 6, p. 53.

⁶ *Ibíd.*, p. 57. Ese "sistema de colonización" que anuncia aquí Martí es lo que sería llamado neocolonialismo.

⁷ En 1888, año en que se convoca la conferencia, aproximadamente una tercera parte del monto total del comercio argentino correspondía a Inglaterra; Francia tenía más de un quinto; Alemania, algo más de un décimo, y los Estados Unidos solamente una doceava parte. Ello explica

El ataque más severo contra la conferencia [escribió Thomas F. MacGann] lo hizo *La Nación*, que en noviembre comenzó a publicar una serie de extensos artículos de su corresponsal en los Estados Unidos. Ese corresponsal era José Martí, el revolucionario y prolífico escritor cubano. Sus informes eran águdos, detallados y vigorosamente escritos; su estilo intrincado y alusivo era un deleite para los lectores argentinos.⁸

Apenas en su inicio, Martí enjuicia así el congreso:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con

las instrucciones que el presidente de la Argentina entregó a los delegados de aquel país, Manuel Quintana y Roque Sáenz Peña:

La formación de una liga aduanera americana envuelve a primera vista el propósito de excluir a Europa de las ventajas acordadas a su comercio [...] Tal pensamiento no puede ser simpático al gobierno argentino [...] que [...] bajo ningún concepto querría ver debilitarse sus relaciones comerciales con aquella parte del mundo adonde enviamos nuestros productos y de donde recibimos capitales y brazos [...] La convocatoria actual tiene por objeto la implantación del Zollverein americano, pero estando la legislación aduanera de los Estados Unidos basada en principios opuestos a nuestras leyes en esa materia, no sería posible aceptar ninguna proposición tendiente a la ampliación en América del sistema proteccionista de los Estados Unidos o que importara restricciones a nuestro comercio con Europa. [Roque Sáenz Peña: *Escritos y discursos*, t. III, ed. por R. Olivera, Buenos Aires, 1934, p. 367.]

⁸ Thomas F. MacGann: *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano 1880-1914*, trad. de G. O. Tjarks, Buenos Aires, 1960, p. 207. MacGann, que luego califica de “deslumbrantes” las crónicas de Martí (p. 238), dedica sobre todo los capítulos X y XI de su libro a comentar la “Primera Conferencia Panamericana”, con énfasis especial en el papel que en ella desempeñaron los delegados argentinos.

el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.⁹

Y al comentarle el congreso a su compatriota Gonzalo de Quesada y Aróstegui (1868-1915) —secretario entonces del delegado argentino Roque Sáenz Peña, y más tarde secretario de Martí cuando este se halle al frente del Partido Revolucionario Cubano—, añade, en carta de 14 de diciembre de 1889, este temor particular en lo que toca a Cuba:

Sobre nuestra tierra, Gonzalo, hay otro plan más tenebroso que lo que hasta ahora conocemos, y es el inicuo de forzar a la Isla, de precipitarla a la guerra, —para tener pretexto de intervenir en ella, y con el crédito de mediador y de garantizador, quedarse con ella. Cosa más soberbia no hay en los anales de los pueblos libres:—ni maldad más fría. ¿Morir, para dar pie en que levantarse a estas gentes que nos empujan a la muerte para su beneficio?

Esas graves preocupaciones explican que en el prólogo de sus *Versos sencillos* Martí hablara de

aquel invierno de angustia [1889-1890], en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? Y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar el plan insensato de

⁹ J.M.: "Congreso Internacional de Washington", en *OC*, t. 6, p. 46.

apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de la patria [...] hispanoamericana.

Martí enfermó de aquella ansiedad. “Me echó el médico al monte”, dirá a continuación: “corrían arroyos y se cerraban las nubes: escribí versos”. En efecto, el peleador escribe en agosto de 1890 sus *Versos sencillos*, que publicará en 1891, de nuevo en modesta edición de autor. El hombre múltiple, el que se prepara para la guerra tremenda, hace en vísperas de ella una especie de balance de su vida en octosílabos sencillos: llenos, sin embargo, de una extraña complejidad, pues esta obra, la mayor de la poesía hispanoamericana, funde la musa del *Martín Fierro* con la avidez de la lírica moderna.

A finales de 1890, Martí —que es ahora cónsul en Nueva York no solo de Uruguay sino además de la Argentina y Paraguay, y también presidente de la Sociedad Literaria Hispano-Americana y presidente honorario de La Liga, sociedad de negros en la que sirve como maestro— es nombrado por Uruguay su representante en la Conferencia Monetaria Internacional Americana, la cual tendrá lugar, de nuevo en Washington, del 7 de enero al 8 de abril de 1891, como una prolongación de la primera Conferencia Internacional Americana de 1889-1890. Siendo la actitud oficial de Uruguay, en lo que toca a los Estados Unidos e Inglaterra, similar a la de la Argentina, Martí, que es una de las figuras más activas de la conferencia, puede oponerse en ella con tenacidad a la tesis con que inicialmente se presentaran los Estados Unidos. Aunque disensiones internas hacen que el gobierno norteamericano se abstenga al cabo de insistir en su proyecto, a Martí le interesa destacar el riesgo que ese proyecto implicaba. Washington pretendía lograr una moneda de curso común tanto en los Estados Unidos como en los países latinoamericanos. Pero ello apresuraría el que estos países quedaran casi exclusivamente vinculados a los Estados Unidos, y alejados de países europeos cuya relación era provechosa para nuestra América. Martí advierte:

Ni en los arreglos de la moneda, que es el instrumento del comercio, puede un pueblo sano prescindir

—por acatamiento a un país que no lo ayudó nunca, o lo ayuda por emulación y miedo de otro,—de las naciones que le antecipan el caudal necesario para sus empresas, que le obligan el cariño con su fe, que lo esperan en las crisis y le dan modo para salir de ellas, que lo tratan a la par, sin desdén arrogante, y le compran sus frutos.¹⁰

En 1891, las condiciones internas de Cuba anuncian la proximidad de un nuevo estallido bélico. Es menester encontrarle cauce a “la guerra necesaria”, y lograr que sea rápida y eficaz, o ella será infructuosa, sirviendo incluso a los sombríos propósitos norteamericanos que Martí señalara en 1889. Martí va a consagrarse enteramente a la tarea revolucionaria. En octubre, renuncia a los consulados de la Argentina, Uruguay y Paraguay, y poco después a la presidencia de la Sociedad Literaria Hispano-Americana. Conserva, para vivir, unas clases nocturnas de español.

El radio de su fascinadora influencia personal va a abrirse más allá de Nueva York: los emigrados cubanos residentes en Tampa, tabaqueros en su mayoría, reclaman su presencia. Llega allí el 25 de noviembre. Al día siguiente, cuando son aprobadas las “Resoluciones” (casi seguramente escritas por él) tomadas por la emigración cubana de Tampa, que son un prólogo de los documentos del futuro Partido, Martí pronuncia un discurso (“Con todos, y para el bien de todos”) que es ya una visión radiosa de la república futura. El 27, aniversario del fusilamiento de los estudiantes del 71, su discurso (“Los pinos nuevos”) es un canto a la vida que se alza llameante de las tumbas, no una evocación luctuosa. Los tabaqueros del cercano Cayo Hueso, otro albergue de la diáspora cubana, quieren igualmente tenerlo entre ellos. El 25 de diciembre llega al Cayo. Allí también conmoverá su palabra e imantará su presencia. Queda decidido que los diversos clubes de emigrados cubanos que han ido surgiendo

¹⁰ J.M.: “La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América”, en OC, t. 6, p. 161.

al calor de la revolución se integren en un organismo unificador, y Martí redacta las *Bases* de ese organismo.

El 5 de enero de 1892 son aprobadas en Cayo Hueso, por representantes de la emigración de la localidad, de Tampa y de Nueva York, las *Bases del Partido Revolucionario Cubano*, el cual se ha de constituir, dice el artículo primero de dichas *Bases*, para lograr “la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico”. Se trata de la reunión de “todas las asociaciones organizadas de cubanos independientes que acepten su programa y cumplan con los deberes impuestos en él”, como explican los *Estatutos secretos*.

Martí regresa feliz a Nueva York, a comienzos de 1892. Ha logrado echar los cimientos de aquel “partido revolucionario” que, diez años antes, mencionara en su carta a Gómez de 20 de julio de 1882. Por vez primera en nuestra América iba a crearse un partido político revolucionario (obligadamente multclasista, pero centrado en los trabajadores, “los pobres de la tierra”), para preparar y orientar una guerra de liberación nacional; y aún más: para “que en la conquista de la independencia de hoy vayan los gérmenes de la independencia definitiva de mañana”.¹¹ La novedad del hecho era tal, que provocaría no pocas extrañezas incluso entre algunos de los mismos héroes de la guerra, quienes tenderían a ver en la creación de Martí una suerte de continuación de los organismos civiles de la pasada etapa de la guerra: si bien por el momento era evidente su utilidad como aglutinador de las fuerzas independentistas. En realidad, sin embargo, con la creación del Partido Revolucionario Cubano, Martí, lejos de prolongar aquellos organismos (que más entrabaron que impulsaron la lucha), anunciaba las vanguardias políticas que guiarían a las guerras revolucionarias del siglo xx. El propio Fidel Castro, al hablar en el centenario de la caída en combate del Mayor Ignacio Agramonte, el 11 de mayo de 1973, diría que en el Partido que fundara y condujera

¹¹ J.M.: “La proclamación del Partido Revolucionario Cubano el 10 de abril”, en *OC*, t. 1, p. 389.

Martí “podemos ver el precedente más honroso y más legítimo del glorioso Partido que hoy dirige nuestra Revolución: el Partido Comunista de Cuba”.

Al regresar a Nueva York, Martí, después de una polémica ácida, pero de feliz terminación, y de informar a la emigración de sus gestiones en un discurso que sería conocido como la “Oración de Tampa y Cayo Hueso”, prosigue la rápida organización del Partido. Clubes ya existentes, y otros creados con posterioridad, van discutiendo y aprobando las *Bases* y los *Estatutos secretos* del Partido, de modo democrático. El 10 de abril tendrá lugar la proclamación del Partido. Dos días antes Martí había sido electo su Delegado, y sería luego reelecto cada año hasta su muerte.

Para dotar de un vocero oficioso al PRC, que se fundaría unas semanas después, Martí crea el periódico *Patria*, cuyo primer número aparece el 14 de marzo de 1892. En ese primer número se recogen las *Bases* del Partido y el artículo programático “Nuestras ideas”. Hasta su muerte, en 1895, Martí llevará anónimamente el peso mayor de la redacción de este órgano, que constituye uno de los más singulares ejemplos de periodismo. El escritor enorme aborda el artículo de fondo, o la pequeña nota de circunstancia —como las de la sección “En casa”— alusiva a una boda o a una visita, en que va presentando a una luz casi mítica la novela de la diaria realidad de la emigración cubana.

Su tarea organizativa no hace sino aumentar. Regresa a la Florida. Y, estructurada ya la futura revolución, viaja a Santo Domingo a entrevistarse con Máximo Gómez, quien muestra su entero acuerdo con la guerra inminente. Martí hace publicar entonces en *Patria* la carta de 13 de septiembre de 1892 en que lo invita a encabezar la lucha militar, “hoy que no tengo más remuneración [para ofrecerle] que el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres”.

En 1893, cuando ya ha recorrido Jamaica y la costa atlántica de los Estados Unidos, alebrestando y organizando los centros de exiliados, vuelve a Santo Domingo, y se traslada a Costa Rica, para entrevistarse con Maceo. En este año febril,

de paso por Nueva York, lo ve por única vez Rubén Darío, a quien llama emocionado "hijo".

Al año siguiente, 1894, es Gómez quien irá a Nueva York. Los cubanos de la gran ciudad sienten, ante esa conjunción, la inminencia de la guerra. Martí viaja a México, a recabar auxilio y fondos. En la capital de ese país vive en casa de su fraternal Mercado, que es ahora subsecretario de gobernación, gestiona una entrevista con el Presidente y escribe uno de sus últimos poemas, a una hija de su amigo Manuel Gutiérrez Nájera.

La guerra es cuestión de días cuando rompe el año 95. Pero el 10 de enero una noticia terrible estremece a Martí: tres barcos cargados de armas con destino a Cuba, a cuya compra se había destinado buena parte de los fondos trabajosamente recabados durante tres años, son apresados en el puerto floridano de Fernandina o en viaje a él. Ha habido un desliz, cuando no una traición, por parte de uno de los hombres que intervinieron en la compra. El gobierno de los Estados Unidos aspira así a impedir la guerra rápida que acaso hubiera hecho imposible su posterior intervención. Por un momento, Martí queda abrumado. Pero un abogado norteamericano amigo suyo logra recuperar parte del cargamento de armas. Además, la reacción en la Isla y en la emigración es más bien de sorpresa entusiasmada al conocerse la magnitud de los preparativos. Martí se rehace enseguida. El 29 de enero ordena el levantamiento para las próximas semanas.

El 30 parte de Nueva York, a encontrarse con Gómez. El 24 de febrero estalla la guerra en distintos lugares de la Isla. El 25 de marzo, Gómez y Martí lanzan el *Manifiesto de Montecristi* (llamado así por el lugar de Santo Domingo donde fue firmado), explicando al mundo que "la revolución de independencia, iniciada en Yara después de preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo período de guerra, en virtud del orden y acuerdos del Partido Revolucionario en el extranjero y en la isla, y de la ejemplar congregación en él de todos los elementos consagrados al saneamiento y emancipación del país, para bien de América y del mundo".

El 10 de abril abandonan tierra haitiana, rumbo a Cuba, con escala en la isla de Inagua, en las Bahamas. Los acompañan cuatro revolucionarios más. El día 11, después de un viaje azaroso en que el botecito que los conduce amenaza naufragar, tocan Cuba antes de medianoche, en la zona llamada Playitas de Cajobabo, al sur de Oriente. Se adentran en el monte, y establecen pronto contacto con los insurrectos. En su *Diario de campaña*, el 14 de abril, Máximo Gómez anota: "Nos admiramos, los viejos guerreros acostumbrados a estas durezas, de la resistencia de Martí —que nos acompaña sin flojeras de ninguna especie, por estas escarpadísimas montañas." El 15 de abril, Martí es nombrado Mayor General.

En sus cartas, en su *Diario de campaña*, la alegría lo inunda: "Llegué al fin a mi plena naturaleza [...] Solo la luz es comparable a mi felicidad". "Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado y arrastrando la cadena de mi patria, toda mi vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo. Este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio." "Es gran gozo vivir entre hombres en la hora de su grandeza."

Maceo, que ha llegado a la Isla el 30 de marzo, se reúne con Martí y Gómez el 5 de mayo, en el ingenio La Mejorana. Se habla de la organización de la guerra, y sobre ello discuten Martí y Maceo, que es una admirable figura no solo en el orden militar, sino también en el ideológico. Pero vuelve a plantearse la vieja discrepancia del 84 entre mando militar y mando político en la revolución: este último, por la novedad del planteo martiano, tiende a ser confundido con "la continuación del gobierno leguleyo", como ese día escribe en su *Diario de campaña* el propio Martí. Y más adelante: "comprendo que he de sacudir el cargo, con que se me intenta marcar, de defensor ciudadanescos de las trabas hostiles al movimiento militar".

Gómez, esta vez, está junto a Martí. Zanjada la cuestión, el 12 de mayo Martí escribirá a Maceo en hermosa carta fraternal: "Vea eso en mí, y no más: un peleador: de mí, todo lo que ayude a fortalecer y ganar la pelea."

Dondequiera que llegaran, los hombres llaman a Martí "presidente". El 18 de mayo Martí escribe su última carta a Mercado, que quedará inconclusa, explicándole ya abiertamente la magna tarea que se ha impuesto: "impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso". El 19, cerca del lugar llamado Boca de Dos Ríos, una columna española los sorprende. Martí, en contra de la orden de Gómez de quedar a la retaguardia, avanza con su ayudante Ángel de la Guardia al lado. Cae herido de muerte. La tropa cubana no puede recuperar el cadáver. Los españoles lo llevan a enterrar a Santiago de Cuba. Había muerto, como él quería, "de cara al sol".

Al conocerse la noticia de su caída, el director de *The New York Sun*, Charles A. Dana, quien había sido amigo y editor en los Estados Unidos de Marx y de Martí, dice en su periódico el 23 de mayo de aquel año:

Nos enteramos con punzante dolor de la muerte en campaña de José Martí, el conocido jefe de los revolucionarios cubanos. Lo conocimos mucho y bien, y lo estimamos profundamente. Por un dilatado período, que se remonta a cerca de veinte años [sic], fue colaborador de *The Sun* [...] Fue hombre de genio, de imaginación, de esperanza, y de coraje [...] Su corazón era cálido y amoroso; sus opiniones, ardientes y ambiciosas, y murió como un hombre así hubiera deseado morir, batallando por la libertad y la democracia [...] ¡Honor a la memoria de José Martí, y paz a su alma viril y generosa!

En *La Nación*, de Buenos Aires, el poeta Rubén Darío se lamenta: "¡Oh Maestro, qué has hecho!", y señala en exaltado panegírico: "El cubano era 'un hombre'. Más aún: era como debería ser el verdadero superhombre: grande y viril; poseído del secreto de su excelencia, en comunión con Dios y con la Naturaleza."¹²

¹² Rubén Darío: "José Martí" (1895), en *Los raros*, Buenos Aires, 1896.

Y su compañero de la guerra, el generalísimo Máximo Gómez, evocará así en 1902 aquellos impresionantes días finales:

Y yo vi entonces también a Martí, atravesando las abruptas montañas de Baracoa, con un rifle en el hombro y una mochila a la espalda, sin quejarse ni doblarse, al igual que un viejo soldado batallador acostumbrado a marcha tan dura a través de aquella naturaleza salvaje, sin más amparo que Dios. Después de todo este martirizante calvario y cuando el sol que alumbraba las victorias comenzó a iluminar nuestro conuco, yo vi a José Martí —¡oh, qué día aquel!— erguido y hermoso en su caballo de batalla, en Boca de Dos Ríos, como un venado, jinete rodeado de aquellos bravos soldados que nos recuerda la historia, cubiertos de gloria en las pampas de Venezuela.¹³

El propio Martí, al hablar de algunos grandes, había anticipado su epitafio. Cuando murió Emerson, escribió este juicio, que merece inscribirse en su tumba: “En él fue enteramente digno el ser humano.”

Por la agudeza con que Martí postuló el imprescindible antimperialismo de la Revolución Cubana; por su comprensión de los problemas reales del país, más allá de la mera lucha contra España, problemas que permanecerían sin cambios esenciales durante la primera mitad del siglo xx, y por las dinámicas soluciones aportadas. Es natural que el ideal martiano conservara profunda virtualidad revolucionaria, y que a él se remitiera Fidel Castro como inspirador de los asaltos del 26 de julio de 1953. Aquellos asaltos desencadenaron una revolución radical cuyo desarrollo vivimos. Ese mismo desarrollo ha ido generando, o haciendo históricamente afrontable, una nueva problemática. Consecuente con ella, Fidel Castro declaró su adhesión al marxismo-leninismo.

¹³ “Carta del general Máximo Gómez al señor F. María González”, en *El Mundo*, La Habana, 18 de mayo de 1902.

¿Ha abandonado así su filiación martiana? Lejos de eso, no sería exagerado afirmar que en el orden político, con las evidentes diferencias del caso, así como ha podido decirse que el leninismo es el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria, el *fidelismo* es la postura martiana del período de la absoluta descolonización, del paso de la liberación política a la liberación económica y cultural, del rechazo definitivo del imperialismo y del triunfo del socialismo en un país “subdesarrollado”. Catorce años después del ataque al cuartel Moncada, una de las protagonistas de aquella hazaña, Haydée Santamaría, dijo:

Allí [al Moncada] fuimos siendo martianos. Hoy somos marxistas y no hemos dejado de ser martianos. porque no hay contradicción en esto, por lo menos para nosotros. Allí fuimos con las ideas de Martí y hoy seguimos con las ideas de Martí, con las ideas de Lenin, con las ideas de Marx, con las ideas de Bolívar, con la revolución de Bolívar, con la revolución del Che; con la dirección de Martí, con la doctrina de Marx y con Bolívar, con el continente que Bolívar quiso unir [...] ¡Con profundas raíces martianas hoy consideramos y creernos que somos marxistas!¹⁴

Y el 22 de diciembre de 1972, al hablar en el cincuentenario de la hoy disuelta Unión Soviética, el propio Fidel Castro explicó:

José Martí, guía y Apóstol de nuestra guerra de independencia contra España, nos enseñó ese espíritu internacionalista que Marx, Engels y Lenin confirmaron en la conciencia de nuestro pueblo. Martí pensaba que “patria es humanidad”, y nos trazó la imagen de una América Latina unida, frente a la otra América imperialista y soberbia, “revuelta y brutal” —como él decía—, que nos despreciaba.

Ello quiere decir que el pensamiento de Martí ha sido incorporado, asimilado a la nueva conciencia. No poco de lo que dijo

¹⁴ Haydée habla del Moncada, La Habana, 1967, pp. 43-44 y 46.

en el orden político, en el educacional, en el artístico (en el terreno cultural en general) sigue teniendo vigencia. Su preocupación política mayor, que lo llevaba de Cuba a nuestra América y los Estados Unidos, sigue siendo en esencia nuestra. Su obra se sitúa en los albores de la articulación de Cuba con el mundo. Esa articulación, hoy manifiesta, es la que permite ver en su soberana grandeza a José Martí, “el más genial y el más universal de los políticos cubanos”, “el más genial pensador político y revolucionario de este continente”.¹⁵

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

¹⁵ Fidel Castro: “Discurso en La Demajagua”, el 10 de octubre de 1968.

José Martí. 1853-1895. Cronología Mínima

Por Ibrahim Hidalgo Paz

1853

Enero 28. Nace en La Habana. Sus padres, Mariano Martí y Leonor Pérez, son españoles: valenciano él, canaria ella. (El matrimonio tuvo otros siete descendientes, todas hembras, de las cuales cuatro sobrevivieron al varón.)

Febrero 12. Es bautizado en la Iglesia del Santo Ángel Custodio.

1854

Abril 8. Su padre, hasta entonces sargento primero de la cuarta batería de la primera brigada del Regimiento de Artillería destacado en el castillo de La Cabaña, es promovido al cargo de sargento de brigada.

1855

Diciembre 22. Mariano Martí obtiene licencia absoluta de su cargo.

1857-1859

La familia reside en Valencia, España.

1860

*(m.d.?)*¹ Comienza a estudiar en el colegio de San Anacleto, donde conocerá a Fermín Valdés Domínguez, quien llegará a ser su mejor amigo.

¹ Las letras m. y d. seguidas de interrogación significan que aún no hemos podido precisar con exactitud el mes y/o el día que corresponden al dato consignado.

1862

Abril-diciembre. Acompaña a su padre, quien ha sido nombrado Capitán Juez Pedáneo del partido territorial de Hanábana, en la provincia de Matanzas. Durante su estancia conoce los horrores de la esclavitud.

1863

(*m.d.?*). Junto con don Mariano realiza un viaje a Honduras Británica (actualmente Belice).

1865-1867

Realiza sus estudios de primaria superior y comienza los de bachiller bajo la guía de Rafael María de Mendive, maestro que contribuye a su formación patriótica.

1868

Octubre 10. Inicio de la Guerra de los Diez Años contra el poder colonial español.

1869

Enero 19. Publica su primer artículo político en el periódico *El Diablo Cojuelo*.

Enero 23. Aparece su poema dramático *Abdala* en el periódico *La Patria Libre*.

Enero 28. Es detenido su maestro Rafael María de Mendive. (Lo visitará frecuentemente en la prisión.)

Octubre 21. Ingresa en la Cárcel Nacional, acusado de infidencia. (Días antes, en un registro efectuado por "voluntarios" en la casa de su amigo Valdés Domínguez, había sido encontrada una carta dirigida a un ex condiseípulo alistado en el ejército español, a quien llamaba apóstata e incitaba a la deserción.)

1870

Marzo 4. Es condenado a seis años de presidio y trabajo forzado.

Abril 4. Lo destinan a las canteras de San Lázaro.

Mayo-diciembre. Sus padres logran que se le conmute la pena de prisión por la de destierro. (Lo iniciará en la Isla de Pinos, y más tarde le conceden el traslado a España.)

1871

Febrero 16. Se encuentra en Madrid, después de pasar breves días en Cádiz.

Marzo 24. El periódico gaditano *La Soberanía Nacional* publica su artículo "Castillo".

Abril 12. Este escrito es reproducido por *La Cuestión Cubana*, de Sevilla.

Abril (m.d.?). Se halla enfermo. (Durante toda su vida padecerá las secuelas de su paso por las canteras.)

Mayo 31. Matricula varias asignaturas en la Facultad de Derecho de la Universidad Central madrileña.

Julio o agosto (m.?). Publica *El presidio político en Cuba*.

1872

Noviembre 27. Circula en Madrid la hoja impresa *El día 27 de Noviembre de 1871*, de su autoría, y firmada por Fermín Valdés Domínguez y Pedro J. de la Torres, en la que denuncian el fusilamiento de ocho estudiantes de Medicina en La Habana, el año anterior.

1873

Febrero 15. Lleva esta fecha un nuevo opúsculo suyo, *La República española ante la Revolución cubana*, que se edita en Madrid.

Mayo 28. Reside en Zaragoza. Matricula en la Universidad Literaria. (Realizará, paralelamente, los estudios de bachillerato.)

1874

Junio 30. Aprueba el examen en la Universidad, y obtiene el grado de Licenciado en Derecho Civil y Canónico.

Agosto 31. Matricula en la Facultad de Filosofía y Letras.

Octubre 24. Se gradúa como Licenciado en Filosofía y Letras.

Diciembre (1874)-febrero (1875). De España viaja a México. Realiza escalas en París, Le Havre, Southampton, Liverpool, Nueva York (donde permanece doce días), La Habana, Progreso, Campeche y Veraacruz.

1875

Febrero 10. Arriba a la capital de México, donde se reúne con sus padres y hermanas, y conoce a Manuel Mercado.

Marzo. Colabora en la *Revista Universal*, diario de política, literatura y comercio.

Marzo 12. Comienza a editar, en esta publicación, su traducción al español de *Mes fils*, del escritor francés Víctor Hugo. (La última sección aparecerá el día 21.)

Mayo. Forma parte del cuerpo de redactores de la *Revista*.

Diciembre 19. Se estrena su obra breve *Amor con amor se paga*.

1876

Febrero 20. Comienza a colaborar en el periódico *El Socialista*, órgano del Gran Círculo Obrero de México.

Junio. La sociedad Esperanza de Empleados, que radica en el Distrito Federal de la capital, lo designa como delegado al primer congreso de trabajadores del país. (No consta documentalmente su participación.)

Diciembre 29. Parte de la capital mexicana, poco tiempo después que el general Porfirio Díaz alcanzara el poder mediante una cruenta guerra civil.

1877

Enero-abril. Permanece clandestinamente en La Habana. Viaja a Progreso, México. Se dirige a Guatemala.

Abril 2 (d.?). Llega a la capital de este país centroamericano.

Abril. Comienza a trabajar como profesor de la Escuela Normal.

Mayo 29. Es nombrado catedrático de Literatura francesa, inglesa, italiana y alemana y de Historia de la Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad.

Diciembre 20. Contrae matrimonio con Carmen Zayas Bazán, en la capital de México, adonde ha viajado.

1878

(Febrero 10. En Cuba se acuerda el Pacto del Zanjón. Finaliza la guerra.)

Marzo. Aparece la edición de su pequeño libro *Guatemala*.

Marzo 8. Expresa su decisión de marcharse del país.

Abril 6. Le es admitida la renuncia a sus clases en la Escuela Normal, que presenta como protesta ante la arbitraria deposición del director de esta, José María Izaguirre. Es su

último enfrentamiento público a la política del presidente Justo Rufino Barrios.

Julio-agosto. Viaja, en compañía de su esposa, hasta La Habana.

Agosto 31. Llegan a la capital de la Isla.

Octubre (m.?). Se encuentra inmerso en las labores conspirativas de los clubes adscriptos al Comité Revolucionario Cubano; radicado en Nueva York.

Noviembre 22. Nace su único hijo, José Francisco.

1879

Enero 15. Es elegido secretario de la Sección de Literatura del Liceo de Guanabacoa.

Febrero 8. Participa en la sesión inaugural del Liceo Artístico y Literario de Regla.

Marzo 18. Es elegido vicepresidente del Club Central Revolucionario Cubano, creado en una reunión de conspiradores.

Junio (m.?) Posiblemente desde esta fecha realiza las funciones de subdelegado del Comité Revolucionario Cubano de Nueva York.

(*Agosto 24-25.* Comienza la llamada Guerra Chiquita.)

Septiembre 17. Lo detienen. Se le acusa, sin formación de causa, de estar vinculado con el movimiento insurreccional.

Septiembre 25. Es deportado a España.

Octubre-diciembre. Permanece en la Península. Se traslada furtivamente a Francia.

Diciembre 20. Parte hacia los Estados Unidos.

1880

Enero 9. Pocos días después de su llegada a Nueva York, es designado vocal del Comité Revolucionario Cubano, organizador del movimiento insurreccional.

Enero 24. Pronuncia su discurso conocido como "Lectura en Steck Hall".

Febrero. Colabora en el periódico *The Hour*.

Marzo 26. Asume interinamente la presidencia del Comité, al partir hacia Cuba el general Calixto García, quien lo encabeza.

Julio. Comienza a colaborar en el diario *The Sun*.

(Agosto 1ro. Cae prisionero el general García. La guerra finaliza sin éxito.)

1881

Enero 8-20. De Nueva York viaja a Caracas, Venezuela.

Febrero (m.?). Trabaja como profesor de Gramática francesa y de Literatura en el colegio Santa María, dirigido por Agustín Aveledo.

Marzo (m.?). Imparte clases de Literatura en el Colegio Villegas, de Guillermo Tell Villegas, donde establece una cátedra de Oratoria.

Junio 15. Colabora con el periódico *La opinión Nacional*, de Caracas.

Julio 1ro. Se edita el primer número de la *Revista Venezolana*, que funda y dirige.

Julio 21. Comienza a distribuirse el segundo número de esta publicación.

Julio 27 (d.?). Recibe la orden de retirarse de Venezuela, dictada por el general-presidente Antonio Guzmán Blanco.

Agosto 20. Redacta en Nueva York su primera crónica para *La Opinión Nacional*.

1882

Marzo o abril. Se encuentra impreso su libro de poemas *Ismaelillo*.

Junio 10. Decide suspender sus envíos a la publicación caraqueña, pues los propietarios de esta intentaban imponerle condiciones inaceptables.

Julio 15. Escribe su crónica inicial para *La Nación*, periódico de Buenos Aires.

Julio 20. Pide colaboración a los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo para los trabajos emprendidos a fin de organizar un nuevo intento insurreccional, y oponerse a quienes promueven la anexión de Cuba a los Estados Unidos. (Recibe respuestas positivas, pero sus gestiones no se consolidan.)

1883

Febrero. Realiza labores de traducción. (Las llevará a cabo durante buena parte de su estancia en aquel país.)

Marzo (m.?). Inicia sus colaboraciones con *La América*, de Nueva York, revista de agricultura, industria y comercio.

Junio. Se encarga, como redactor, de la sección literaria de esta publicación.

Julio 24. Pronuncia un discurso en el banquete-homenaje a Simón Bolívar, en el centenario de su natalicio.

1884

Enero. Ocupa el cargo de director de la revista *La América*.

Mayo 22. Desempeña las funciones de cónsul general interino de la República de Uruguay.

Octubre 20. Se separa de las actividades revolucionarias emprendidas por los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo —a quienes se había unido desde la llegada de ambos a Nueva York—, por estar en desacuerdo con los métodos empleados por la dirección del movimiento que se organiza.

1885

Mayo 15. Inicia la publicación de su novela *Amistad funesta*, en forma de folletín por entregas, en la revista quincenal *El Latino Americano*, de Nueva York. (Posteriormente concibe la posibilidad de editarla, en forma de libro, con el título de *Lucía Jerez*.)

Junio 25. Ante numerosos cubanos expone sus puntos de vista sobre la organización revolucionaria, y demuestra su ineludible patriotismo.

1886

Mayo 15. Inicia su correspondencia para el periódico mexicano *El Partido Liberal*.

1887

Febrero. Colabora —posiblemente desde fines del año anterior— con *El Economista Americano*, revista que se edita en Nueva York.

Abril 16. Es nombrado Cónsul General de la República Oriental del Uruguay en Nueva York.

Agosto 8. En una carta expresa que recibe remuneración por sus colaboraciones en *La Nación* y *El Partido Liberal*, pero que pasan de veinte los diarios que publican sus crónicas sin gratificación alguna.

Octubre 10. Pronuncia un importante discurso ante los emigrados independentistas. De este modo se reincorpora públicamente a la vida política activa.

Noviembre 30. Es elegido presidente de la Comisión Ejecutiva que se constituye para emprender actividades revolucionarias en la emigración y en la Isla. (Cinco meses después reconoce que no se han logrado avances significativos.)

Diciembre 3. Es elegido segundo vocal de la junta directiva de la Sociedad Literaria Hispano-americana de Nueva York, constituida el 5 de noviembre.

1888

Julio. Termina de imprimirse su traducción al español de la novela de Helen Hunt Jackson, y que publica con el título *Ramona. Novela americana.*

Octubre 12. Es designado socio corresponsal de la Asociación de la Prensa, de Argentina, con las atribuciones de representarla en los Estados Unidos y Canadá, y para concertar acuerdos con instituciones similares sobre la base de la reciprocidad.

Octubre 27. La Academia de Ciencias y Bellas Letras de San Salvador le comunica que en la junta general del día 23 del mes anterior, lo ha nombrado socio corresponsal.

1889

Marzo 25. Publica en *The Evening Post*, de Nueva York, bajo el título "Vindicación de Cuba", su carta respuesta a dos artículos proanexionistas aparecidos en la prensa yanqui.

Abril (m. ?). Recoge en el folleto *Cuba y los Estados Unidos* los artículos mencionados y su contundente respuesta.

Julio. Aparece el primer número de *La Edad de Oro*, revista dedicada a los niños de América, la que escribe y dirige. (En los meses sucesivos se editarán otras tres entregas.)

Septiembre 28. Escribe su primera crónica acerca de la Conferencia Internacional Americana, que comenzará en Washington el 2 de octubre. (En este y en escritos subsecuentes revela y denuncia los objetivos ocultos del conclave, contrarios a los intereses de nuestra América.)

Diciembre 19. Pronuncia el discurso conocido como *Madre América* en la velada artística que la Sociedad Literaria Hispano-americana de Nueva York ofrece a los delegados al encuentro internacional.

1890

Julio 24. Es nombrado cónsul de la República Argentina en Nueva York.

Julio 30. Recibe similar nombramiento de la República del Paraguay.

Agosto. Se encuentra en las montañas Catskill, adonde ha ido a recuperar su salud afectada. Escribe la mayor parte de los poemas de su libro *Versos sencillos*.

1891

Enero 1ro. Aparece publicado su medular ensayo "Nuestra América", en *La Revista Ilustrada de Nueva York*.

Enero 30. El importante texto es reproducido por *El Partido Liberal*, de México.

Febrero-abril. Como delegado de Uruguay, asiste a las sesiones de la Comisión Monetaria Internacional Americana. Mantiene una activa participación en defensa de la dignidad de nuestra América.

Agosto. Es publicado su libro *Versos sencillos*.

Octubre 11. Ante las quejas presentadas por el cónsul de España contra sus pronunciamientos en el acto conmemorativo del día anterior, renuncia a su cargo de representante consular de Argentina. Lo hará también con los de Uruguay y Paraguay.

Octubre 30. Comunica al secretario de la Sociedad Literaria Hispano-americana su renuncia a la presidencia de la misma.

Noviembre 26 y 27. Pronuncia dos importantes discursos en Tampa.

Noviembre 28. En la despedida que le brindan los emigrados, se dan a conocer las *Resoluciones*, documento escrito por él y aprobado por los dirigentes de los clubes revolucionarios tampeños, y que la multitud ratifica con sus aplausos.

Diciembre 25. Es recibido en Cayo Hueso por numerosos patriotas, que lo agasajan con un banquete.

1892

Enero 5. Preside la reunión de los presidentes de las agrupaciones políticas y personalidades representativas de Cayo Hueso, en la cual son aprobadas las *Bases del Partido Revolucionario Cubano* y sus *Estatutos secretos*, que concibiera y redactara. (Previamente, había presentado ambos textos a los dirigentes de las principales organizaciones locales.)

Enero-abril. Los clubes de las diferentes localidades de emigrados discuten y acatan los documentos.

Marzo 14. Aparece el primer número de *Patria*, que funda y dirige.

Abril 8. Es elegido Delegado del Partido Revolucionario Cubano. (En los tres años siguientes, será renovado en su cargo.)

Abril 10. La fundación del Partido es proclamada en Cayo Hueso, Tampa y Nueva York.

Julio 3. Inicia el primero de múltiples viajes de intenso trabajo organizativo por localidades donde residen emigrados.

Septiembre 11. Se entrevista en La Reforma, República Dominicana, con el general Máximo Gómez, quien asumirá el mando supremo de la guerra.

1893

Junio 3. En la localidad dominicana de Monteeristi, se reúne con el general Gómez. Intercambian opiniones acerca de la situación en Cuba y trazan los planes expedicionarios, que deberían coordinarse con el alzamiento simultáneo de la Isla.

Julio 1ro.-8. Se halla en San José, Costa Rica. (Durante su estancia se entrevista varias veces con el general Antonio Maceo, quien comparte los planes trazados en Monteeristi.)

1894

Enero 27. Publica en *Patria* el artículo "¡A Cuba!", en el que señala como causas directas de dificultades surgidas en Cayo Hueso, el contubernio entre intereses españoles y estadounidenses. Edita una versión en inglés, como suplemento del periódico.

Abril 8-21. En Nueva York, se entrevista con Gómez en varias ocasiones.

Abril 17. Aparece en *Patria* el texto de carácter programático "El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la Revolución, y el deber de Cuba en América".

Junio 5-18. Visita Costa Rica en compañía de Francisco Gómez Toro, hijo del General. Intercambia opiniones sobre los preparativos bélicos con los generales Antonio y José Maceo y Flor Crombet.

Julio 18-agosto 10 (d.?). Se halla en México.

Diciembre 8. Redacta el Plan de Alzamiento, que firma junto con el comandante Enrique Collazo, quien asume la representación de los conspiradores de la Isla, y el coronel José María Rodríguez, a nombre del general Gómez.

1895

Enero 12. Las autoridades estadounidenses, alertadas por una delación, detienen en el puerto floridano de Fernandina uno de los barcos que llevaría las expediciones a Cuba. Ocupan pertrechos y equipos, y ordenan apresar otras embarcaciones sospechosas.

Enero 13. Convoca a varios de sus colaboradores para el lugar donde se oculta en Jacksonville. Analizan la situación y deciden continuar la tarea emprendida.

Enero 29. Remite a la Isla la Orden de Alzamiento, firmada conjuntamente con José María Rodríguez y Enrique Collazo.

Febrero 7. Llega a Montecristi, donde se reúne con el general Gómez.

Febrero 24. Comienza la Guerra de Independencia.

Marzo 25. Junto con Gómez, firma el *Manifiesto de Montecristi*.

Abril 1ro. El general Antonio Maceo llega a Cuba, en compañía de otros oficiales.

Abril 11. Logra desembarcar, junto con los generales Máximo Gómez y Francisco Borrero, el coronel Ángel Guerra, César Salas y Marcos del Rosario.

Abril 15. El general Gómez le informa que en Consejo de Jefes se ha acordado, a la vez que reconocerlo en la guerra como Delegado del Partido Revolucionario Cubano, nombrarlo mayor general del Ejército Libertador.

Mayo 3. Redacta, dirigida al director del periódico *The New York Herald*, una carta-manifiesto que lleva su firma y la del General.

Mayo 5. Se entrevista con Gómez y Maceo en el ingenio La Mejorana.

Mayo 19. Cae herido de muerte en su primer combate armado contra las tropas enemigas, en el sitio conocido como Dos Ríos.

NUESTRA AMÉRICA

Unidad de Nuestra América

[Nuestra cultura mestiza]

Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la ingerencia de una civilización devastadora, dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de su libertad, desenvuelve y restaura su alma propia. Es una verdad extraordinaria: el gran espíritu universal tiene una faz particular en cada continente. Así nosotros, con todo el raquitismo de un infante mal herido en la cuna, tenemos toda la fogosidad generosa, inquietud valiente y bravo vuelo de una raza original fiera y artística.

Toda obra nuestra, de nuestra América robusta, tendrá, pues, inevitablemente el sello de la civilización conquistadora; pero la mejorará adelantará y asombrará con la energía y creador empuje de un pueblo en esencia distinto, superior en nobles ambiciones, y si herido, no muerto. ¡Ya revive!

¡Y se asombran de que hayamos hecho tan poco en 50 años, los que tan hondamente perturbaron durante 300 nuestros elementos para hacer! Dénnos al menos para resucitar todo el tiempo que nos dieron para morir. Pero no necesitamos tanto!

Aun en los pueblos en que dejó más abierta herida la garra autocrática; aun en aquellos pueblos tan bien conquistados, que lo parecían todavía, después de haber escrito con la sangre de sus mártires, que ya no lo eran, el espíritu se desembaraça, el hábito noble de examen destruye el hábito servil de creencia; la pregunta curiosa sigue al dogma, y el dogma que vive de autoridad, muere de crítica.

[“Los Códigos Nuevos” (fragmento), *El Progreso*, Guatemala, 22 de abril de 1877, en *OC*, t. 7, pp. 98-99].

[Los pueblos se rebelan]

Espanoles, soldados, etc., avanzan contra el pueblo que, replegándose, toma escena hacia el lado opuesto, cuando aparece Martino.

MARTINO. ¡Quietos todos! No huyáis ante los déspotas!

¡Quietos aquí! Lo manda nuestra América.

(A don Pedro:)

Si un solo paso sobre el grupo avanzas

Castigaré tu infamia y tu insolencia

El pueblo entero que en las calles corre:

¡Viva la Libertad!

(Voces fuera:)

¡Mueran los déspotas!

DON PEDRO. ¿Quién eres, di, quién eres?

MARTINO. (Colocándose al frente del pueblo.) ¡Soy la oveja

Que se revuelve indómita ante el lobo

Y exánime y atónita lo deja

Con el arma de Maipú y Carabobo.

Soy de Hidalgo la voz; soy la mirada

Ardiente de Bolívar: soy el rayo

De la eterna justicia, en que abrasada

América renace,

Desde las fuentes en que el Bravo nace

Hasta el desierto bosque paraguayo!

[...]

MARTINO. Jesús? El nombre del Sublime
Blasfemia me parece en vuestras bocas!—
El que esclavos mantiene, el sacerdote
Que fingiendo doctrinas religiosas
Desfigura a Jesús, el que menguado
Un dueño busca en apartada zona;
El que a los pobres toda ley deniega,
El que a los ricos toda ley abona;
El que, en vez de morir en su defensa,
El sacrificio de una raza explota,
Miente a Jesús, y al manso pueblo enseña
Manchada y criminal su faz radiosa!

[...]

La inmensa procesión que se levanta,
Marca la feliz ruta del futuro.
Ya veo el porvenir que se agiganta,
Ya veo el porvenir amplio y seguro.
Hombres libres serán los descendientes
De tu amor y del mío.
Y, Patria y Libertad honren valientes
De Cuauhtémoc y Hatuey, con noble brío.
A sostener por siempre independientes,
Con las manos, las uñas y los dientes,
Contra el yugo opresor de las Españas,
Nuestros dos continentes;
La libertad impere en mis montañas,
Y la proclamen con sus murmuríos,
Las aguas cristalinas de mis fuentes,
Y las ondas sonoras de mis ríos!

[“*Patria Y Libertad (drama indio)*” (fragmentos), en *OCEC*, t. 5, pp. 121-122, 131 y 135.]

[“La desunión fue nuestra muerte”]

Allá, en horas perdidas, buscan, los curiosos, periódicos de Sur y Centro América, por saber quién manda y quién dejó

de mandar, y no se sabe en la una república lo que hay de fértil, de aprovechable y de grandioso en la otra; y hoy, como en 1810, puede decirse con el padre Juarros, pintoresco y cándido cronista del reino guatemalteco, lo que por entonces él decía: "Vemos con la mayor admiración que, después de tres siglos de descubierto este Continente, se encuentran en él reinos y provincias tan poco conocidos como si ahora se acabasen de conquistar". Es ¡ay de nosotros! que el veneno de tres siglos, tres siglos ha de tardar en desaparecer. Así nos dejó la dueña España, extraños, rivales, divididos, cuando las perlas del río Guayato son iguales a las perlas del Sur de Cuba; cuando unas son las nieves del Tequendama y Orizaba; cuando uno mismo es el oro que corre por las aguas del río Bravo y del venturoso Polochie.

De indios y blancos se ha hecho un pueblo perezoso, vivaz, batallador; artístico por indio; por español terco y osado; y como el inglés es brumoso, y el sueco grave, y el napolitano apático, es el hijo de América ardiente y generoso, como el sol que lo calienta, como la naturaleza que lo cría. De manera que, de aquéllos hubimos brío, tenacidad, histórica arrogancia; de los de oscura tez tenemos amor a las artes, constancia singular, afable dulzura, original concepto de las cosas y cuanto a tierra nueva trae una raza nueva, detenida en su estado de larva, ilarva de águila! Ella será soberbia mariposa.

Pero ¿qué haremos, indiferentes, hostiles, desunidos? ¿qué haremos para dar todos más color a las dormidas alas del insecto? ¡Por primera vez me parece buena una cadena para atar, dentro de un cerco mismo, a todos los pueblos de mi América!

Pizarro conquistó al Perú cuando Atahualpa guerreaba a Huáscar; Cortés venció a Cuauhtémoc porque Xicotencatl lo ayudó en la empresa; entró Alvarado en Guatemala porque los quichés rodeaban a los zutujiles. Puesto que la desunión fue nuestra muerte, ¿qué vulgar entendimiento, ni corazón mezquino, ha menester que se le diga que de la unión depende nuestra vida? Idea que todos repiten, para lo que no se buscan soluciones prácticas. Vivir en la Tierra no

es más que un deber de hacerle bien. Ella muerde y uno la acaricia. Después, la conciencia paga. Cada uno haga su obra.

[...]

Para unir vivo lo que la mala fortuna desunió. Más acá ha de saberse lo que más allá se hace y se vale, más allá de la frontera chiapaneca. Las manos están tendidas; ésta es la hora.

[“Guatemala” (fragmento), México, edición El Siglo XIX, 1878, en *OC*, t. 7, pp. 117-119.]

[Unidad de nuestros pueblos]

¡Tan enamorados que andamos de pueblos que tienen poca liga y ningún parentesco con los nuestros, y tan desatendidos que dejamos otros países que viven de nuestra misma alma, y no serán jamás—aunque acá o allá asome un Judas la cabeza—más que una sola gran nación espiritual! Como niñas en estación de amor echan los ojos ansiosos por el aire azul en busca de gallardo novio, así vivimos suspensos de toda idea y grandeza ajena, que trae cuño de Francia o Norteamérica; y en plantar bellacamente en suelo en cierto Estado y de cierta historia, ideas nacidas de otro Estado y de otra historia, perdemos las fuerzas que nos hacen falta para presentarnos al mundo—que nos ve desamorados y como entre nubes—compactos en espíritu y unos en la marcha, ofreciendo a la tierra el espectáculo no visto de una familia de pueblos que adelanta alegremente a iguales pasos en un continente libre. A Homero leemos: pues ¿fue más pintoresca, más ingenua, más heroica la formación de los pueblos griegos que la de nuestros pueblos americanos?

Todo nuestro anhelo está en poner alma a alma y mano a mano los pueblos de nuestra América Latina. Vemos colosales peligros; vemos manera fácil y brillante de evitarlos; adivinamos, en la nueva acomodación de las fuerzas nacionales del mundo, siempre en movimiento, y ahora aceleradas, el agrupamiento necesario y majestuoso de todos los miembros de la familia nacional americana. Pensar es prever. Es necesario ir

acercando lo que ha de acabar por estar junto. Si no, erecerán odios; se estará sin defensa apropiada para los colosales peligros, y se vivirá en perpetua e infame batalla entre hermanos por apetito de tierras. No hay en la América del Sur y del Centro como en Europa y Asia, razones de combate inevitables de razas rivales, que excusen y expliquen las guerras, y las hagan sistemáticas, inevitables, y en determinados momentos precisas. ¿Por qué batallarían, pues, sino por vanidades pueriles o por hambres ignominiosas, los pueblos de América? ¡Guerras horribles, las guerras de avaros!

[“Buenos Aires. Agrupamiento de los pueblos de América.—Escuelas en Buenos Aires,—Buenos Aires, París y New York” (fragmento), *La América*, Nueva York, octubre de 1883, en OC, t. 7, pp. 324-325.]

[Para que América avance]

[...] ¡Qué instituciones tenía Tlaxcala! ¡Qué bravos, Mayapán! Teotitlán, ¡qué escuelas! Copán, ¡qué circo! México, ¡qué talleres, plazas y acueductos! Zempoala, ¡qué templos! Los Andes, ¡qué calzadas! ¿Qué importa que vengamos de padres de sangre mora y cutis blanco? El espíritu de los hombres flota sobre la tierra en que vivieron, y se le respira. Se viene de padres de Valencia y madres de Canarias, y se siente correr por las venas la sangre enardecida de Tamanaco y Paracamani, y se ve como propia la que vertieron por las breñas del cerro del Calvario, pecho a pecho con los gonzalos de férrea armadura, los desnudos y heroicos caracas! Bueno es abrir canales, sembrar escuelas, crear líneas de vapores, ponerse al nivel del propio tiempo, estar del lado de la vanguardia en la hermosa marcha humana; pero es bueno, para no desmayar en ella por falta de espíritu o alarde de espíritu falso, alimentarse, por el recuerdo y por la admiración, por el estudio justiciero y la amorosa lástima, de ese ferviente espíritu de la naturaleza en que se nace, crecido y avivado por el de los hombres de toda raza que de ella surgen y en ella se sepultan. Sólo cuando son directas, prosperan la política y la literatura. La inteligencia americana es un penacho indígena. ¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio, se

paralizó a América? Y hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América.

[“Autores Americanos Aborígenes” (fragmento), *La América*, Nueva York, abril de 1884, en *OC*, t. 8, pp. 336-337.]

[“Tiene mi cielo de América”]

Tiene mi cielo de América,
Lecho mío, orgullo mío,
Nubes de blancos frescores,
De ambiente amoroso y tibio,—
Ni cabe en amor tibieza
Ni cabe [en] un beso frío.—

[“Tiene mi cielo de América”, en *PCEC*, t. II, p. 312.]

[Pueblos originales: soluciones originales]

No nos falta la condición, no, sino la ocasión, la constitución social, el medio ambiente. Sacudirnos todo lo que nos queda de polvo viejo: abrir los brazos, y tenerlos siempre abiertos; dar al que llega un arado, y un pedazo de tierra, y ayudarle a hacer la casa, y respetársela; crear medios honestos de vida para las inteligencias calientes, ambiciosas, y desocupadas; sacar de la literatura escolástica, la educación pública que hoy se basa en ella, y arraigarla en las ciencias y artes prácticas, para que no le falte al hombre trabajo útil que lo dignifique, ni aquella savia pura falte a rama alguna de vida; decisión en masa de los hombres honrados para levantar en sus espaldas este edificio del continente nuestro, fundado sobre serpientes, y echarle base nueva, sin lo que vendrá abajo, desaperebido y befado, como una nube que pasó, con el seno repleto de gente alborotada, por el cielo humano: tal nos falta, y nada más:—virtudes de condición, y no de esencia; de acomodación, de lugar, de atmósfera; pero en nosotros mismos tenemos la impaciencia y previsión del espíritu futuro, la mano ágil, la mente viva, el corazón caluroso, el caballo de cañas finas en la llanura, y en las sienas.

Desbasar, y rebasar. De raíz venimos mal; y tenemos que sacarnos la raíz, y ponernos otra.

Los abuelos nos pudrieron; pero el aire puro de nuestras tierras nos ha oreado. El alimento que hemos tomado por las ramas combate y expele al que nos viene de la raíz.

Con nuestra clase fina cultísima, y nuestras clases bajas rudísimas, somos como un libro de Barbey d'Aureville en manos del hombre fresco de la selva. Tenemos cabeza de Sócrates, y pies de indio, pies de llama, pies de puma y jaguar, pies de bestia nueva. El sol nos anda en las venas. Nuestro problema es nuestro, y no podemos conformar sus soluciones a las de los problemas de nadie. Somos pueblo original: un pueblo, desde los yaquis hasta los patagones.

Como la cabeza socrática no gusta de abatirse, ni sabe cómo, ni puede, tenemos, si no queremos morir de mal de cabeza, que ponernos cuerpo en relación a la cabeza. Somos el producto de todas las civilizaciones humanas, puesto a vivir, con malestar y náuseas consiguientes, en una civilización rudimentaria. El choque es enorme; y nuestra tarea es equilibrar los elementos. La literatura debe afinarnos y entretenernos, no ser nuestra ocupación favorita y exclusiva: nuestra ocupación favorita ha de ser el estudio, ihondo y de prisa!, de nuestras condiciones peculiares de vida.

[“Cartas de Martí” (fragmento). *La Nación*, Buenos Aires, 24 de julio de 1885, en *OC*, t. 10, pp. 260-261.]

[Pasado semejante al de otros pueblos]

No habría poema más triste y hermoso que el que se puede sacar de la historia americana. No se puede leer sin ternura, y sin ver como flores y plumas por el aire, uno de esos buenos libros viejos forrados de pergamino, que hablan de la América de los indios, de sus ciudades y de sus fiestas, del mérito de sus artes y de la gracia de sus costumbres. Unos vivían aislados y sencillos, sin vestidos y sin necesidades, como pueblos acabados de nacer; y empezaban a pintar sus figuras extrañas en las rocas de la orilla de los ríos, donde es más solo el bosque, y el hombre piensa más en las maravillas del mundo. Otros eran pueblos de más edad, y vivían en tribus, en aldeas de cañas o de adobes, comiendo lo que cazaban y pescaban, y

peleando con sus vecinos. Otros eran ya pueblos hechos, con ciudades de ciento cuarenta mil casas, y palacios adornados de pinturas de oro, y gran comercio en las calles y en las plazas, y templos de mármol con estatuas gigantescas de sus dioses. Sus obras no se parecen a las de los demás pueblos, sino como se parece un hombre a otro. Ellos fueron inocentes, supersticiosos y terribles. Ellos imaginaron su gobierno, su religión, su arte, su guerra, su arquitectura, su industria, su poesía. Todo lo suyo es interesante, atrevido, nuevo. Fue una raza artística, inteligente y limpia. Se leen como una novela las historias de los nahuatlés y mayas de México, de los chibchas de Colombia, de los cumanagotos de Venezuela, de los quechuas del Perú, de los aimaras de Bolivia, de los charrúas del Uruguay, de los araucanos de Chile.

[...]

Se hace uno de amigos leyendo aquellos libros viejos. Allí hay héroes, y santos, y enamorados, y poetas, y apóstoles. Allí se describen pirámides más grandes que las de Egipto; y hazañas de aquellos gigantes que vencieron a las fieras; y batallas de gigantes y hombres; y dioses que pasan por el viento echando semillas de pueblos sobre el mundo; y robos de princesas que pusieron a los pueblos a pelear hasta morir; y peleas de pecho a pecho, con bravura que no parece de hombres; y la defensa de las ciudades viejas contra los hombres fuertes que venían de las tierras del Norte; y la vida variada, simpática y trabajadora de sus circos y templos, de sus canales y talleres, de sus tribunales y mercados. Hay reyes como el chichimeca Netzahualpilli, que matan a sus hijos porque faltaron a la ley, lo mismo que dejó matar al suyo el romano Bruto; hay oradores que se levantan llorando, como el tlascalteca Xicotencatl, a rogar a su pueblo que no dejen entrar al español, como se levantó Demóstenes a rogar a los griegos que no dejasen entrar a Filipo; hay monarcas justos como Netzahualcoyotl, el gran poeta rey de los chichimecas, que sabe, como el hebreo Salomón, levantar templos magníficos al Creador del mundo, y hacer con alma de padre justicia entre los hombres. Hay sacrificios de jóvenes hermosas a los dioses invisibles del cielo, lo mismo que los hubo en

Grecia, donde eran tantos a veces los sacrificios que no fue necesario hacer altar para la nueva ceremonia, porque el montón de cenizas de la última quema era tan alto que podían tender allí a las víctimas los sacrificadores; hubo sacrificios de hombres, como el del hebreo Abraham, que ató sobre los leños a Isaac su hijo, para matarlo con sus mismas manos, porque creyó oír voces del cielo que le mandaban clavar el cuchillo al hijo, cosa de tener satisfecho con esta sangre a su Dios; hubo sacrificios en masa, como los había en la Plaza Mayor, delante de los obispos y del rey, cuando la Inquisición de España quemaba a los hombres vivos, con mucho lujo de leña y de procesión, y veían la quema las señoras madrileñas desde los balcones. La superstición y la ignorancia hacen bárbaros a los hombres en todos los pueblos. Y de los indios han dicho más de lo justo en estas cosas los españoles vencedores, que exageraban o inventaban los defectos de la raza vencida, para que la crueldad con que la trataron pareciese justa y conveniente al mundo.

[“Las ruinas indias”, *La Edad de Oro*, no. 2, Nueva York, agosto, 1889, en *OC*, t. 18, pp. 380-382. Ver edición facsimilar.]

Nuestra América

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifiquen al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas, y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el cielo, que van por el aire dormido[s] engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas, valen más que trincheras de piedra.

No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados.

Los pueblos que no se conocen, han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos. Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quiere[n] que le[s] llamen el pueblo ladrón, devuélvanle sus tierras al hermano. Las deudas del honor, no las cobra el honrado en dinero, a tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades: ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

A los sietemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra, son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan a Tortoni, de sorbetes. ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, bribones, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre? ¿el que se queda con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? ¡Estos hijos de nuestra América, que ha

de salvarse con sus indios, y va de menos a más, estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos! ¡Estos delicados, que son hombres, y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el Washington que les hizo esta tierra ¿se fue a vivir con los ingleses, a vivir con los ingleses en los años en que los veía venir contra su tierra propia? ¡Estos "increíbles" del honor, que lo arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban las erres!

¿Ni en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irredimible a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña. La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la naturaleza puso para todos en el pueblo que fe-

cundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras esta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recabar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder: y han caído, en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno, y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

En pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno. La masa ineulta es perezosa, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude, y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras *yankees* o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la

cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta,—sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los Incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los areontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo vinimos, denodados, al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer alzan en México la república, en hombros de los indios. Un canónigo español, a la sombra de su capa, instruye en la libertad francesa a unos cuantos bachilleres magníficos, que ponen de jefe de Centro América contra España al general de España. Con los hábitos monárquicos, y el Sol por pecho, se echaron a levantar pueblos los venezolanos por el Norte y los argentinos por el Sur. Cuando los dos héroes chocaron, y el continente iba a temblar, uno, que no fue el menos grande, volvió riendas. Y como el heroísmo en la paz es más escaso, porque es menos glorioso, que el de la guerra; como al hombre le es más fácil morir con honra que

pensar con orden; como gobernar con los sentimientos exaltados y unánimes es más hacadero que dirigir, después de la pelea, los pensamientos diversos, arrogantes, exóticos o ambiciosos; como los poderes arrollados en la arremetida épica zapaban, con la cautela felina de la especie y el peso de lo real, el edificio que había izado, en las comarcas burdas y singulares de nuestra América mestiza, en los pueblos de pierna desnuda y casaca de París, la bandera de los pueblos nutridos de savia gobernante en la práctica continua de la razón y de la libertad; como la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República, o las capitales de corbatín dejaban en el zaguán al campo de bota-de-potro, o los redentores bibliógenos no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra desatada a la voz del salvador, con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella,—entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico. El continente, descoyuntado durante tres siglos por un mando que negaba el derecho del hombre al ejercicio de su razón, entró, desatendiendo o desoyendo a los ignorantes que lo habían ayudado a redimirse, en un gobierno que tenía por base la razón:—la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros. El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu. Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fogonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere, echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros,—de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados,

de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicu e impolítico de la raza aborigen,—por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos.

Pero “estos países se salvarán”, como anunció Rivadavia el argentino, el que pecó de finura en tiempos crudos: al machete no le va vaina de seda, ni en el país que se ganó con el lanzón, se puede echar al lanzón atrás, porque se enoja, y se pone en la puerta del Congreso de Iturbide “a que le hagan emperador al rubio”. Estos países se salvarán, porque, con el genio de la moderación que parece imperar, por la armonía serena de la naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio en que se empapó la generación anterior,—le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real.

Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norte-América y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvía, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga,—en desestancar al indio,—en ir haciendo lado al negro suficiente,—en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado. La juventud angélica, como de los brazos de un pulpo, echaba al Cielo, para caer con gloria estéril, la cabeza coronada de nubes. El pueblo natural,

con el empuje del instinto, arrollaba, ciego del triunfo, los bastones de oro. Ni el libro europeo, ni el libro *yankee*, daban la clave del enigma hispano-americano. Se probó el odio, y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil,—de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte,—se empieza, como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. “¿Cómo somos?” Se preguntan, y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojimar un problema, no van a buscar la solución a Dantzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear, es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos, y adelanta con todos, muere la república. El tigre de adentro se entra por la hendidija, y el tigre de afuera. El general sujeta en la marcha la caballería al paso de los infantes. O si deja a la zaga a los infantes, le envuelve el enemigo la caballería. Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices, y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos. Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la naturaleza. Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas, estudian la dificultad en sus

orígenes. Los oradores, empiezan a ser sobrios. Los dramaturgos, traen los caracteres nativos a la escena. Las academias, discuten temas viables. La poesía se corta la melena zorrillezca, y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado. La prosa, centelleante y cernida, va cargada de ideas. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio.

De todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras, olvidando que Juárez paseaba en un coche de mulas, ponen coche de viento, y de cochero a una bomba de jabón: el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano, y abre la puerta al extranjero. Otras acendran, con el espíritu épico de la independencia amenazada, el carácter viril. Otras crían, en la guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que puede devorarlas. Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña. Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y sólo aman, a los pueblos viriles;—como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte, o en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista, y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana, aún a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con que se la pudiera encarar y desviarla;—como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril, o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América,—el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con sangre de abono que arranca a las manos

la pelea con las ruinas,—y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable que no la conoce es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre, y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele, y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la humanidad, el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara perecederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras, ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños, ni mira caritativo, desde su eminencia aún mal segura, a los que, con menos favor de la historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas: ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede

resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno,—y la unión tácita y urgente del alma continental. ¡Porque ya suena el himno unánime; la generación real lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!

[*La Revista Ilustrada de Nueva York*, 1ro. de enero de 1891, en José Martí: *Nuestra América*, edición crítica, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2006.]

Nuestra América y los Estados Unidos

[Un tratado con los Estados Unidos. Consecuencias]

No ha habido en estos últimos años—si se descuenta de ellos el problema reciente que trae a debate la apertura del istmo de Panamá—acontecimiento de gravedad mayor para los pueblos de nuestra América Latina que el tratado comercial que se proyecta entre los Estados Unidos y México. No concierne sólo a México, cuyos adelantos, de fuerza propia y empuje indígena, despiertan simpatía vehemente en cuantos, por ser de pueblos de América, ven con orgullo fraternal la inteligencia exuberante, investigadora e impaciente de sus hijos, y la prisa con que—acallados ya los naturales hervores de pueblo primerizo, criado a pechos duros de madre preocupada—se dan los naturales de la tierra a utilizar y multiplicar las excelencias pasmosas de su suelo. El tratado concierne a todos los pueblos de la América Latina que comercian con los Estados Unidos. No es el tratado en sí lo que atrae a tal grado la atención; es lo que viene tras él. Y no hablamos aquí de riesgos de orden político; a veces, el patriotismo es la locura; otras veces, como en México ahora, es más aún que la prudencia: es la cautela. Hablamos de lo único que nos cumple, movidos como estamos del deseo de ir poniendo en claro todo lo que a nuestros intereses afecta: hablamos de riesgos económicos. Apuntarlos será bastante, puesto que el tratado comercial con México no está más que apuntado todavía. Acaba de ser revelado al público, cuya

curiosidad atizaban principalmente, por medio de diarios poderosos, los productores de azúcares, que se creen directamente amenazados por el proyecto. El Senado ha decidido la publicación del documento, que está en camino de ser ley, luego que lo aprueben, después de escrupulosa discusión, ambas naciones.

Los artículos 1º., 2º., 6º., 7º. y 8º., son los más notables del proyecto. En el primero se establecen todos los artículos de producción mexicana que habrán de admitirse libres de derechos en los Estados Unidos, en tanto que el tratado dure. En el segundo, todos los artículos de los Estados Unidos que México se obliga a admitir libres de derechos.

[...]

Resulta, pues, de la primera ojeada, que el beneficio de México, inmediato en algunos casos, como el del henequén para Yucatán, es más un beneficio de porvenir que de presente, y nominal que real, puesto que, hoy y por tiempo no breve, México no puede aumentar sensiblemente la producción de los frutos naturales que hoy exporta y que coloca con ventaja y sin esfuerzo, ya en los Estados Unidos, ya en los mercados europeos. El azúcar que México produce, ni mejoraría de clase ni aumentaría en cantidad sin la ayuda de maquinarias poderosas, cuyo efecto vendría a coincidir probablemente con los últimos años de duración del tratado que se proyecta. El café mexicano, sobre que tiene asegurado su consumo, aun en años de depreciación del fruto, como éste, merced a su perfume y vigor, no recibe con el tratado ventaja alguna, puesto que todo café entra en los Estados Unidos libre de derechos. Y en general todos los productos mexicanos necesitan, para el súbito crecimiento a que están llamados, más vías por donde ser conducidos—las cuales están haciendo—y más brazos que los produzcan, los cuales no son tan fáciles de hacer.

En cambio, los Estados Unidos ponen inmediatamente en circulación, con un interés subido, por lo pingüe de los frutos de la tierra y la mayor baratura de la colocación de su caudal, el exceso de riqueza que hoy dedican a operaciones

agitadas y antipáticas de bolsa, por las que comienza a haber visible desgano público; se crean un cuantiosísimo mercado para muchos productos que les sobran y se ayudan a mantener, con este canal ancho del exceso de producción, el sistema prohibitivo, del que creen que necesitan aún sus industrias para llegar más tarde a competir con las más perfectas europeas. Descargan sus mercados; emplean a mayor interés su riqueza sobrada; se ayudan a esquivar, por unos cuantos años, con el nuevo mercado de los frutos sobrantes, el problema gravísimo que viene de la desocupación de los obreros por el exceso de producción de artículos no colocables—fatal consecuencia del sistema de la protección—e introducen sin derechos pueblos enteros, ciudades enteras, en un pueblo limítrofe.

Tal es la inmediata consecuencia y las ventajas que acarrea el tratado a ambos países. A México, los medios de producir mañana con exuberancia frutos de que los Estados Unidos son un considerable consumidor; a los Estados Unidos, la colocación, desde el primer instante, en condiciones ventajosas, de un exceso de riqueza que coloca hoy desventajosamente, el descargo en un mercado forzoso de sus industrias embarazadas por la sobra de productos no colocables, y la posibilidad de alzar ciudades, sin más autorización ni traba que las que les otorga el tratado, en un pueblo vecino.

En cuanto a los demás países de la América, que, por su penosa condición los unos—ilos más interesados acaso!—y los otros por ese desvío fatal, falta de intercomunicación y baltasárica pereza en que viven, no parecen haberse dado aún cuenta de este importante proyecto, y no hay uno acaso que no hubiera a la larga de sentir en sí sus resultados. [...] Comete suicidio un pueblo el día en que fía su subsistencia a un solo fruto. México se salvará siempre, porque los cultiva todos. Y en las comarcas donde se dan de preferencia al cultivo de uno, de la caña o del café, se sufre siempre más, y más frecuentemente, que en comarcas donde con la variedad de frutos hay un provecho, menor en ocasiones, pero derivado de varias fuentes, equilibrado y constante.

Como México produce todo lo que los demás Estados de Centro América y de la América del Sur, y tiene aún territorio inmenso donde extender sus múltiples productos, y va a recibir ahora superabundancia de medios de producir de que continuarán careciendo los demás países americanos que le son análogos en producciones, aun sin contar con la rebaja especial de derechos que conceden los Estados Unidos a México, y por más que se tuviera en cuenta la posibilidad, que no llega a ser probabilidad, de que celebrasen los Estados Unidos con los demás países de la América tratados semejantes al de México, resultaría siempre que en la competencia de frutos iguales por llegar a un mercado común llevaría la ventaja, por precios de flete, frescura del fruto y oportunidad del arribo, el país más cercano.

Tales apuntes nos sugieren hoy la lectura del proyecto. Con la costumbre, no descaminada a veces, de buscar causas ruines a los propósitos de apariencia y objeto más loable—han dicho periódicos de los Estados Unidos, de tanta valía como el "Sun", de New York, y otros de no menor influencia en Washington, que como el tratado dejaría sin rentas al gobierno de México, que deriva hoy casi todas las suyas de los derechos de aduanas,—se vería el Gobierno en la necesidad de suspender el pago a poco de las subvenciones con que auxilia la construcción de determinadas líneas férreas de empresarios norteamericanos; éstas, privadas de la subvención, quedarían forzadas a interrumpir y a abandonar, acaso sus trabajos; y entonces, sobre sus ruinas, continuaría construyendo los ferrocarriles mexicanos la poderosa compañía no subvencionada, nutrida por los magnates ferrocarrileros de los Estados Unidos, con cuyos intereses está íntimamente ligado el general Grant, coautor, si no en la letra, en el espíritu del proyecto. Pero a este rumor, a pesar de su apariencia racional, no ha de adscribirse este proyecto de tratado, de tal alcance, de tan profunda trascendencia, de tanta monta para todos nuestros países. Cuando existen para un suceso causas históricas, constantes, crecientes y mayores, no hay

que buscar en una pasajera causa ínfima la explicación del suceso.

Invitamos a reflexionar sobre el tratado.

[“El tratado comercial entre los Estados Unidos y México” (fragmento), *La América*, Nueva York, marzo de 1883, en *OC*, t. 7, pp. 17-22.]

[La hora de la segunda independencia]

[...] Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.

En cosas de tanto interés, la alarma falsa fuera tan culpable como el disimulo. Ni se ha de exagerar lo que se ve, ni de torcerlo, ni de callarlo. Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se los puede evitar. Lo primero en política, es aclarar y prever. Sólo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del universo, como en Colombia, o para obligarlos,

como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio.

— De raíz hay que ver a los pueblos, que llevan sus raíces donde no se las ve, para no tener a maravilla estas mudanzas en apariencia súbitas, y esta cohabitación de las virtudes eminentes y las dotes rapaces. No fue nunca la de Norteamérica, ni aun en los descuidos generosos de la juventud, aquella libertad humana y comunicativa que echa a los pueblos, por sobre montes de nieve, a redimir un pueblo hermano, o los induce a morir en haces, sonriendo bajo la cuchilla, hasta que la especie se pueda guiar por los caminos de la redención con la luz de la hecatombe. Del holandés mercader, del alemán egoísta, y del inglés dominador se amasó con la levadura del ayuntamiento señorial, el pueblo que no vio crimen en dejar a una masa de hombres, so pretexto de la ignorancia en que la mantenían, bajo la esclavitud de los que se resistían a ser esclavos.

No se le había secado la espuma al caballo francés de Yorktown cuando con excusas de neutralidad continental se negaba a ayudar contra sus opresores a los que acudieron a libertarlo de ellos, el pueblo que después, en el siglo más equitativo de la historia, había de disputar a sus auxiliares de ayer, con la razón de su predominio geográfico, el derecho de amparar en el continente de la libertad, una obra neutral de beneficio humano. Sin tenderles los brazos, sino cuando ya no necesitaban de ellos, vio a sus puertas la guerra conmovedora de una raza épica que combatía, cuando estaba aún viva la mano que los escribió, por los principios de albedrío y decoro que el norte levantó de pabellón contra el inglés: y cuando el sud, libre por sí, lo convidó a la mesa de la amistad, no le puso los reparos que le hubiera podido poner, sino que con los labios que acababan de proclamar que en América no debía tener siervos ningún monarca de Europa, exigió que los ejércitos del Sur abandonasen su proyecto de ir a redimir las islas americanas del golfo, de la servidumbre de una monarquía europea. Acababan de unirse, con no menor dificultad que las colonias híbridas del Sur, los trece

Estados del Norte y ya prohibían que se fortaleciese, como se hubiera fortalecido y puede fortalecerse aún, la unión necesaria de los pueblos meridionales, la unión posible de objeto y espíritu, con la independencia de las islas que la naturaleza les ha puesto de pórtico y guarda. Y cuando de la verdad de la vida, surgió, con el candor de las selvas y la sagacidad y fuerza de las criaturas que por tener más territorio para esclavos, se entraron de guerra por un pueblo vecino, y le sajaron de la carne viva una comarca codiciada, aprovechándose del trastorno en que tenía al país amigo la lucha empeñada por una cohorte de evangelistas para hacer imperar sobre los restos envenenados de la colonia europea, los dogmas de libertad de los vecinos que los atacaban. Y cuando de la verdad de la pobreza, con el candor del bosque y la sagacidad y poder de las criaturas que lo habitan, surgió, en la hora del reajuste nacional, el guía bueno y triste, el leñador Lincoln, pudo oír sin ira que un demagogo le aconsejara comprar, para vertedero de los negros armados que le ayudaron a asegurar la unión, el pueblo de niños fervientes y de entusiastas vírgenes que, en su pasión por la libertad, había de ostentar poco después, sin miedo a los tenientes madrileños, el luto de Lincoln; pudo oír, y proveer de salvoconducto, al mediador que iba a proponerle al Sur torcer sus armas sobre México, donde estaba el francés amenazante, y volver con crédito insigne a la República, con el botín de toda la tierra, desde el Bravo hasta el istmo. Desde la cuna soñó en estos dominios el pueblo del Norte, con el “nada sería más conveniente de Jefferson”; con “los trece gobiernos destinados” de Adams; con “la visión profética” de Clay; con “la gran luz del Norte” de Webster; con “el fin es cierto, y el comercio tributario” de Summer; con el verso de Sewall, que va de boca en boca, “vuestro es el continente entero y sin límites”; con “la unificación continental” de Everett; con la “unión comercial” de Douglass; con “el resultado inevitable” de Ingalls, “hasta el istmo y el polo”; con la “necesidad de extirpar en Cuba”, de Blaine, “el foco de la fiebre amarilla”; y cuando un pueblo rapaz de raíz, criado en la esperanza y

certidumbre de la posesión del continente, llega a serlo, con la espuela de los celos de Europa y de su ambición de pueblo universal, como la garantía indispensable de su poder futuro, y el mercado obligatorio y único de la producción falsa que cree necesario mantener, y aumentar para que no decaigan su influjo y su fausto, urge ponerle cuantos frenos se puedan fraguar, con el pudor de las ideas, el aumento rápido y hábil de los intereses opuestos, el ajuste franco y pronto de cuantos tengan la misma razón de temer, y la declaración de la verdad. La simpatía por los pueblos libres dura hasta que hacen traición a la libertad; o ponen en riesgo la de nuestra patria.

[...]

Y es lícito afirmar esto, a pesar de la aparente mansedumbre de la convocatoria, porque a ésta, que versa sobre las relaciones de los Estados Unidos con los demás pueblos americanos, no se la puede ver como desligada de las relaciones, y tentativas, y atentados confesos, de los Estados Unidos en la América, en los instantes mismos de la reunión de sus pueblos sino que por lo que son estas relaciones presentes se ha de entender cómo serán, y para qué, las venideras; y luego de inducir la naturaleza y objeto de las amistades proyectadas, habrá de estudiarse a cuál de las dos Américas convienen, y si son absolutamente necesarias para su paz y vida común, o si estarán mejor como amigas naturales sobre bases libres, que como coro sujeto a un pueblo de intereses distintos, composición híbrida y problemas pavorosos, resuelto a entrar, antes de tener arreglada su casa, en desafío arrogante, y acaso pueril, con el mundo. Y cuando se determine si los pueblos que han sabido fundarse por sí, y mejor mientras más lejos, deben abdicar su soberanía en favor del que con más obligación de ayudarles no les ayudó jamás, o si conviene poner clara, y donde el universo la vea, la determinación de vivir en la salud de la verdad, sin alianzas innecesarias con un pueblo agresivo de otra composición y fin, antes de que la demanda de alianza forzosa se encone y haga caso de vanidad y punto de honra nacional,—

lo que habrá de estudiarse serán los elementos del congreso, en sí y en lo que de afuera influye él, para augurar si son más las probabilidades de que se reconozcan, siquiera sea para recomendación, los títulos de patrocinio y prominencia en el continente, de un pueblo que comienza a mirar como privilegio suyo la libertad, que es aspiración universal y perenne del hombre, y a invocarla para privar a los pueblos de ella—, o de que en esta primera tentativa de dominio, declarada en el exceso impropio de sus pretensiones, y en los trabajos coetáneos de expansión territorial e influencia desmedida, sean más, si no todos, como deberían ser los pueblos que, con la entereza de la razón y la seguridad en que están aún, den noticia decisiva de su renuncia a tomar señor, que los que por un miedo a que sólo habrá causa cuando hayan empezado a ceder y reconocido la supremacía, se postren, en vez de esquivarlo con habilidad, al paso del Juggernaut desdeñoso, que adelanta en triunfo entre turiferarios alquilones de la tierra invasora aplastando cabezas de siervos.

El *Sun* de Nueva York, lo dijo ayer: “El que no quiera que lo aplaste el Juggernaut, súbase en su carro”. Mejor será cerrarle al carro el camino.

Para eso es el genio: para vencer la fuerza con la habilidad. Al carro se subieron los tejanos, y con el incendio a la espalda, como zorros rabiosos, o con los muertos de la casa a la grupa, tuvieron que salir, descalzos y hambrientos, de su tierra de Texas.

[“Congreso Internacional de Washington. Su historia, sus elementos y sus tendencias. I” (fragmentos), *La Nación*, Buenos Aires, 19 de diciembre de 1889, en OC, t. 6, pp. 46-48 y 53-54.]

[Enemigo de Nuestra América]

De una parte hay en América un pueblo que proclama su derecho de propia coronación a regir, por moralidad geográfica, en el continente, y anuncia, por boca de sus estadistas, en la prensa y en el púlpito, en el banquete y en el congreso, mientras pone la mano sobre una isla y trata de comprar

otra, que todo el norte de América ha de ser suyo, y se le ha de reconocer derecho imperial del istmo abajo, y de otra están los pueblos de origen y fines diversos, cada día más ocupados y menos recelosos, que no tienen más enemigo real que su propia ambición, y la del vecino que los convida a ahorrarle el trabajo de quitarles mañana por la fuerza lo que le pueden dar de grado ahora. ¿Y han de poner sus negocios los pueblos de América en manos de su único enemigo, o de ganarle tiempo, y poblarse, y unirse, y merecer definitivamente el crédito y respeto de naciones, antes de que ose demandarles la sumisión el vecino a quien, por las lecciones de adentro o las de afuera, se le puede moderar la voluntad, o educar la moral política, antes de que se determine a incurrir en el riesgo y oprobio de echarse, por la razón de estar en un mismo continente, sobre pueblos decorosos, capaces, justos, y como él, prósperos y libres?

Ni fuera para alarmar la propuesta de la unión aduanera, que permitiría la entrada libre de lo de cada país en todos los de la unión; porque con enunciarla se viene abajo, pues valdría tanto como ponerse a modelar de nuevo y aprisa quince pueblos para buscar acomodo a los sobrantes de un amigo a quien le ha entrado con apremio la necesidad, y quiere que en beneficio de él los vecinos se priven de todo, o de casi todo, lo que tienen compuesto en una fábrica de años para los gastos de la casa: porque tomar sin derechos lo de los Estados Unidos, que elaboran, en sus talleres cosmopolitas, cuanto conoce y da el mundo, fuera como echar al mar de un puñado la renta principal de las aduanas, mientras que los Estados Unidos seguirían cobrando poco menos que todas las suyas, como de lo que les viene de América no pasan de cinco los artículos valiosos y gravados al entrar: sobre que sería inmoral e ingrato, caso de ser posible por las obligaciones previas, despojar del derecho de vender en los países de América sus productos baratos a los pueblos que sin pedirles sumisión política les adelantan caudales y les conceden créditos, para poner en condición de vender sus productos caros e inferiores a un pueblo que no abre créditos ni

adelanta caudales, sino donde hay minas abiertas y provechos visibles, y exige además la sumisión.

¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo? ¿Por qué han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización? ¿Por qué tan deseosos de entrar en la casa ajena, mientras los que quieren echar de ella se les están entrando en la propia? ¿Por qué ajustar en la sala del congreso proyectos de reciprocidad con todos los pueblos americanos cuando un proyecto de reciprocidad, el de México, ajustado entre los dos gobiernos con ventajas mutuas, espera en vano de años atrás la sanción del congreso, porque se oponen a él, con detrimento del interés general de la Nación, los intereses especiales heridos en el tratado?

[“Congreso Internacional de Washington. Su historia, sus elementos y sus tendencias. (2da. y última parte.—Véase el número anterior). II” (fragmento), *La Nación*, Buenos Aires, 20 de diciembre de 1889, en *OC*, t. 6, pp. 56-57.]

[La unión imposible]

A lo que se ha de estar no es a la forma de las cosas, sino a su espíritu. Lo real es lo que importa, no lo aparente. En la política, lo real es lo que no se ve. La política es el arte de combinar, para el bienestar creciente interior, los factores diversos u opuestos de un país, y de salvar al país de la enemistad abierta o la amistad codiciosa de los demás pueblos. A todo convite entre pueblos hay que buscarle las razones ocultas. Ningún pueblo hace nada contra su interés; de lo que se deduce que lo que un pueblo hace es lo que está en su interés. Si dos naciones no tienen intereses comunes, no pueden juntarse. Si se juntan, chocan. Los pueblos menores, que están aún en los vulecos de la gestación, no pueden unirse sin peligro con los que buscan un remedio al exceso de productos de una población compacta y agresiva, y un desagüe a sus turbas inquietas, en la unión con los pueblos menores. Los actos políticos de las repúblicas reales son el resultado compuesto de

los elementos del carácter nacional, de las necesidades económicas, de las necesidades de los partidos, de las necesidades de los políticos directores. Cuando un pueblo es invitado a unión por otro, podrá hacerlo con prisa el estadista ignorante y deslumbrado, podrá celebrarlo sin juicio la juventud prendada de las bellas ideas, podrá recibirlo como una merced el político venal o demente, y glorificarlo con palabras serviles; pero el que siente en su corazón la angustia de la patria, el que vigila y prevé, ha de inquirir y ha de decir qué elementos componen el carácter del pueblo que convida y el del convidado, y si están predispuestos a la obra común por antecedentes y hábitos comunes, y si es probable o no que los elementos temibles del pueblo invitante se desarrollen en la unión que pretende, con peligro del invitado; ha de inquirir cuáles son las fuerzas políticas del país que le convida, y los intereses de sus partidos, y los intereses de sus hombres, en el momento de la invitación. Y el que resuelva sin investigar, o desee la unión sin conocer, o la recomiende por mera frase y deslumbramiento, o la defienda por la poquedad del alma aldeana, hará mal a América. ¿En qué instantes se provocó, y se vino a reunir, la Comisión Monetaria Internacional? ¿Resulta de ella, o no, que la política internacional americana es, o no es, una bandera de política local y un instrumento de la ambición de los partidos? ¿Han dado, o no, esta lección a Hispanoamérica los mismos Estados Unidos? ¿Conviene a Hispanoamérica desoírla, o aprovecharla?

Un pueblo crece y obra sobre los demás pueblos en acuerdo con los elementos de que se compone. La acción de un país, en una unión de países, será conforme a los elementos que predominen en él, y no podrá ser distinta de ellos. Si a un caballo hambriento se le abre la llanura, la llanura pastosa y fragante, el caballo se echará sobre el pasto, y se hundirá en el pasto hasta la cruz, y morderá furioso a quien le estorbe.

Dos cóndores, o dos corderos, se unen sin tanto peligro como un cóndor y un cordero. Los mismos cóndores jóvenes, entretenidos en los juegos fogosos y peleas fanfarronas

de la primera edad, no defenderían bien, o no acudirían a tiempo y juntos a defender, la presa que les arrebatase el cóndor maduro. Prever es la cualidad esencial, en la constitución y gobierno de los pueblos. Gobernar no es más que prever. Antes de unirse a un pueblo, se ha de ver qué daños, o qué beneficios, pueden venir naturalmente de los elementos que lo componen.

Ni es sólo necesario averiguar si los pueblos son tan grandes como parecen y si la misma acumulación de poder que deslumbra a los impacientes y a los incapaces no se ha producido a costa de cualidades superiores, y en virtud de las que amenazan a quienes lo admiran; sino que, aún cuando la grandeza sea genuina y de raíz, sea durable, sea justa, sea útil, sea cordial, cabe que sea de otra índole y de otros métodos que la grandeza a que puede aspirar por sí, y llegar por sí, con métodos propios,—que son los únicos viables—un pueblo que concibe la vida y vive en diverso ambiente, de un modo diverso. En la vida común, las ideas y los hábitos han de ser comunes. No basta que el objeto de la vida sea igual en los que han de vivir juntos, sino que lo ha de ser la manera de vivir; o pelean, y se desdeñan, y se odian, por las diferencias de manera, como se odiarían por las de objeto. Los países que no tienen métodos comunes, aun cuando tuviesen idénticos fines, no pueden unirse para realizar su fin común con los mismos métodos.

Ni el que sabe y ve puede decir honradamente,—porque eso sólo lo dice quien no sabe y no ve, o no quiere por su provecho ver ni saber,—que en los Estados Unidos prepondere hoy, siquiera, aquel elemento más humano y viril, aunque siempre egoísta y conquistador, de los colonos rebeldes, ya segundones de la nobleza, ya burguesía puritana; sino que este factor, que consumió la raza nativa, fomentó y vivió de la esclavitud de otra raza y redujo o robó los países vecinos, se ha acendrado, en vez de suavizarse, con el injerto continuo de la muchedumbre europea, cría tiránica del despotismo político y religioso, cuya única cualidad común es el apetito acumulado de ejercer sobre los demás la autoridad que se

ejerció sobre ellos. Creen en la necesidad, en el derecho bárbaro, como único derecho: "esto será nuestro, porque lo necesitamos". Creen en la superioridad incontrastable de "la raza anglosajona contra la raza latina". Creen en la baja-za de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Creen que los pueblos de Hispanoamérica están formados, principalmente, de indios y de negros. Mientras no sepan más de Hispanoamérica los Estados Unidos y la respeten más,—como con la explicación incesante, urgente, múltiple, sagaz, de nuestros elementos y recursos, podrían llegar a respetarla,—¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil para Hispanoamérica? ¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica con los Estados Unidos?

Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político. La política es obra de los hombres, que rinden sus sentimientos al interés, o sacrifican al interés una parte de sus sentimientos. Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él. Cuando un pueblo fuerte quiere dar batalla a otro, compele a la alianza y al servicio a los que necesitan de él. Lo primero que hace un pueblo para llegar a dominar a otro, es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir a alguno, prefiera al que lo necesite menos, al que lo desdeñe menos. Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente de algún candidato o algún bachiller, a unión política. El comercio va por las vertientes de tierra y agua y detrás de quien tiene algo que cambiar por él, sea monarquía o república. La unión, con el

mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él, contra otra. Si algún oficio tiene la familia de repúblicas de América, no es ir de arria de una de ellas contra las repúblicas futuras.

Ni en los arreglos de la moneda, que es el instrumento del comercio, puede un pueblo sano prescindir—por acatamiento a un país que no le ayudó nunca, o lo ayuda por emulación y miedo de otro,—de las naciones que le anticipan el caudal necesario para sus empresas, que le obligan el cariño con su fe, que lo esperan en las crisis y le dan modo para salir de ellas, que lo tratan a la par, sin desdén arrogante, y le compran sus frutos. Por el universo todo debiera ser una la moneda. Será una. Todo lo primitivo, como la diferencia de monedas, desaparecerá, cuando ya no haya pueblos primitivos. Se ha de poblar la tierra, para que impere, en el comercio como en la política, la paz igual y culta. Ha de procurarse la moneda uniforme. Ha de hacerse cuanto prepare a ella. Ha de reconocerse el uso legal de los metales imprescindibles. Ha de establecerse una relación fija entre el oro y la plata. Ha de desearse, y de ayudar a realizar, cuanto acerque a los hombres y les haga la vida más moral y llevadera. Ha de realizarse cuanto acerque a los pueblos. Pero el modo de acercarlos no es levantarlos unos contra otros; ni se prepara la paz del mundo armando un continente contra las naciones que han dado vida y mantienen con sus compras a la mayor parte de los países de él; ni convidando a los pueblos de América, adeudados a Europa, a combinar, con la nación que nunca les fio, un sistema de monedas cuyo fin es compelel a sus acreedores de Europa, que les fía, a aceptar una moneda que sus acreedores rechazan.

[...]

[...] Y cuando a su paso por los detalles monetarios tocaba a la Comisión marcar el espíritu con que Hispanoamérica los entendía, y entiende cuanto atañe a la vida individual e independiente de sus pueblos, lo marcó así:

[...] “El oficio del continente americano no es perturbar el mundo con factores nuevos de rivalidad y de discordia, ni

restablecer con otros métodos y nombres el sistema imperial, por donde se corrompen y mueren las repúblicas; sino tratar en paz y honradez con los pueblos que en la hora dudosa de la emancipación nos enviaron sus soldados, y en la época revuelta de la constitución nos mantienen abiertas sus cajas". "Los pueblos todos deben reunirse en amistad, y con la mayor frecuencia dable, para ir reemplazando, con el sistema del acrecentamiento universal, por sobre la lengua de los istmos y la barrera de los mares, el sistema, muerto para siempre, de dinastías y de grupos". "Las puertas de cada nación deben estar abiertas a la libertad fecundante y legítima de todos los pueblos. Las manos de cada nación deben estar libres para desenvolver sin trabas el país, con arreglo a su naturaleza distintiva y a sus elementos propios".

[...]

Mostrarse acomodaticio hasta la debilidad no sería el mejor modo de salvarse de los peligros a que expone en el comercio, con un pueblo pujador y desbordante, la fama de debilidad. La cordura no está en confirmar la fama de débil, sino en aprovechar la ocasión de mostrarse enérgico sin peligro. Y en esto de peligro, lo menos peligroso, cuando se elige la hora propicia y se la usa con mesura, es ser enérgico. Sobre serpientes, ¿quién levanta pueblos? Pero si hubo batalla; si el afán de progreso en las repúblicas aún no cuajadas lleva a sus hijos, por singular desvío de la razón, o levadura enconada de servidumbre, a confiar más en la virtud del progreso en los pueblos donde no nacieron, que en el pueblo en que han nacido; si el ansia de ver crecer el país nativo los lleva a la ceguera de apetecer modos y cosas que son afuera producto de factores extraños u hostiles al país, que ha de crecer conforme a sus factores y por métodos que resulten de ellos; si la cautela natural de los pueblos clavados en las cercanías de Norteamérica no creía aconsejable lo que, más que a los demás, por esa misma cercanía, les interesa; si la prudencia local y respetable, o el temor, o la obligación privada, ponían más cera en los caracteres que la que se ha de tener en los asuntos de independencia

y creación hispanoamericana, en la Comisión Monetaria no se vio, porque acordó levantar de lleno sus sesiones.

[“La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América” (fragmentos), *La Revista Ilustrada*, Nueva York, mayo de 1891, en *OC*, t. 6, pp. 158-161, 164-165 y 167.]

[Apartarse de los Estados Unidos]

De nuestra América se sabe menos de lo que urge saber, aun por aquellos que fungen de opinadores en las cosas públicas y celebran a los Estados Unidos con tanta pasión como la que ponen en denigrar a los demás pueblos de América, sin conocer de éstos ni aquéllos más que la engañosa superficie. Ignórase, generalmente, que ya hay en nuestra América pueblos que, en relación a su área útil y a sus habitantes, rinden tanto fruto al comercio humano como los Estados Unidos, y pagan más por la instrucción pública que ellos; que, en relación estricta a sus diversos antecedentes, los países de nuestra América ascienden a la libertad segura y generosa en la misma proporción en que los Estados Unidos descenden de ella; que las revueltas, siempre exageradas por censores ignorantes, de los pueblos hispanoamericanos, son el procedimiento forzoso de ajuste, igual en el mismo grado de desarrollo de todos los pueblos del orbe, entre las comarcas aisladas y rivales de las repúblicas nacies y las reformas decisivas a que se opone, primero, la teocracia arraigada en las masas indias y el núcleo soberbio de la clase principal, y luego la vehemencia de los reformadores, inevitable ante la resistencia astuta y sorda, y el hábito, fatalmente nacido en los vaivenes de la lucha, de proveer a la vida con los frutos del gobierno. De nuestra sociología se sabe poco, y de esas leyes, tan precisas como esta otra: los pueblos de América son más libres y prósperos a medida que más se apartan de los Estados Unidos.

[“Las guerras civiles en Sudamérica” (fragmento), *Patria*, Nueva York, 22 de septiembre de 1894, en *OC*, t. 6, pp. 26-27.]

Paradigmas americanos

“Tres Héroes”

Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo. El viajero hizo bien, porque todos los americanos deben querer a Bolívar como a un padre. A Bolívar, y a todos los que pelearon como él porque la América fuese del hombre americano. A todos: al héroe famoso, y al último soldado, que es un héroe desconocido. Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria.

Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. En América no se podía ser honrado, ni pensar, ni hablar. Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado. Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, no es un hombre honrado. Un hombre que se conforma con obedecer a leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado. El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez,

debe trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres, y debe ser un hombre honrado. El niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir, sin saber si vive honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón, y está en camino de ser bribón. Hay hombres que son peores que las bestias, porque las bestias necesitan ser libres para vivir dichosas: el elefante no quiere tener hijos cuando vive preso: la llama del Perú se echa en la tierra y se muere, cuando el indio le habla con rudeza, o le pone más carga de la que puede soportar. El hombre debe ser, por lo menos, tan decoroso como el elefante y como la llama. En América se vivía antes de la libertad como la llama que tiene mucha carga encima. Era necesario quitarse la carga, o morir.

Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. Esos hombres son sagrados. Estos tres hombres son sagrados: Bolívar, de Venezuela; San Martín, del Río de la Plata; Hidalgo, de México. Se les deben perdonar sus errores, porque el bien que hicieron fue más que sus faltas. Los hombres no pueden ser más perfectos que el sol. El sol quema con la misma luz con que calienta. El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz.

Bolívar era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampagueaban, y las palabras se le salían de los labios. Parecía como si estuviera esperando siempre la hora de montar a caballo. Era su país, su país oprimido, que le pesaba en el corazón, y no le dejaba vivir en paz. La América entera estaba como despertando. Un

hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismos, y los pueblos tienen muchos hombres, y no pueden consultarse tan pronto. Ese fue el mérito de Bolívar, que no se cansó de pelear por la libertad de Venezuela, cuando parecía que Venezuela se cansaba. Lo habían derrotado los españoles: lo habían echado del país. Él se fue a una isla, a ver su tierra de cerca, a pensar en su tierra.

Un negro generoso lo ayudó cuando ya no lo quería ayudar nadie. Volvió un día a pelear, con trescientos héroes, con los trescientos libertadores. Libertó a Venezuela. Libertó a la Nueva Granada. Libertó al Ecuador. Libertó al Perú. Fundó una nación nueva, la nación de Bolivia. Ganó batallas sublimes con soldados descalzos y medio desnudos. Todo se estremecía y se llenaba de luz a su alrededor. Los generales peleaban a su lado con valor sobrenatural. Era un ejército de jóvenes. Jamás se peleó tanto, ni se peleó mejor, en el mundo por la libertad. Bolívar no defendió con tanto fuego el derecho de los hombres a gobernarse por sí mismos, como el derecho de América a ser libre. Los envidiosos exageraron sus defectos. Bolívar murió de pesar del corazón, más que de mal del cuerpo, en la casa de un español en Santa Marta. Murió pobre, y dejó una familia de pueblos.

México tenía mujeres y hombres valerosos, que no eran muchos, pero valían por muchos: media docena de hombres y una mujer preparaban el modo de hacer libre a su país. Eran unos cuantos jóvenes valientes, el esposo de una mujer liberal, y un cura de pueblo que quería mucho a los indios, un cura de sesenta años. Desde niño fue el cura Hidalgo de la raza buena, de los que quieren saber. Los que no quieren saber son de la raza mala. Hidalgo sabía francés, que entonces era cosa de mérito, porque lo sabían pocos. Leyó los libros de los filósofos del siglo dieciocho, que explicaron el derecho del hombre a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. Vio a los negros esclavos, y se llenó de horror.

Vio maltratar a los indios, que son tan mansos y generosos, y se sentó entre ellos como un hermano viejo, a enseñarles las artes finas que el indio aprende bien: la música, que consuela; la cría del gusano, que da la seda; la cría de la abeja, que da miel. Tenía fuego en sí, y le gustaba fabricar: creó hornos para cocer los ladrillos. Le veían lucir mucho de cuando en cuando los ojos verdes. Todos decían que hablaba muy bien, que sabía mucho nuevo, que daba muchas limosnas el señor cura del pueblo de Dolores. Decían que iba a la ciudad de Querétaro una que otra vez, a hablar con unos cuantos valientes y con el marido de una buena señora. Un traidor le dijo a un comandante español que los amigos de Querétaro trataban de hacer a México libre. El cura montó a caballo, con todo su pueblo, que lo quería como a su corazón; se le fueron juntando los caporales y los sirvientes de las haciendas, que eran la caballería; los indios iban a pie, con palos y flechas, o con hondas y lanzas. Se le unió un regimiento y tomó un convoy de pólvora que iba para los españoles. Entró triunfante en Celaya, con músicas y vivas. Al otro día juntó el Ayuntamiento, lo hicieron general, y empezó un pueblo a nacer. Él fabricó lanzas y granadas de mano. Él dijo discursos que dan calor y echan chispas, como decía un caporal de las haciendas. Él declaró libres a los negros. Él les devolvió sus tierras a los indios. Él publicó un periódico que llamó *El Despertador Americano*. Ganó y perdió batallas. Un día se le juntaban siete mil indios con flechas, y al otro día lo dejaban solo. La mala gente quería ir con él para robar en los pueblos y para vengarse de los españoles. Él les avisaba a los jefes españoles que si los vencía en la batalla que iba a darles los recibiría en su casa como amigos. ¡Eso es ser grande! Se atrevió a ser magnánimo, sin miedo a que lo abandonase la soldadesca, que quería que fuese cruel. Su compañero Allende tuvo celos de él, y él le cedió el mando a Allende. Iban juntos buscando amparo en su derrota cuando los españoles les cayeron encima. A Hidalgo le quitaron uno a uno, como para ofenderlo, los vestidos de sacerdote. Lo sacaron detrás de una tapia, y le dispararon los tiros de muerte a la cabeza.

Cayó vivo, revuelto en la sangre, y en el suelo lo acabaron de matar. Le cortaron la cabeza y la colgaron en una jaula, en la Alhóndiga misma de Granaditas, donde tuvo su gobierno. Enterraron los cadáveres, descabezados. Pero México es libre.

San Martín fue el libertador del Sur, el padre de la República Argentina, el padre de Chile. Sus padres eran españoles, y a él lo mandaron a España para que fuese militar del rey. Cuando Napoleón entró en España con su ejército, para quitarles a los españoles la libertad, los españoles todos pelearon contra Napoleón: pelearon los viejos, las mujeres, los niños; un niño valiente, un catalancito, hizo huir una noche a una compañía, disparándole tiros y más tiros desde un rincón del monte: al niño lo encontraron muerto, muerto de hambre y de frío; pero tenía en la cara como una luz, y sonreía, como si estuviese contento. San Martín peleó muy bien en la batalla de Bailén, y lo hicieron teniente coronel. Hablaba poco: parecía de acero: miraba como un águila: nadie lo desobedecía: su caballo iba y venía por el campo de pelea, como el rayo por el aire. En cuanto supo que América peleaba para hacerse libre, vino a América: ¿qué le importaba perder su carrera, si iba a cumplir con su deber?: llegó a Buenos Aires: no dijo discursos: levantó un escuadrón de caballería: en San Lorenzo fue su primera batalla: sable en mano se fue San Martín detrás de los españoles, que venían muy seguros, tocando el tambor, y se quedaron sin tambor, sin cañones y sin bandera. En los otros pueblos de América los españoles iban venciendo: a Bolívar lo había echado Morillo el cruel de Venezuela: Hidalgo estaba muerto: O'Higgins salió huyendo de Chile: pero donde estaba San Martín siguió siendo libre la América. Hay hombres así, que no pueden ver esclavitud. San Martín no podía; y se fue a liberar a Chile y al Perú. En dieciocho días cruzó con su ejército los Andes altísimos y fríos: iban los hombres como por el cielo, hambrientos, sedientos: abajo, muy abajo, los árboles parecían yerba, los torrentes rugían como leones. San Martín se encuentra al ejército español y lo deshace en la batalla de Maipo, lo derrota para siempre en la batalla de Chacabuco. Liberta a Chile. Se embarca con su tropa, y va a liberar al

Perú. Pero en el Perú estaba Bolívar, y San Martín le cede la gloria. Se fue a Europa triste, y murió en brazos de su hija Mercedes. Escribió su testamento en una cuartilla de papel, como si fuera el parte de una batalla. Le habían regalado el estandarte que el conquistador Pizarro trajo hace cuatro siglos, y él le regaló el estandarte en el testamento al Perú. Un escultor es admirable, porque saca una figura de la piedra bruta: pero esos hombres que hacen pueblos son como más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no debían querer; pero ¿qué no le perdonará un hijo a su padre? El corazón se llena de ternura al pensar en esos gigantescos fundadores. Esos son héroes; los que pelean para hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad. Los que pelean por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales.

[“Tres Héroes”. *La Edad de Oro*, no. 1, Nueva York, julio, 1889, en *OC*, t. 18, pp. 304-308. Ver edición facsimilar.]

[Bolívar]

[*Bolívar: América*]

La América, al estremecerse al principio de siglo desde las entrañas hasta las cumbres, se hizo hombre, y fue Bolívar. No es que los hombres hacen los pueblos, sino que los pueblos, con su hora de génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre. A veces está el hombre listo y no lo está su pueblo. A veces está listo el pueblo y no aparece el hombre. La América toda hervía: venía hirviendo de siglos: chorreaba sangre de todas las grietas, como un enorme caldo, hasta que de pronto, como si de debajo de la tierra los muertos se sacudieran el peso odioso, comenzaron a bambolear las montañas, a asomarse los ejércitos por las cuchillas, a coronarse los volcanes de banderas. De entre las sierras sale un monte por sobre los demás, que brilla eterno: por entre todos los capitanes americanos, resplandece Bolívar. Nadie lo ve quieto, ni él lo estuvo jamás. A los diecisiete

años ya escribe, pidiendo a su novia, como un senador, y de la primera frase astuta descabeza la objeción que le pudiera hacer el suegro prócer; poco antes de caer de su fogosa monocracia al triste tamarindo de San Pedro, de la lava del poder al delirio de la muerte, escribía a menudo a un general para que herrase los caballos de este modo o de aquel y les bañara los cascos con coeuzia, y a otro le dice, en carta larga y sutil, que aproveche para su objeto, para hacer una república del Alto Perú, todos los recursos y todas las pasiones: con Olmedo se cartea muy por lo fino, quitándole o poniéndole al canto de Junín, como pudiera el más gallardo crítico: y de nervudo análisis, escueto y audaz, hay pocas muestras como su memoria, un tanto malhumorada, de las causas por que cayó la primera república de Venezuela. Pero la naturaleza del hombre, como la de América en su tiempo, era el centelleo y el combate: andar, hasta vencer: el que anda, vence. Su gloria, más que en ganar las batallas de la América, estuvo en componer para ellas sus elementos desemejantes u hostiles, y en fundirlos a tal calor de gloria, que la unión cimentada en él ha podido más, al fin, que sus elementos de desigualdad y discordia: su error estuvo, acaso, en contar más para la seguridad de los pueblos con el ejército ambicioso y los letrados comadreros que con la moderación y defensa de la masa agradecida y natural: mas para ver estas cosas hay que ir a lo hondo, y obligar a la gente a pensar, que es trabajo que suele agradar menos a los petimetres literarios y políticos que el de ponerle colorines y floripondios a la fachada de la historia. Por sus hazañas vistosas y pasmosas es más conocido Bolívar. Del historiador Gervinus al *cholo* del Perú, todos le ven desensillando el caballo en la agonía de San Mateo, pasando los torrentes y el páramo para ir a redimir a Nueva Granada, envolviendo con las llamas de sus ojos y con sus escuadrones a los realistas de Carabobo, hablando con la inmortalidad en el ápice del Chimborazo, abrazándose en Guayaquil con San Martín entristecido, presidiendo en Junín, desde las sombras de la noche, la última batalla al arma blanca, entrando de lujo al

Potosí, a la cabeza de su ejército conquistador, mientras los pueblos y montes le saludan, y en la cumbre del cerro de Plata ondean las banderas nuevas de sus cinco repúblicas. Otros lo ven muerto, casi sin ropa que ponerse, en el espanto de la caída, al borde de la mar: ¡los cubanos lo veremos siempre arreglando con Suere la expedición, que no llegó jamás, para libertar a Cuba!

[“La fiesta de Bolívar en la Sociedad Literaria Hispanoamericana” (fragmento). *Patria*, Nueva York, 31 de octubre de 1893, en *OC*, t. 8, pp. 251-252.]

[Bolívar tiene que hacer en América todavía]

[...] Dícese Bolívar, y ya se ve delante el monte a que, más que la nieve, sirve el encapotado jinete de corona, ya el pantano en que se revuelven, con tres repúblicas en el morral, los libertadores que van a rematar la redención de un mundo. ¡Oh, no! En calma no se puede hablar de aquel que no vivió jamás en ella: ¡de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño, y la tiranía descabezada a los pies...! Ni a la justa admiración ha de tenerse miedo, porque esté de moda continua en cierta especie de hombres el desamor de lo extraordinario; ni el deseo bajo del aplauso ha de ahogar con la palabra hinchada los decretos del juicio, ni hay palabra que diga el misterio y fulgor de aquella frente cuando en el desastre de Casacoima, en la fiebre de su cuerpo y la soledad de sus ejércitos huidos, vio claros, allá en la cresta de los Andes, los caminos por donde derramaría la libertad sobre las cuencas del Perú y Bolivia. Pero cuanto dijéramos, y aun lo excesivo, estaría bien en nuestros labios esta noche, porque cuantos nos reunimos hoy aquí, somos los hijos de su espada.

[...]

[...] Y muere él en Santa Marta del trastorno y horror de ver hecho pedazos aquel astro suyo que creyó inmortal, en su error de confundir la gloria de ser útil, que sin cesar le crece, y es divina de veras, y corona que nadie arranca de las sienas,

con el mero accidente del poder humano, merced y encargo casi siempre impuro de los que sin mérito u osadía lo anhelan para sí, o estéril triunfo de un bando sobre otro, o fiel inseguro de los intereses y pasiones, que sólo recae en el genio o la virtud en los instantes de suma angustia o pasajero pudor en que los pueblos, enternecidos por el peligro, aclaman la idea o desinterés por donde vislumbran su rescate. ¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!

[...]

...Y luego, poco tiempo después, desencajado, el pelo hundido por las sienas enjutas, la mano seca como echando atrás el mundo, el héroe dice en su cama de morir: "¡José! ¡José! vámonos, que de aquí nos echan: ¿a dónde iremos?" Su gobierno nada más se había venido abajo, pero él acaso creyó que lo que se derrumbaba era la república; acaso, como que de él se dejaron domar, mientras duró el encanto de la independencia, los recelos y personas locales, paró en desconocer, o dar por nulas o menores, estas fuerzas de realidad que reaparecían después del triunfo: acaso, temeroso de que las aspiraciones rivales le decorasen los pueblos recién nacidos, buscó en la sujeción, odiosa al hombre, el equilibrio político, sólo constante cuando se fía a la expansión, infalible en un régimen de justicia, y más firme cuanto más desatada. Acaso, en su sueño de gloria, para la América y para sí, no vio que la unidad de espíritu, indispensable a la salvación y dicha de nuestros pueblos americanos, padecía, más que se ayudaba, con su unión en formas teóricas y artificiales que no se acomodaban sobre el seguro de la realidad: acaso el genio previsor que proclamó que la salvación de nuestra América está en la acción una y compacta de sus repúblicas, en cuanto a sus relaciones con el mundo y al sentido y conjunto de su porvenir, no pudo, por no tenerla en el redañó, ni venirle del hábito ni de la casta, conocer la fuerza moderadora del alma popular,

de la pelea de todos en abierta lid, que salva, sin más ley que la libertad verdadera, a las repúblicas: erró acaso el padre angustiado en el instante supremo de los creadores políticos, cuando un deber les aconseja ceder a nuevo mando su creación, porque el título de usurpador no la desluzca o ponga en riesgo, y otro deber, tal vez en el misterio de su idea creadora superior, les mueve a arrostrar por ella hasta la deshonra de ser tenidos por usurpadores.

¡Y eran las hijas de su corazón, aquellas que sin él se desangraban en lucha infausta y lenta, aquellas que por su magnanimidad y tesón vinieron a la vida, las que le tomaban de las manos, como que de ellas era la sangre y el porvenir, el poder de regirse conforme a sus pueblos y necesidades! ¡Y desaparecía la conjunción, más larga que la de los astros del cielo, de América y Bolívar para la obra de la independencia, y se revelaba el desacuerdo patente entre Bolívar, empeñado en unir bajo un gobierno central y distante los países de la revolución, y la revolución americana, nacida, con múltiples cabezas, del ansia del gobierno local y con la gente de la casa propia! “¡José! ¡José! vámonos, que de aquí nos echan: ¿adónde iremos?”...

¿Adónde irá Bolívar? ¡Al respeto del mundo y a la ternura de los americanos! ¡A esta casa amorosa, donde cada hombre le debe el goce ardiente de sentirse como en brazos de los suyos en los de todo hijo de América, y cada mujer recuerda enamorada a aquel que se apeó siempre del caballo de la gloria para agradecer una corona o una flor a la hermosura! ¡A la justicia de los pueblos, que por el error posible de las formas, impacientes, o personales, sabrán ver el empuje que con ellas mismas, como de mano potente en lava blanda, dio Bolívar a las ideas madres de América! ¿Adónde irá Bolívar? ¡Al brazo de los hombres para que defiendan de la nueva codicia, y del terco espíritu viejo, la tierra donde será más dichosa y bella la humanidad! ¡A los pueblos callados, como un beso de padre! ¡A los hombres del rincón y de lo transitorio, a las panzas aldeanas y los cómodos harpagones, para que, a la hoguera que fue aquella existencia, vean la hermandad indispensable

al continente y los peligros y la grandeza del porvenir americano! ¿Adónde irá Bolívar?... Ya el último virrey de España yacía con cinco heridas, iban los tres siglos atados a la cola del caballo llanero, y con la casaca de la victoria y el elástico de lujo venía al paso el Libertador, entre el ejército, como de baile, y al balcón de los cerros asomado el gentío, y como flores en jarrón, saliéndose por las cuchillas de las lomas, los mazos de banderas. El Potosí aparece al fin, roído y ensangrentado: los cinco pabellones de los pueblos nuevos, con verdaderas llamas, flameaban en la cúspide de la América resucitada: estallan los morteros a anunciar al héroe,—y sobre las cabezas, descubiertas de respeto y espanto, rodó por largo tiempo el estampido con que de cumbre en cumbre respondían, saludándolo, los montes. ¡Así, de hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas!

[“Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Simón Bolívar el 28 de octubre de 1893” (fragmentos), *Patria*, Nueva York, 4 de noviembre de 1893, en *OC*, t. 8, pp. 241-243, 246-248.]

[Juárez]

[*Guardián de América*]

Ese nombre resplandece, como si fuera de acero bruñido; y así fue en verdad, porque el gran indio que lo llevó era de acero, y el tiempo se lo bruñe. Las grandes personalidades, luego que desaparecen de la vida, se van acentuando y condensando; y cuando se convoca a los escultores para alzarles estatua, se ve que no es ya esto tan preciso, porque como que se han petrificado en el aire por la virtud de su mérito, las ve todo el mundo. A Juárez, a quien odiaron tanto en vida, apenas habría ahora, si volviese a vivir, quien no le besase la mano agradecido. Otros hombres famosos, todos palabra y hoja, se evaporan. Quedan los hombres de acto; y sobre todo los de acto de amor. El acto es la dignidad de la grandeza. Juárez rompió con el pecho las olas pujantes que echaba encima de la América todo un continente; y se rompieron las olas, y no

se movió Juárez. Dos hábiles escultores mexicanos lo han representado tendido sobre un túmulo, envuelto en un lienzo simple, y junto a sus pies desnudos, agobiada con todo el arreo de los dolores, la Patria que lo llora. Pero él no está bien así; sino en estatua de color de roca, y como roca sentada, con la mirada impávida en la mar terrible, con la cabeza fuerte bien encajada entre los hombros; y con las dos palmas apretadas sobre las rodillas, como quien resiste y está allí de guardián impenetrable de la América.

[“Juárez” (fragmento), *La América*, Nueva York, mayo de 1884, en *OC*, t. 7, p. 327.]

[*El indio vencedor*]

[...] Juárez, el indio descalzo que aprendió latín de un compasivo cura, echó el cadáver de Maximiliano sobre la última conspiración clerical contra la libertad en el nuevo continente. Él, el tabaquero de New Orleans, el amigo pobre del fiel cubano Santacilia, el padre desvalido de la familia que atendía en Oaxaca la pobre tendera, él, con los treinta inmaculados, sin más que comer maíz durante tres años por los ranchos del Norte, venció, en la hora inevitable del descrédito, al imperio que le trajeron los nobles del país.

[...]

Y ésa es, en verdad, el alma de México, que hace bien en deshelar, como deshiela ahora, la raza india, donde residen su libertad y su fuerza; ésa es la luz que se ve brillar en los rostros, de blancos y de mestizos y de indígenas; ésa la que brilla sobre los pabellones que cuelgan del balcón, y sobre el traje de cuero de los rurales invencibles, y sobre la insignia que las mujeres ostentan al pecho, el día en que, juntos los hijos de los marqueses y los léperos, van los mexicanos a cubrir de flores, y a honrar virilmente con la pasión indómita de su independencia, el monumento, hecho de manos mexicanas, donde la patria llora abrazada a los pies del cadáver del indio Juárez. ¡Hasta ahora no había América—hasta que los marqueses lloran por el indio! ¿Qué hablan los ignorantes de los pueblos de nuestra América? Estudien y respeten.—Cada año

es más entusiasta en México el día 18 de Julio.—Y es que la tierra mestiza anuncia al mundo codicioso que ya es nación el indio solo de los treinta fieles, que, con meterse por el monte a tiempo, salvó la libertad, y la América acaso; porque un principio justo, desde el fondo de una cueva, puede más que un ejército. Es que México ratifica cada año ante el mundo—con su derecho creciente de república trabajadora y natural—su determinación de ser libre. Y lo será, porque domó a los soberbios. Los domó Juárez, sin ira.

[“El día de Juárez” (fragmento), *Patria*, Nueva York, 14 de julio de 1894, en *OC*, t. 8, pp. 255-256.]

[Martí]

[“*El alma de Bolívar nos alienta*”]

[...] Volví los ojos hacia los pobres indios, tan aptos para todo y tan destituidos de todo, herederos de artistas y maestros, de los trabajadores de estatuas, de los creadores de tablas astronómicas, de la gran Xelajú, de la valerosa Uatlán. La manera de celebrar la independencia no es, a mi juicio, engañarse sobre su significación, sino completarla. Enumeré las fuerzas de Guatemala, y las excité al movimiento y al trabajo.—Creo que me enojé un poco con las perezas del Ser Supremo, vuelto de espaldas tantos siglos a la América.—He ahí mi oscura campaña. Amar a un pueblo americano, y, por tanto, mío, tan mío como aquel que el Cauto riega; celebrar una nueva época, censurar aquella en que un Ministro reñía ásperamente a un maestro, porque enseñaba francés a sus discípulos,—he ahí las *circunstancias* que he atacado; he ahí la *inoportunidad* que he cometido. La verdad es que sólo aquel Ministro, y los suyos, tenían derecho a quejarse.—Cierto que para ellos fui yo inoportuno.

Pero para otros, no: para ancianos respetables, que me estiman; para el afectuoso—e impagable—círculo de jóvenes que me alienta; para los maestros entusiastas, de mirada grave y ciencia sólida, que acaban de salir de la Escuela en que—yo también—enseño; para el mundo nuevo, las circunstancias no están heridas, ni la oportunidad lastimada.—Cuando una

sociedad vive entre dos extremos, el uno audaz—que adelanta, y el otro tenaz—que no camina, no se puede ser oportuno para todos. El que alienta a aquéllos, lastima a éstos. Aquéllos no se me quejan, amigo mío. Aquí, en mi oscuridad, aquéllos me aman. Me vienen a ver, hablan conmigo largamente.—Yo, tranquilo con mis actos, a éstos dejo mi justificación. Estos amigos míos son: estudiantes desconocidos, adolescentes empeñosos, personalidades sencillas, pero enérgicas.—Y otras gentes, que me enaltecen ante mí mismo con quererme.

Les hablo de lo que hablo siempre: de este gigante desconocido, de estas tierras que balbucean, de nuestra América fabulosa. Yo naí en Cuba, y estaré en tierra de Cuba aun cuando pise los no domados llanos del Arauco. El alma de Bolívar nos alienta; el pensamiento americano me transporta. Me irrita que no se ande pronto. Temo que no se quiera llegar. Rencillas personales, fronteras imposibles, mezquinas divisiones ¿cómo han de resistir, cuando esté bien compacto y enérgico, a un concierto de voces amorosas que proclamen la unidad americana?—Ensalzando a la trabajadora Guatemala, y excitándola a su auge y poderío,—¿habré obrado contra ella?—Rogando a una hermana que sea próspera ¿habré obrado en mal de la familia?—Impacientándome porque no se consigue pronto este fin gloriosísimo,—con moderada impaciencia ¿qué falta podrá echarme en cara mi gran madre América? ¡Para ella trabajo!—De ella espero mi aplauso o mi censura.

Suyos, suyos son estos esfuerzos y dolores; a ella envío las rosas del camino; por ella no me duelen las zarzas venenosas.

Obro bien, y estoy contento:—¿Que no halago las *circunstancias*? Un hombre nace para vencer, no para halagar.—¡Ah, inoportuno! Si *circunstancia* es repulsión a toda mejora, ira contra toda útil tentativa, odio contra toda energía, no, no la halago.—Ni V. ni yo la halagamos.

¿Que soy vehemente en decir todo esto? ¿Culpa es mía sólo que sea América tierra de pasión?

Por ahí me han mordido unas eulebras. Hasta mi talón quiero yo conservar noble. ¡Ofrenda a la gran madre!

Amo a Guatemala. Probárselo será mejor que decírselo. Nada intento enseñar, yo que he tenido que admirar la elocuencia de un negro de África, y la penetración de un ladino de Gualán. Los que me pinten soberbio, se equivocan. La inteligencia, dado que se la tenga, es un don ajeno, y a mis ojos, mucho menos valioso que la dignidad del carácter y la hidalguía del corazón. Estoy orgulloso, ciertamente, de mi amor a los hombres, de mi apasionado afecto a todas estas tierras, preparadas a común destino por iguales y cruentos dolores. Para ellas trabajo, y les hablaré siempre con el entusiasmo y la rudeza—no de un Mentor ridículo, que Mecenas y Mentor tuvieron canas,—ni de un Redentor cómico, que si amor me sobra, fuerzas me faltan; de un hijo amantísimo, que no quiere que sus amigos llamen a la energía necesaria, inoportunidad; a las resistencias sordas, circunstancias.

Vivir humilde, trabajar mucho, engrandecer a América, estudiar sus fuerzas y revelárselas, pagar a los pueblos el bien que me hacen: éste es mi oficio. Nada me abatirá; nadie me lo impedirá.

[“Carta a Valero Pujol, director de *El Progreso*” (fragmento), 27 de noviembre de [1877], en *OC*, t. 7, pp. 110-112.]

[“De América soy hijo”]

[...] Muy hidalgos corazones he sentido latir en esta tierra; vehementemente pago sus cariños; sus goces, me serán recreo; sus esperanzas, plácemes; sus penas, angustia; cuando se tienen los ojos fijos en lo alto, ni zarzas ni guijarros distraen al viajador en su camino: los ideales enérgicos y las consagraciones fervientes no se merman en un ánimo sincero por las contrariedades de la vida. De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta es la cuna; ni hay para labios dulces, copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Deme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo.

[“Carta a Fausto Teodoro de Aldrey” (fragmento), Caracas. 27 de julio de 1881, en *OC*, t. 7, p. 267.]

[Hijo de América]

Sombras que pueblan los Andes
Americanos!—vencidos
De cuyo espíritu férvido
Me siento hijo!

[“El pecho lleno de lágrimas” (fragmento), en *PCEC*, t. II, p. 136.]

[Un hombre de Nuestra América]

Ya está hueca, y sin lumbre, aquella cabeza altiva, que fue cuna de tanta idea grandiosa; y mudos aquellos labios que hablaron lengua tan varonil y tan gallarda; y yerta, junto a la pared del ataúd, aquella mano que fue siempre sostén de pluma honrada, sierva de amor y al mal rebelde. Ha muerto un justo: Cecilio Acosta ha muerto. Llorarlo fuera poco. Estudiar sus virtudes e imitarlas es el único homenaje grato a las grandes naturalezas y digno de ellas. Trabajó en hacer hombres; se le dará gozo con serlo. ¡Qué desconsuelo ver morir, en lo más recio de la faena, a tan gran trabajador!

[...]

[...] Negó muchas veces su defensa a los poderosos; no a los tristes. A sus ojos, el más débil era el más amable. Y el necesitado, era su dueño. Cuando tenía que dar, lo daba todo; y cuando nada ya tenía, daba amor y libros.

[...]

Lo que supo, pasma. Quería hacer la América próspera y no enteca; dueña de sus destinos, y no atada, como reo antiguo, a la cola de los caballos europeos. Quería descuajar las universidades, y deshelar la ciencia, y hacer entrar en ella savia nueva: en Aristóteles, Huxley; en Ulpiano, Horace Greeley y Amasa Walker; del derecho, “lo práctico y tangible”: las reglas internacionales, que son la paz, “la paz, única condición y único camino para el adelanto de los pueblos”; la Economía Política, que tiende a abaratar frutos de afuera y a enviar afuera, en buenas condiciones, los de adentro. Anhelaba que cada uno fuese autor de sí, no hormiga de oficina, ni momia de biblioteca, ni máquina de interés ajeno;

“el progreso es una ley individual, no ley de los gobiernos”; “la vida es obra”. Cerrarse a la ola nueva por espíritu de raza, o soberbia de tradición, o hábitos de casta, le parecía crimen público.

[...]

Otros van por la vida a caballo, entrando por el estribo de plata la fuerte bota, cargada de ancha espuela; y él iba a pie, como llevado de alas, defendiendo a indígenas, amparando a pobres, arropado en su virtud más que en sus escasas ropas, puro como un copo de nieve, inmaculado como vellón de cabritillo no nacido. Unos van enseñándose, para que sepan de ellos; y él escondiéndose, para que no le vean. Su modestia no es hipócrita, sino pudorosa; no es mucho decir que fue de virgen su decoro y se erguía, cuando lo creía en riesgo, cual virgen ofendida: “Lo que yo digo, perdura.” “Respétese mi juicio, porque es el que tengo de buena fe.”

[...]

Este fue el hombre, en junto. Postvió y previó. Amó, supo y creó. Limpió de obstáculos la vía. Puso luces. Vio por sí mismo. Señaló nuevos rumbos. Le sedujo lo bello; le enamoró lo perfecto; se consagró a lo útil. Habló con singular maestría, gracia y decoro; pensó con singular viveza, fuerza y justicia. Sirvió a la Tierra y amó al Cielo. Quiso a los hombres, y a su honra. Se hermanó con los pueblos y se hizo amar de ellos. Supo ciencias y letras, gracias y artes. Pudo ser Ministro de Hacienda y sacerdote, académico y revolucionario, juez de noche y soldado de día, establecedor de una verdad y de un banco de crédito. Tuvo durante su vida a su servicio una gran fuerza, que es la de los niños: su candor supremo; y la indignación, otra gran fuerza. En suma: de pie en su época, vivió en ella, en las que le antecedieron, y en las que han de sucederle. Abrió vías, que habrán de seguirse; profeta nuevo, anunció la fuerza por la virtud y la redención por el trabajo. Su pluma siempre verde, como la de un ave del Paraíso, tenía reflejos de cielo y punta blanda. Si hubiera vestido manto romano, no se hubiese extrañado. Pudo pasearse, como quien pasea con lo propio, con túnica de apóstol.

Los que le vieron en vida, le veneran; los que asistieron a su muerte, se estremecen. Su patria, como su hija, debe estar sin consuelo; grande ha sido la amargura de los extraños; grande ha de ser la suya. ¡Y cuando él alzó el vuelo, tenía limpias las alas!

[“Cecilio Acosta” (fragmentos), *Revista Venezolana*, Caracas, 15 de julio de 1881, en *OC*, t. 8, pp. 153, 158, 161 y 164.]

[Patriotas y serviles]

De un lado se están poniendo en América los que, sin fuerzas para cumplir con los deberes que les imponen, prefieren renegar de las glorias americanas, como si con esto se librasen del mote de menguados y egoístas; y de otro lado, los que, sin rencillas imbéciles por una parte, pero sin excesos lamentables de lo que demanda el espíritu de raza por la otra, se estrechan, ponen en alto la bandera nueva y van rehaciendo la cuja en que se yerguen, que aquellos otros muerden a escondidas, gateando al favor de su sombra. De un lado los que cantan la forma de nuestras glorias, pero abjurán y maldicen de su esencia, y de otro los que tienen tamaño de fundadores de pueblos, y, por sobre el miedo de los timoratos y las preocupaciones de la gente vana, no quieren hacer de la América alfombra para naciones que les son inferiores en grandeza y espíritu, sino el pueblo original y victorioso anticipado por sus héroes, impuesto por su naturaleza y hoy sobradamente mantenido en estima por sus hijos; no por los que con el mismo plectro—porque esos usan plectro—endiosan a Bolívar y a sus tenientes, y al espíritu ioh vergüenza! contra el que aquellos hombres magnánimos combatieron; sino por aquellos otros americanos que cuidan más de cumplir dolorosamente su deber de hijos de América en tiempos difíciles, que de pavonear serventesios y liras humildes, en cambio de interesados aplausos, a los ojos de regocijadas tierras extranjeras. Los conocemos, los conocemos. Y los más sinceros son en política como esos raquíteos naturalistas de ojos cortos, que de puro mirar a

los detalles pierden la capacidad de entender, a pesar de sus grietas y de sus cataclismos, la armonía de la Naturaleza; son siervos naturales, que no pueden levantar la frente de la tierra; son como flacas hembras que no saben resistir una caricia. Un título los compra. Con lisonjas y celebracioneillas se les tiene. Decimos que los conocemos.

Se nos han ido esas líneas de la mano, como vanguardia de mayor ejército que no quisiera verse obligado a librar batalla al leer en cartas privadas noticia de la entusiasta fiesta con que los hispano-americanos de París, en que los de la vieja Colombia están en mayor parte, celebraron, en prosa y verso el 25 de febrero, el aniversario de San Martín virtuoso. De ese espíritu necesitamos en América, y no de otro; del que apriete, como quien aprieta espigas de un mismo haz, todos los pueblos de América, desde el que levanta en bronce al cura Hidalgo, que a Washington se parecía en la serenidad y terco empuje, con cierto mayor entusiasmo, hasta el que a Belgrano y a Rivadavia reverencia. Y del lado del Pacífico, ¡benditos sean los que emplean sus manos en vaciar bálsamo sobre aquellas heridas!

[“Buenos y malos americanos” (fragmentos). *La América*, Nueva York, abril de 1884, en *OC*, t. 7, pp. 252-253.]

[“Levántate y anda”]

Mientras haya en América esclavos

Levántate y anda

Mientras haya una injusticia

Levántate y anda

Mientras haya un enfermo social

Levántate y anda.

[“Yo conozeo el terrible sentido” (fragmento), en *PCEC*, t. II, p. 302.]

LAS ENTRAÑAS IMPERIALES

Los Estados Unidos, república imperial

La verdad sobre los Estados Unidos

Es preciso que se sepa en nuestra América la verdad de los Estados Unidos. Ni se debe exagerar sus faltas de propósito, por el prurito de negarles toda virtud, ni se ha de esconder sus faltas, o pregonarlas como virtudes. No hay razas: no hay más que modificaciones diversas del hombre, en los detalles de hábito y forma que no les cambian lo idéntico y esencial, según las condiciones de clima e historia en que viva. Es de hombres de prólogo y superficie,—que no hayan hundido los brazos en las entrañas humanas, que no vean desde la altura imparcial hervir en igual horno las naciones, que en el huevo y tejido de todas ellas no hallen el mismo permanente duelo del desinterés constructor y el odio inicuo,—el entretenimiento de hallar variedad sustancial entre el egoísta sajón y el egoísta latino, el sajón generoso o el latino generoso, el latino burómano o el burómano sajón: de virtudes y defectos son capaces por igual latinos y sajones. Lo que varía es la consecuencia peculiar de la distinta agrupación histórica: en un pueblo de ingleses, y holandeses y alemanes afines, cualesquiera que sean los disturbios, mortales tal vez, que le acarree el divorcio original del señorío, y la llaneza que a un tiempo lo fundaron, y la hostilidad inevitable, y en la especie humana indígena, de la codicia y vanidad que crean las aristocracias contra el derecho, y la abnegación que se les revelan, no puede producirse la confusión de

hábitos políticos, y la revuelta hornalla, de los pueblos en que la necesidad del conquistador dejó viva la población natural, espantada y diversa, a que aún cierra el paso con parricida ceguedad la casta privilegiada que engendró en ella el europeo. Una nación de mocetones del Norte, hechos de siglos atrás al mar y a la nieve, y a la hombría favorecida por la perenne defensa de las libertades locales, no puede ser como una isla del trópico, fácil y sonriente, donde trabajan por su ajuste, bajo un gobierno que es como piratería política, la exerecencia famélica de un pueblo europeo, soldadesco y retrasado, los descendientes de esta tribu áspera e ineulta, divididos por el odio de la docilidad acomodaticia a la virtud rebelde, y los africanos pujantes y sencillos, o envilecidos y rencorosos, que de una espantable esclavitud y una sublime guerra han entrado a la conciudadanía con los que los compraron y los vendieron, y gracias a los muertos de la guerra sublime, saludan hoy como a igual al que hacían ayer bailar a latigazos. En lo que se ha de ver si sajones y latinos son distintos, y en lo que únicamente se les puede comparar, es en aquello en que se les hayan rodeado condiciones comunes: y es un hecho que en los Estados del Sur de la Unión Americana, donde hubo esclavos negros, el carácter dominante es tan soberbio, tan perezoso, tan inelemente, tan desvalido, como pudiera ser, en consecuencia de la esclavitud, el de los hijos de Cuba. Es de supina ignorancia, y de ligereza infantil y punible, hablar de los Estados Unidos, y de las conquistas reales o aparentes de una comarca suya o grupo de ellas, como de una nación total e igual, de libertad unánime y de conquistas definitivas: semejantes Estados Unidos son una ilusión, o una superchería. De las covachas de Dakota, y la nación que por allá va alzándose, bárbara y viril, hay todo un mundo a las ciudades del Este, arrellanadas, privilegiadas, encastadas, sensuales, injustas. Hay un mundo, con sus casas de cantería y libertad señorial, del Norte de Schenectady a la estación zancuda y lúgubre del Sur de Petersburg,—del pueblo limpio e interesado del Norte, a la tienda de holgazanes, sentados en el coro de barriles, de los pueblos coléricos, paupérrimos, descascarados, ágrios, grises, del Sur. Lo que ha de observar

el hombre honrado es, precisamente, que no sólo no han podido fundirse, en tres siglos de vida común, o uno de ocupación política, los elementos de origen y tendencia diversos con que se crearon los Estados Unidos, sino que la comunidad forzosa exacerba y acentúa sus diferencias primarias, y convierte la federación innatural en un estado, áspero, de violenta conquista. Es de gente menor, y de la envidia incapaz y roedora, el picar puntos a la grandeza patente, y negarla en redondo, por uno u otro lunar, o empinársele de agorero, como quien quita una mota al sol. Pero no augura, sino certifica, el que observa cómo en los Estados Unidos, en vez de apretarse las causas de unión, se aflojan; en vez de resolverse los problemas de la humanidad, se reproducen; en vez de amalgamarse en la política nacional las localidades, la dividen y la eneonan; en vez de robustecerse la democracia, y salvarse del odio y miseria de las monarquías, se corrompe y aminora la democracia, y renacen, amenazantes, el odio y la miseria. Y no cumple con su deber quien lo calla, sino quien lo dice. Ni con el deber de hombre cumple, de conocer la verdad y esparcirla; ni con el deber de buen americano, que sólo ve seguras la gloria y la paz del continente en el desarrollo franco y libre de sus distintas entidades naturales; ni con su deber de hijo de nuestra América, para que por ignorancia, o deslumbramiento, o impaciencia, no caigan los pueblos de casta española, al consejo de la toga remilgada y el interés asustadizo, en la servidumbre inmoral y enervante de una civilización dañada y ajena. Es preciso que se sepa en nuestra América la verdad de los Estados Unidos.

Lo malo se ha de aborrecer, aunque sea nuestro;—y aun cuando no lo sea. Lo bueno no se ha de desamar, sólo porque no sea nuestro. Pero es aspiración irracional y nula, cobarde aspiración de gente segundona e ineficaz, la de llegar a la firmeza de un pueblo extraño por vías distintas de las que llevaron a la seguridad y al orden al pueblo envidiado:—por el esfuerzo propio, y por la adaptación de la libertad humana a las formas requeridas por la constitución peculiar del país. En unos es el excesivo amor al Norte la expresión, explicable e imprudente, de un deseo de progreso tan vivaz y fogoso que no ve que las

ideas, como los árboles, han de venir de larga raíz, y ser de suelo afín, para que prendan y prosperen, y que al recién nacido no se le da la razón de la madurez porque se le cuelguen al rostro blando los bigotes y patillas de la edad mayor: monstruos se crean así, y no pueblos: hay que vivir de sí, y sudar la calentura. En otros, la yanquimanía es inocente fruto de uno u otro saltito de placer, como quien juzga de las entrañas de una casa, y de las almas que en ella rugen o fallecen, por la sonrisa y lujo del salón de recibir, o por la champaña y el clavel de la mesa del convite:—padézcase; carézcase; trabájese; ámese, y, en vano; estúdiense, con el valor y libertad de sí; vélese, con los pobres; llórese, con los miserables; ódiense, la brutalidad de la riqueza; vívase, en el palacio y en la ciudadela, en el salón de la escuela y en los zaguanes, en el palco del teatro, de jaspes y oro, y en los bastidores, fríos y desnudos: y así se podrá opinar, con asomos de razón, sobre la república autoritaria y codiciosa, y la sensualidad creciente, de los Estados Unidos. En otros, póstumos enlencques del dandismo literario del Segundo Imperio, o escépticos postizos bajo cuya máscara de indiferencia suele latir un corazón de oro, la moda es el desdén,—y más, de lo nativo; y no les parece que haya elegancia mayor que la de beberle al extranjero los pantalones y las ideas, e ir por el mundo erguidos, como en el faldero acariciado el pompón de la cola. En otros es como sutil aristocracia, con la que, amando en público lo rubio como propio y natural, intentan encubrir el origen que tienen por mestizo y humilde, sin ver que fue siempre entre hombres señal de bastardía el andar tildando de ella a los demás, y no hay denuncia más segura del pecado de una mujer que el alardear de desprecio a las pecadoras. Sea la causa cualquiera,—impaciencia de la libertad o miedo de ella, pereza moral o aristocracia risible, idealismo político o ingenuidad recién llegada,—es cierto que conviene, y aun urge, poner delante de nuestra América la verdad toda americana, de lo sajón como de lo latino, a fin de que la fe excesiva de la virtud ajena no nos debilite, en nuestra época de fundación, con la desconfianza inmotivada y funesta de lo propio. En una sola guerra, en la de Secesión, que fue más

para disputarse entre Norte y Sur el predominio en la república que para abolir la esclavitud, perdieron los Estados Unidos, hijos de la práctica republicana de tres siglos en un país de elementos menos hostiles que otro alguno, más hombres que los que en tiempo igual, y con igual número de habitantes, han perdido juntas todas las repúblicas españolas de América, en la obra naturalmente lenta, y de México a Chile vencedora, de poner a flor del mundo nuevo, sin más empuje que el apostolado retórico de una gloriosa minoría y el instinto popular, los pueblos remotos, de núcleos distantes y de razas adversas, donde dejó el mando de España toda la rabia e hipocresía de la teocracia, y la desidia y el recelo de una prolongada servidumbre. Y es de justicia, y de legítima ciencia social, reconocer que, en relación con las facilidades del uno y los obstáculos del otro, el carácter norteamericano ha descendido desde la independencia, y es hoy menos humano y viril, mientras que el hispanoamericano, a todas luces, es superior hoy, a pesar de sus confusiones y fatigas, a lo que era cuando empezó a surgir de la masa revuelta de clérigos logreros, imperitos ideólogos, e igno- rantes o silvestres indios.—Y para ayudar al conocimiento de la realidad política de América, y acompañar o corregir, con la fuerza serena del hecho, el encomio inconsulto,—y, en lo excesivo, pernicioso—de la vida política y el carácter norteamericanos, *Patria* inaugura, en el número de hoy, una sección permanente de “Apuntes sobre los Estados Unidos”, donde, estrictamente traducidos de los primeros diarios del país, y sin comentario ni mudanza de la redacción, se publiquen aquellos sucesos por donde se revelen, no el crimen o la falta accidental—y en todos los pueblos posibles—en que sólo el espíritu mezquino halla cebo y contento, sino aquellas calidades de constitución que, por su constancia y autoridad, demuestran las dos verdades útiles a nuestra América:—el carácter crudo, desigual y decadente de los Estados Unidos—y la existencia, en ellos continua, de todas las violencias, discordias, inmoralidades y desórdenes de que se culpa a los pueblos hispanoamericanos.

[“La verdad sobre los Estados Unidos”, *Patria*, 23 de marzo de 1894, en *OC*, t. 28, pp. 290-294.]

[“Al buen Pedro”]

Dicen, buen Pedro, que de mí murmuras
Porque tras mis orejas el cabello
En crespas ondas su caudal levanta:
¡Diles, bribón, que mientras tú en festines
En rubios caldos y en fragantes pomas,
Entre mancebas del astuto Norte,
De tus esclavos el sudor sangriento
Torcido en oro bebes descuidado,—
Pensativo, febril, pálido, grave,
Mi pan rebano en solitaria mesa
Pidiendo ¡oh triste! al aire sordo modo
De libertar de su infortunio al siervo
Y de tu infamia a ti!—

Y en estos lances,
Suéleme, Pedro, en la apretada bolsa
Faltar la monedilla que reclama
Con sus húmedas manos el barbero.

[“Al buen Pedro”, en *PCEC*, t. I, p. 66.]

[La politiquería yanqui]

Es recia, y nauseabunda, una campaña presidencial en los Estados Unidos. Desde Mayo, antes de que cada partido elija sus candidatos, la contienda empieza. Los políticos de oficio, puestos a echar los sucesos por donde más les aprovechen, no buscan para candidato a la Presidencia aquel hombre ilustre cuya virtud sea de premiar, o de cuyos talentos pueda haber bien el país, sino el que por su maña o fortuna o condiciones especiales pueda, aunque esté maculado, asegurar más votos al partido, y más influjo en la administración a los que contribuyen a nombrarlo y sacarle victorioso.

Una vez nombrados en las Convenciones los candidatos, el cieno sube hasta los arzones de las sillas. Las barbas blancas de los diarios olvidan el pudor de la vejez. Se vuelcan cubas de lodo sobre las cabezas. Se miente y exagera a sabiendas. Se dan tajos

en el vientre y por la espalda. Se creen legítimas todas las infamias. Todo golpe es bueno, con tal que aturda al enemigo. El que inventa una villanía eficaz, se pavonea orgulloso. Se juzgan dispensados, aun los hombres eminentes; de los deberes más triviales del honor. No concibe nuestra hidalguía latina tal desborde. Todavía asoman, detrás de cada frase, las culatas de aquellas pistolas con que años atrás, y aún hoy de vez en cuando, se argumentaba acá en los diarios en época de elecciones. Es un hábito brutal que curará el tiempo. En vano se leen con ansia en esos meses los periódicos de opiniones más opuestas. Un observador de buena fe no sabe cómo analizar una batalla en que todos creen lícito camppear de mala fe. De plano niega un diario lo que de plano afirma el otro. De propósito cercena cada uno cuanto honre al candidato adversario. Desconocen en esos días el placer de honrar.

Las elecciones llegan, y de ellas ve sólo el transeúnte las casillas en que se vota despaciosamente, las bebederías en que se gasta y huelga, las turbas que se echan por las calles a saber las nuevas que va dando el telégrafo a los boletines de periódicos. Se ve aturdir, escamotear, comprar, falsear el voto.

[“Cartas de Martí” (fragmentos), *La Nación*, Buenos Aires, 9 y 10 de mayo de 1885, en *OC*, t. 10, p. 185.]

[Politiqueros y capitalistas]

Las elecciones cuestan mucho. Los capitalistas y empresas ayudan en los gastos de ellas a los candidatos necesitados; y éstos, una vez vencedores, pagan con su voto servil el anticipo de los capitalistas.

[“Nueva York en junio” (fragmento), *La Nación*, Buenos Aires, 15 de agosto de 1886, en *OC*, t. 11, p. 16.]

[Sistema oligárquico]

Quien viera ahora de alto y con larga vista lo que sucede en esta nación, notaría cómo,—a pesar de los paseos de pascuas, que han sido animados con mucho sombrero de trenza de oro y vestidos de verde y terracota;—a pesar del éxito constante en los teatros de las piezas de Shakespeare;—a pesar de los banquetes, con la

vulgar novedad del regalo de una prenda de valor a cada asistente,—lo que se ve de veras es que los Estados Unidos han llegado a una hora de recuento,—que al flaquear la prosperidad que les vino de la guerra, examinan y condenan los vicios y falsos sistemas levantados a su sombra,—que la república, caída en manos de un partido conquistador, que ha parado en fundar una casta aristocrática, se decide a restablecer la base antigua de la igualdad y libre lucha que era en tiempos de menos lujo la garantía de la remuneración justa del trabajo del hombre, sacado hoy del combate, a no ser en clase de siervo, por las empresas privilegiadas, bien obren éstas por sí, bien se junten en ligas monstruosas.

El cura McGlynn, a quien echó a la política su indignación contra los abusos de la Iglesia Católica confabulada con el partido demócrata, riñe con Henry George, su ídolo de ayer, porque no creyendo éste bastante sano ni maduro el partido de los trabajadores, prefiere poner su atención principal en el problema de la reducción de la tarifa, donde está la raíz del malestar de los obreros como del de toda la nación, antes que ir de pueblo en pueblo perorando sin fe como candidato apasionado y ambicioso a la Presidencia, por uno de los grupos, y no el más respetado y eficaz, en que se divide el partido futuro de los trabajadores; Arthur, maquinista famoso por su cordura como cabeza del gremio de su oficio, con millares de adeptos y centenares de miles en sus áreas, se resiste a adoptar el lema de los Caballeros del Trabajo, que quieren lograr por la acción pacífica y unida de los trabajadores de todas las artes y empleos la reconstitución de la república sobre bases tales que no venga a ser, como con las de ahora va sucediendo, premio seguro del trabajo honrado la miseria:—la gran huelga del ferrocarril de Burlington, mantenida por Arthur, estuvo a punto de fracasar por la hostilidad meditada de Powderly, jefe de los Caballeros, no porque quisiera éste vengarse de la oposición, sino porque en la lucha vital que el trabajo va a empeñar por obtener consideración alta y definida en las costumbres y en las leyes, por dos caminos no se puede ir si se quiere triunfar, y era preciso, aun a costa de derrotado una vez, demostrar al representante del sistema de los gremios,

bueno sólo para contiendas locales, que cada hecho de que un trabajador sufre es consecuencia ordenada de un sistema que los maltrata por igual a todos y que es traición de una parte de ellos negarse a cooperar a la obra pujante e idéntica de todos: hay divisiones entre los obreros, y en cada gran ciudad un partido que quiere ser cabeza del de todo el país, y en cada partido hombres de intriga y ambición, que todo lo ven por lo que conviene a su provecho o adelanto, y van poco a poco con la mayor educación de la gente obrera, quedando fuera de las asambleas donde dominaban al principio.

Pero en la conservación y desarrollo de esas agrupaciones, a pesar de estas hostilidades y diferencias de procedimiento, en que se están revelando, graduados de la lezna y del delantal, verdaderos hombres de Estado; en la congregación cada día más descarada y alarmante de las grandes empresas e industrias en "Ligas" que aquí llaman *trusts*, para mantener altos los derechos sobre artículos de necesidad, y a su favor limitar la producción interior, alzar los precios, y repartirse a prorrata el provecho entre los coligados; —en la confesión expresa de este malestar y sus razones en el mensaje último de Cleveland, y la probabilidad de que apruebe el proyecto de reformas, compuesto en su virtud, el Congreso que meses antes había desechado un proyecto semejante; en los incidentes de la acusación establecida ante el gran jurado contra el millonario Jay Gould, culpable de malversación de fondos en el manejo de un ferrocarril; desacreditado, como casi todos los de los Estados Unidos, por la estafa que en todos ellos se hace a los accionistas, so capa de habilidad financiera, repartiendo entre los promotores y sus paniaguados, con fútiles pretextos, acciones cuyos dividendos ilegítimos disminuyen proporcionalmente, cuando no consumen totalmente por derecho de prioridad la renta de los que de buena fe invirtieron en la empresa estafadora sus caudales;—en esas huelgas, que son ya batallas campales de pensamientos, más que demandas de salarios; en esos ajustes de diferencias menores entre los caudillos de la masa obrera; en esas ligas agresivas de los industriales, privilegiados hasta ahora por la parcialidad de la ley; en esa prisa de los legisladores

por acudir al remedio con una reforma que arranque de la raíz, y quite a la contienda inevitable la cólera que impediría a las fuerzas contendientes llegar a un avenimiento; en todos esos hechos, únicos que hoy de veras ocupan la atención, se ve como todo un sistema está sentado en el banquillo, el sistema de los bolsistas que estafan, de los empresarios que compran la legislación que les conviene, de los representantes que se alquilan, de los capataces de electores, que sobornan a éstos, o los defienden contra la ley, o los engañan; el sistema en que la magistratura, la representación nacional, la Iglesia, la prensa misma, corrompidas por la codicia, habían llegado, en veinticinco años de consorcio, a crear en la democracia más libre del mundo la más injusta y desvergonzada de las oligarquías.

[“Cartas de Martí” (fragmentos), *La Nación*, Buenos Aires, 26 de mayo de 1888, en *OC*, t. 11, pp. 435-437.]

[Riquezas injustas]

Las riquezas injustas; las riquezas que se arman contra la libertad, y la corrompen; las riquezas que excitan la ira de los necesitados, de los defraudados, vienen siempre del goce de un privilegio sobre las propiedades naturales, sobre los elementos, sobre el agua y la tierra, que sólo pueden pertenecer, a modo de depósito, al que saque mayor provecho de ellos para el bienestar común. Con el trabajo honrado jamás se acumulan esas fortunas insolentes.

[“Cartas de Martí” (fragmento), *La Opinión Pública*, Montevideo, 1889, en *OC*, t. 12, pp. 250-251.]

[La niña enferma que llora]

Pilar corre a su mamá:

—“¡Mamá, yo voy a ser buena:

Déjame ir sola a la arena:

Allá, tú me ves, allá!”

—“¡Esta niña caprichosa!

No hay tarde que no me enojés:

Anda, pero no te mojes
Los zapaticos de rosa.”

Le llega a los pies la espuma:
Gritan alegres las dos:
Y se va, diciendo adiós,
La del sombrero de pluma

¡Se va allá, donde imuy lejos!
Las aguas son más salobres,
Donde se sientan los pobres,
Donde se sientan los viejos!

Se fue la niña a jugar,
La espuma blanca bajó,
Y pasó el tiempo, y pasó
Un águila por el mar.

Y cuando el sol se ponía
Detrás de un monte dorado,
Un sombrero callado
Por las arenas venía.

Trabaja mucho, trabaja
Para andar: ¿qué es lo que tiene
Pilar que anda así, que viene
Con la cabecita baja?

Bien sabe la madre hermosa
Por qué le cuesta el andar:
—“¿Y los zapatos, Pilar,
Los zapaticos de rosa?”

“¡Ah, loca! ¿en dónde estarán?
¡Di dónde, Pilar!” —“Señora”,
Dice una mujer que llora:
“¡Están conmigo: aquí están!”

“Yo tengo una niña enferma
Que llora en el cuarto oscuro
Y la traigo al aire puro
A ver el sol, y a que duerma.

“Anoche soñó, soñó
Con el cielo, y oyó un canto:
Me dio miedo, me dio espanto,
Y la traje, y se durmió.

“Con sus dos brazos menudos
Estaba como abrazando;
Y yo mirando, mirando
Sus piececitos desnudos.

“Me llegó al cuerpo la espuma,
Alcé los ojos, y vi
Esta niña frente a mí
Con su sombrero de pluma.

—“¡Se parece a los retratos
Tu niña!” dijo: “¿Es de cera?
¿Quiere jugar? ¡si quisiera!...
¿Y por qué está sin zapatos?”

“Mira: ¡la mano le abrasa,
Y tiene los pies tan fríos!
¡Oh, toma, toma los míos:
Yo tengo más en mi casa!”

“No sé bien, señora hermosa,
Lo que sucedió después:
¡Le vi a mi hijita en los pies
Los zapaticos de rosa!”

[“Los zapaticos de rosa” (fragmento), de la sección “Versos en *La Edad de Oro*”, en *PCEC*, t. II, pp. 221-222.]

[Discriminación y crímenes]

[*Contra los negros*]

Trae el verano acá como un frenesí, que en los felices extrema el gozo, cual si quisieran en estos meses de árboles poner la vida del año entero; y en los de alma turbia o inquieta aviva el odio y la pasión, hasta parar en crimen.

Agosto está siendo rojo, en la tierra como en el cielo. La bóveda parece de hierro encendido, y da calores mortales: entre los hombres y aun entre las mujeres, han hecho de héroes estos días el revólver, el puñal y la sogá.

Y es lástima que desluzca esta fealdad el júbilo que se ve por dondequiera que caen los ojos: los pintores andan a trancos por las montañas, con el caballete de morral, buscando puestas vívidas y albas curiosas; los trenes vienen henchidos de parejas ahítas de amor, que se duermen a la pastora, hombro con hombro, en la media luz de los carros; los niños florecen y pían por las playas y las alamedas, y ostentan orgullosos las ronchas que les levanta el sol; bajan de las islas vecinas, al morir de la tarde, los vapores de caridad que se llevaron a vivir un día en la luz a esos otros niños, los niños pobres, y es su canto al desembarcar icosa extraña!—la misma canturria, desordenada y melancólica, del indio salvaje, en que hay a un tiempo mismo crepúsculo y batalla.

Pero quita el gusto para estos cuadros de placer lo que se lee de todas partes: aquí un linchado, allí un juez que intenta matar a otro, acá cuatro uxoricidas que mueren juntos en la horca. Lo del *lynch* es de toda seriedad, porque muestra la llaga que llevan en el corazón los que se lo alimentaron de sangre esclava, y hoy viven como sobre carbones ardientes, rechazando con furia el aire negro, el amor negro, la ambición negra: no hay día sin asesinato en los Estados del Sur: ya está donde no puede ser más la agonía del negro veneido: el negro que embruteció, que azotó, que crió en ira, se reproduce con la fecundidad de los infelices, que buscan en su mujer el goce y compañía que el hombre venturoso halla en más de una fuente, y no sólo en la alcoba: el blanco del Sur, en cuanto ve que el negro se le iguala en lo real de la vida, lincha al negro.

Eso es de todos los años, pero ahora está siendo más, desde que los demócratas cayeron, porque los negros están más erguidos, y los blancos más alarmados, con el anuncio de que los republicanos, para adueñarse de los Estados demócratas del Sur, fungirán de protectores del voto de color, que dicen que está oprimido por el señorío, lo que quiere decir, si se acuerda la ley por que los republicanos abogan, que los blancos del Norte protegerán, con las leyes y con las armas, a los negros del Sur, para que echen del gobierno de los Estados a los que fueron sus señores, y queden "presidiendo la civilización", como dice un diario, "el belfo y la lana"; otros negros van por donde es más cierto el camino, que es por la cultura, puesto que mientras sean menos que los blancos en carácter y saber, nadie se parará en las causas de que sean así, sino en que lo son, el cual es argumento que no se les hará cuando puedan luchar de mente a mente, y calcen ambos con igual maestría el discurso y el guante: con la cultura del negro no se acabará el conflicto, pero tendrá menos causas y pretextos que ahora, y menos horrores. Porque el mundo se echará sobre los que quieran desposeer a sus iguales.

[*"Cartas de Martí"* (fragmento), *La Opinión Pública*, Montevideo, 1889, en *OC*, t. 12, pp. 323-324.]

[Contra los pobladores autóctonos]

Sola y abandonada a su desdicha, acurrucada junto a sus caciques canosos, con los ojos puestos en sus *ponies* y en los pies los bordados mocasines, determinan las tribus indias, agasajadas por los emisarios de Cleveland, no mover la guerra a que les compelián el abuso y maldad de los agentes del gobierno en el territorio indígena. Porque no los miran, cual debieran los agentes, como a una raza rudimentaria y simpática, estancada en flor por el choque súbito con la acumulada civilización de los europeos de América; sino que los tienen como a bestias; y los odian; y se gozan en envilecerlos para alegar después que son viles. Ellos tienen sus sabios; sus grandes caudillos; sus diplomáticos cuerdos; ellos son

como pájaros graciosos, irisado el plumaje, húmedos todavía del redañó de la naturaleza. Piden con moderación; sufren con paciencia; aconsejan con juicio; pelean con bravura. Pero acá *rum* y allá hambre, acá prisión y allá castigo, ¿cómo ha de acallar el indio el odio natural al que le robó su tierra so capa de contrato, y lo embrutece y denigra? Madrigueras son esas agencias. Las bondades del Congreso, que para los indios son grandes, no les llegan. Si son de cariño y miramiento, jamás. Si de dinero y raciones, más de la mitad queda en manos de los encargados de distribuirlos. Los viejos con su manto crestado y su rostro real, suelen montarse en “el caballo de hierro” y venir a exponer elocuentemente sus quejas al “gran padre”. Y si “el gran padre” tarda en recibirlos, suelen ponerse en pie, mostrando descontento, y dar a entender que no les place la descortesía. Ahora se ha descubierto que los agentes habían forzado a los indios a alquilar, por precios nominales, sus mejores tierras de pasto a ganaderos del Oeste; habían respondido a sus quejas con privaciones del dinero y alimento que sus tratados con el gobierno les aseguraron; habían mermado sin vergüenza la ración de comida y vestido de los indios; habían cobrado al gobierno por años enteros, donde no había más que 2,000 cheyenes, raciones para 4,000 y todo como para ellos. Allí donde el agente es bueno, el indio es manso. El soldado, que pelea con ellos *pony* contra *pony*, y los respeta como a enemigo, los trata cual siempre trata un combatiente a otro, aunque de bando opuesto. La muerte y el valor los fraternizan. El soldado trata al indio con cariño:—pues en astucia, en resistencia, en sobriedad, en atrevimiento, en decoro, ¿quién iguala al indio? Los civiles no: los civiles lo odian. Aceptan un puesto en la agencia, porque es pingüe, y ya se ve como un agente se come las raciones de dos mil indios: pero lo odia, por esa conciencia brutal de la espalda ancha, que mira con desdén la espalda estrecha; por esa insolente primacía de los rostros rosados, que se ofende de la vivacidad de la gente olivácea, y de su esbeltez y ligereza; y por la obligación misma de vivir entre los indios, los odian. Cleveland ha hecho

llegar hasta los cheyenes, por detrás de los montes los soldados necesarios para impedir su revuelta, y frente a frente, con la mano tendida, la cordial voluntad de mantenerlos libres, bien racionados, sin contratos forzosos que les quiten sus pastos, con médico y con escuela. A un vil se le conoce en que abusa de los débiles. Los débiles deben ser como los locos eran para los griegos: sagrados.

Da prenda de infamia el hombre que se goza en abatir a otro. Tiene su aristocracia el espíritu: y la forman aquellos que se regocijan con el crecimiento y afirmación del hombre. El género humano no tiene más que una mejilla: idondequiera que un hombre recibe un golpe en su mejilla, todos los demás hombres lo reciben!

Quedan quietos ahora los cheyenes; los mozos quieren guerra, y acumulan mocasines viejos para dejarlos caer en su ruta en los casos de fuga, como si fueran por donde aparecen caídos los mocasines, y así despistar a los rastreadores; pero éstos tienen olfato de moloso, y los viejos saben que el indio será vencido, porque no puede el pino joven de la selva sujetar a los vientos furiosos que vienen vociferando por el aire y escribiendo en el cielo con relámpagos.

[“Cartas de Martí” (fragmento), *La Nación*, Buenos Aires, 3 de octubre de 1885, en *OC*, t. 10, pp. 287-288.]

Injusticia social

[Capitalistas contra obreros]

Estamos en plena lucha de capitalistas y obreros. Para los primeros son el crédito en los bancos, las esperas de los acreedores, los plazos de los vendedores, las cuentas de fin de año. Para el obrero es la cuenta diaria, la necesidad urgente e inaplazable, la mujer y el hijo que comen por la tarde lo que el pobre trabajó para ellos por la mañana. Y el capitalista holgado constriñe al pobre obrero a trabajar a precio ruin.

Los que viven suntuosamente, merced a colosales especulaciones, azuzan al Congreso, a fin de mantener siempre repletas las arcas del Tesoro, a no mermar las contribuciones exorbitantes que afligen los frutos y tráficos en toda la nación. De este exceso de contribuciones, a poco que las cosechas mermen, o que algún producto escasee, viene exceso de precios. Para el capitalista, unos cuantos céntimos en libra en las cosas de comer, son apenas una cifra en la balanza anual. Para el obrero, esos centavos acarrear, en su existencia de centavos, la privación inmediata de artículos elementales e imprescindibles. El obrero pide salario que le dé modo de vestir y comer. El capitalista se lo niega.

Otras veces, movido del conocimiento del excesivo provecho que reporta al capitalista un trabajo que mantiene al obrero en pobreza excesiva,—rebélase este último, en demanda de un salario que le permita ahorrar la suma necesaria para aplicar por sí sus aptitudes o mantenerse en los días de su vejez.

Pero ya estas rebeliones no son hechos aislados. Las asociaciones obreras, infructuosas en Europa y desfiguradas a manos de sus mismos creadores, por haberse propuesto, a la vez que remedios sociales justos, remedios políticos violentos e injustos, son fructuosas en Norteamérica, porque sólo se han propuesto remediar por modos pacíficos y legales los males visibles y remediables de los obreros.

Ya no hay ciudad que no tenga tantas asociaciones como gremios. Ya los trabajadores se han reunido en una colosal asociación, que llaman de caballeros del trabajo. Ya, por treintenas de miles, como ahora mismo en Pittsburgh, se cruzan de brazos, animosos y firmes, ante los fabricantes de hierro que tenazmente les niegan el aumento de sueldo que demandan. Ya, como hoy en New York, los trenes cesan, los barcos duermen, los frutos se enmontañan en las estaciones de embarque de los ferrocarriles, y el comercio de toda la nación sufre extraordinaria merma,—porque los cargadores piden a las empresas ferrocarrileras un salario que les permita comer carne.

Piden 20 centavos por cada hora de faena, y que les aseguren trabajo por dos pesos diarios, porque hombre que va y viene a leguas del lugar de su labor, y come fuera de casa y tiene en casa mujer e hijos, y para trabajar ha de vivir en ciudad costosa, no puede hacer con menos de dos pesos, vida de ciudad.

Las empresas de ferrocarril, teniendo en poco a sus cargadores, negáronse a la demanda, y hace un mes que están faz a faz los dos bandos hostiles.

Toda la ciudad está del lado de los cargadores desatendidos. ¡Con qué entereza están llevando su mes de penuria! ¡Qué gozo da verlos, como ennoblecidos de súbito por el ejercicio de su dignidad, acudiendo, comedidos y limpios, ya a grandes paradas, en que recorren las calles sigilosa y ordenadamente, ya a reuniones que celebran en medio de las plazas, en los muelles abandonados, en humildes salones! Acá hacen tribuna de un carro que les presta un irlandés fornido; allá, de un montón de cajas; más

allá, de una elevación del terreno. Está siendo una interesantísima batalla.

Vese ahora como no es de desdeñar el trabajo más ruin. Esos rodadores de baúles, esos empujadores de sacos, han conmovido y dificultado el comercio de toda la nación. Las empresas ferrocarrileras, teniendo en cuenta la penuria excesiva de las clases pobres, buscaron y hallaron al punto millares de cargadores nuevos. Mas eran italianos, no hechos a esta labor ruda: eran alemanes, sobrado varoniles para siervos; eran judíos fugitivos de Rusia, a quienes sus súbitos y tremendos males privan de ánimo y fuerzas.

Creyóse al principio que, reemplazados los cargadores, o reentrarían en sus puestos por el ruin salario viejo, o quedaría la labor a cargo de los nuevos.

Pero ya era que los novicios no acertaban con la ágil manera de cargar de los rebeldes; ya que centenares de carros aguardaban en vano repletos a las puertas de los colosales almacenes; ya que los mozos ásperos de los barrios perseguían sin descanso a los obreros nuevos que trabajaban, y aún trabajan, como sitiados, en los almacenes, y amparados por gruesos destacamentos de policía. Y ya es, que merced a su cordura y paciencia, abandonan en masa los trabajadores nuevos a sus empleadores, y se unen bravamente a la protesta de los cargadores rebeldes. Todos, hoy, italianos, alemanes y judíos rusos, abrazados fraternalmente por las calles, y acudiendo a reuniones entusiastas en que se hablan a la par todas las lenguas, demandan a las compañías de ferrocarril, que ha poco aumentaron sin pretexto los precios de carga, el nuevo sueldo y la nueva garantía.

Gran suceso es éste en esta lucha. Antes, si los trabajadores del país se declaraban en huelga, acudíase a los italianos, puestos a trabajar por pobre precio. Ahora, rebelados ya los italianos, que entienden que realzando las condiciones del trabajo para otros, las realzan para sí,—y los empleadores habrán de ceder a las demandas justas de los empleados. Que no es de creer que por demanda injusta se exponga un obrero,

que tiene su area en sus brazos, a dejar en hambre y miseria su casa desolada.

Y así quedan: soberbios los del ferrocarril; confiados y ayudados con buenas sumas de dinero por los obreros de toda la nación, y gentes ricas de buena voluntad, los cargadores. De manera pasmosa se entrelazan e intiman los cuerpos de obreros.

Se agrupan rápidamente, como elementos dispuestos ya al combate. No sólo tiene cada cuerpo fondos propios, sino que se está creando extraordinario fondo general para que sirva de area permanente a cada cuerpo en huelga. Esto hasta ahora es justicia. Quiera la buena fortuna que luego de satisfecha, no se trueque en celo e ira. Porque en este pueblo de trabajadores, será tremenda una liga ofensiva de los trabajadores. Ya están en ella. El combate será tal que conmueva y remueva el Universo. Estas que hierven, son las leyes nuevas. Esta es en todas partes época de reenqueiciamiento y de remolde. El siglo pasado aventó, con ira siniestra y pujante, los elementos de la vida vieja. Estorbado en su paso por las ruinas, que a cada instante, con vida galvánica amenazan y se animan, este siglo, que es de detalle y preparación, acumula los elementos durables de la vida nueva.

[“Carta de los Estados Unidos” (fragmento), *La Nación*, Buenos Aires, 13 de septiembre de 1882, en *OC*, t. 9, pp. 322-325.]

[Bien, yo respeto]

Bien: yo respeto

A mi modo brutal, un modo manso
Para los infelices e implacable
Con los que el hambre y el dolor desdeñan,
Y el sublime trabajo, yo respeto
La arruga, el callo, la joroba, la hosea
Y flaca palidez de los que sufren.
Respeto a la infeliz mujer de Italia,
Pura como su cielo, que en la esquina
De la casa sin sol donde devoro
Mis ansias de belleza, vende humilde
Piñas dulces o pálidas manzanas.

Respeto al buen francés, bravo, robusto,
Rojo como su vino, que con luces
De bandera en los ojos, pasa en busea
De pan y gloria al Istmo donde muere.

[“(Bien, yo respeto)”, *Versos Libres*, en *PCEC*, t. I, p. 134.]

[Monopolios contra pueblos]

Han decidido los artesanos de los Estados Unidos que el primer lunes de cada Septiembre sea un inmenso día festivo para todos los trabajadores de la Nación: ¡martillo abajo! ¡almas arriba! ¡los niños, a caballo sobre sus padres! Los que edifican el mundo, quieren enseñarse una vez al año a él: así, ante el espectáculo solemne, se decidirán a obrar en justicia los abusadores, y entrarán en miedo los déspotas: mal le irá, al que quiera sentarse sobre todos esos hombres.

¡Qué ejército, qué ejército el que el 2 de Septiembre de este año paseó sus formidables escuadras por las calles más concurridas de Nueva York! ¡Qué hermosura, qué aseo, qué grandeza! Veinte mil eran, hombres y mujeres! Antaño con poner un rey la mano sobre el hombro de un calientachismes de palacio, o un cercenador de hombres, o un guardador de la puerta por donde entraba a robar placeres la Majestad, ya lo hacía caballero: ogaño, ver a estas gentes humildes, a estos pobres alegres, a estos viejos honrados, a estas mujeres enfermizas, a estos creadores de sí propios, es como recibir un título más decoroso y limpio de nobleza: “Hombre te hago”, dijo el Creador: y le puso en los labios la palabra, y entre el cabello y los ojos un cintillo de luz: desde entonces, ni ser duque, ni marqués, ni conde, ni vizconde, ni barón, es ser más que hombre: ¿cómo el que hereda una fortuna ha de ser más noble que el que la fomenta? ¿cómo el que vive a espaldas de los suyos, o al amparo de castas favorecidas, ha de merecer más respeto que el que forcejea por abrirse paso en la tierra difícil, con la pesadumbre del desdén humano encima, abandonado a sus esfuerzos propios? Gusanos me parecen todos esos despreciadores de los pobres: si se les levantan los músculos del pecho, y se mira

debajo, de seguro que se ve el gusano.—Cuando el pobre exagera sus derechos, rebánensele sus pretensiones en buen hora, — que nadie tenga un derecho que lastime el de otro; pero repudiar como a criaturas que manchan y avergüenzan a aquellos cuyas virtudes pacientes y admirables ni por un solo día serían capaces de imitar los que las repudian,—es una vileza digna de un castigo público.

[...]

Ya viene, ya viene la procesión.—La gente está apretada en las aceras. Limpísimo está Broadway, como las calles de Roma cuando iban a entrar los triunfadores. Los “politicianos”, que no son los politicastros o malos políticos, sino los políticos de ruin ralea que trabajan en los bastidores de la gobernación pública por logrería y oficio, eulebrea por entre la turba, como serpientes de ancho vientre y rostro rojo, con diamantes, grandes como crímenes, en la pechera de la camisa: como plata bruñida brilla la camisa de estos rufianes de las ideas; nótase siempre que los que no poseen una cualidad, son los que ponen más empeño en aparentarla: cuidan mucho de su limpieza exterior estos “politicianos”. Y van gordos, macizos, sonrientes, relucientes, como quien vive de holganza provechosa: se parecen grandísimamente a los canónigos de antaño; sólo que éstos rezan sus Horas en la ley del sufragio universal. La religión de la libertad, como todas las religiones, tiene sus augures; y la lámpara del espíritu, como todas las lámparas, tiene sus vampiros. El mundo animal está en concreción, en toda asociación o persona humana: cada hombre lleva en sí todo el mundo animal, en que a veces el león gruñe, y la paloma arrulla, y el cerdo hoocea;—y toda virtud está en hacer que del cerdo y del león triunfe la paloma. Y estos “politicianos”, de cervecerías y esquinas, estos falseadores de la opinión pública, estos corredores de votos, son como los cerdos de las instituciones políticas: sólo el ojo vulgar puede confundirlos con el león, que fulmina y arremete, o con la paloma que del suyo propio, y de todo dolor ajeno, suplicando, muere.—¿Y la procesión? ¡Ya viene, ya viene!

[...]

—¿Qué ruido de aplausos es éste? Aplauden una alegoría que va pintada en lienzo en el carro de los armadores. Hemos de verla con cuidado, que está llamando la atención de todos. Un trabajador lleva a cuestas, como carga que lo abruma, al Monopolio, representado en la caricatura de Jay Gould, gran estratégico de Corporaciones y Bolsas, que en sus manos tiene las bridas de empresas innumerables, y de un lado y otro las guía con goce frío y maligno que, —más que de la posesión de la fortuna que le rinden, le viene de ganar, en previsión y astucia a cuantos le disputan su poder: abre vorágines, levanta montañas, desata océanos; conjura y desencadena vendavales, juega como con una perinola con la Bolsa. Con una voz, hace surgir un ferrocarril: lo hunde con otra: si quiere puede detener en un momento, hasta que le paguen lo que le place, todos los telégrafos de los Estados Unidos. Por su poder extraordinario, por la pasmosa habilidad con que lo mantiene, por los medios tortuosos de que se vale sin escrúpulo, y por la frialdad de su corazón, atento sólo al triunfo o a la defensa propia, Jay Gould es reciamente odiado: pequeñín es, como una peonía: una pera madura le importa más que los dolores de todos, y los impulsos y centelleos todos de los hombres. Dudan un día de la solidez de sus riquezas y enseña a los noticieros de periódico, cincuenta millones de pesos en acciones.—Su casa es modesta: su color cetrino; cuando el amor excesivo a la riqueza se apodera del espíritu, produce estos reflejos metálicos. Jay Gould ha de velar de noche, entre sus riquezas insolentes y estériles, como un duende hambriento en una cueva: ¡oh almas infelices, aquellas exclusivamente consagradas al logro, amontonamiento y cuidados del dinero! Han de debatirse en soledad terrible, como si estuvieran encerradas en una sepultura.—Jay Gould es gran monopolizador, y sobre la espalda del trabajador de la alegoría va representado el Monopolio:—él lo representa bien, que ha centralizado en enormes compañías, empresas múltiples, las cuales impiden con su inaudita riqueza y el poder social que con

ella se asegura, el nacimiento de cualquiera otra compañía de su género, y gravan con precios caprichosos, resultado de combinaciones y falseamientos inicuos, el costo natural de los títulos y operaciones necesarias al comercio. Donde un sembrador, allá en el Oeste, siembra un campo, el monopolio se lo compra a la fuerza o lo arruina: si vende barata su cosecha el sembrador, el monopolio, que tiene grandes fondos a la mano, da la suya de balde: y si decide el sembrador luchar, al año muere de hambre, mientras que el monopolio sigue viviendo sin ganancia muchos años. El monopolio está sentado, como un gigante implacable, a la puerta de todos los pobres. Todo aquello en que se puede emprender está en manos de corporaciones invencibles, formadas por la asociación de capitales desocupados a cuyo influjo y resistencia no puede esperar sobreponerse el humilde industrial que empeña la batalla con su energía inútil y unos cuantos millares de pesos. El monopolio es un gigante negro. El rayo tiene suspendido sobre la cabeza. Los truenos le están zumbando en los oídos. Debajo de los pies le arden volcanes. La tiranía acorralada en lo político, reaparece en lo comercial. Este país industrial tiene un tirano industrial. Este problema, apuntado aquí de pasada, es uno de aquellos graves y sombríos que acaso en paz no puedan decidirse, y ha de ser decidido aquí donde se plantea, antes tal vez de que termine el siglo.

Por la libertad fue la revolución en el siglo XVIII; por la prosperidad será la de éste.

[“Cartas de Martí” (fragmentos), *La Nación*, Buenos Aires, 26 de octubre de 1884, en *OC*, t. 10, pp. 77-79 y 83-85.]

[Politiqueros y acaudalados contra la justicia social]
Por la ley o por el diente, aquí ha de haber justicia. Los que se quejan de falta de ella, la clase desacomodada, suele pedir la mal, o tomarla por su mano, pero se les ve ya moverse en la cosa pública como en morada propia; y los que quisieran resistirles, o retardar su advenimiento, andan delante de ellos como Tartufos despedidos, que vuelven la cara lívida y

sonriente, saludando y ofreciéndose con exagerada solicitud, cuando ya tienen la bota en los faldones.

Pero este trance nuevo del hombre, del cual saldrá, como de todos los suyos, mejorado; esta entrada, probablemente violenta, en un estado social amable y justiciero; esta eliminación de dejos turbios de edades y de pueblos, y acendramiento de sus cualidades libres y puras; este adelanto en la libertad y en la dicha, no han llegado aún, con correr ya tan cerca de la superficie que la tierra tiembla, a aquella determinación e ímpetu que despertarán otra vez, como en las grandes épocas, la naturaleza humana, y volverán a enseñarla en toda su estatura.

Los pensadores, los veedores, los escuchas del pensamiento, observan el cambio y lo anuncian; pero los pueblos son como los convidados de Baltasar, que no se deciden a abandonar el festín hasta que la cólera flamea en el muro.

El trabajador que es aquí el Atlas, se está cansando de llevar a cuestas el mundo, y parece decidido a sacudírsele de los hombros, y buscar modo de andar sin tantos sudores por la vida.

Los acaudalados, los que esperan serlo, los que prosperan a su sombra, no se ocupan en atender a estas reclamaciones en justicia, sino en sobornar a los que dictan las leyes, para que les pongan atadas a los pies, las libertades públicas. Hay hombres para tales cosas: ¡para pervertir y vender las libertades públicas!

Otros, fatigados de la batalla por la vida, esperan con ansia que un invierno benigno se los lleve, sin fuerzas ya para sufrir por el dolor humano; los más, habituados al ejercicio pacífico de su derecho, confían en que ese vuelco social, se hará sin sangre, y que "Dios volverá a marchar", como en los días de la guerra del Sur, pero sin más armas que la ley. Mas, en lo visible y aparente no se nota aún este formidable movimiento de entrañas.

Los partidos políticos, aunque alarmados, atienden más a sus apetitos y rencores que a este elemento nuevo que amenaza su existencia. La prensa, que vive de las castas creadas,

teme perder su clientela, si les denuncia la verdad del riesgo; y el Congreso, compuesto en su mayoría de hombres criados al favor de ellas, tiende a captarse con leyes indirectas y menores la voluntad de esa masa nacional que crece, pero sirve en las leyes reales e inmediatas a las empresas, a los bancos, a las corporaciones, a los poderes de quienes dependen su elección y fortuna.

[...]

¿Por qué mágico tamiz sale filtrada la representación popular, de modo que al perfeccionarse en el senador, que es su entidad más alta fuera de la Presidencia, resulta ser el Senado la contradicción viva de las opiniones e intereses de los que, por medio de la legislatura, los elige? ¡Los senadores compran las legislaturas!

¿Qué ha hecho la Casa de los Representantes, electos ya por tan viciados métodos que, aunque el país vote por ellos directamente, no hay elección que no resulte forzada por el uso de recias sumas de dinero, ni se ha alzado en la Casa una voz sola que denuncie el peligro y clame por los necesitados?

[“Cartas de Martí” (fragmento), *La Nación*, Buenos Aires, 4 de mayo de 1887, en OC, t. 11, pp. 172-173 y 175.]

[Asesinato “legal”]

Ni el miedo a las justicias sociales, ni la simpatía ciega por los que las intentan, debe guiar a los pueblos en sus crisis, ni al que las narra. Sólo sirve dignamente a la libertad el que, a riesgo de ser tomado por su enemigo, la preserva sin temblar de los que la comprometen con sus errores. No merece el dictado de defensor de la libertad quien excusa sus vicios y crímenes por el temor mujeril de parecer tibio en su defensa. Ni merecen perdón los que, incapaces de domar el odio y la antipatía que el crimen inspira, juzgan los delitos sociales sin conocer y pesar las causas históricas de que nacieron, ni los impulsos de generosidad que los producen.

En procesión solemne, cubiertos los féretros de flores y los rostros de sus sectarios de luto, acaban de ser llevados a la tumba los cuatro anarquistas que sentenció Chicago a la horca,

y el que por no morir en ella hizo estallar en su propio cuerpo una bomba de dinamita que llevaba oculta en los rizos espesos de su cabello de joven, su selvoso cabello castaño.

Acusados de autores o cómplices de la muerte espantable de uno de los policías que intimó la dispersión del concurso reunido para protestar contra la muerte de seis obreros, a manos de la policía, en el ataque a la única fábrica que trabajaba a pesar de la huelga: acusados de haber compuesto y ayudado a lanzar, cuando no lanzado, la bomba del tamaño de una naranja que tendió por tierra las filas delanteras de los policías, dejó a uno muerto, causó después la muerte a seis más y abrió en otros cincuenta heridas graves, el juez, conforme al veredicto del jurado, condenó a uno de los reos a quince años de penitenciaría y a pena de horca a siete.

[...]

Amedrentada la república por el poder creciente de la casta llana, por el acuerdo súbito de las masas obreras, contenido sólo ante las rivalidades de sus jefes, por el deslinde próximo de la población nacional en las dos clases de privilegiados y descontentos que agitan las sociedades europeas, determinó valerse por un convenio tácito semejante a la complicidad, de un crimen nacido de sus propios delitos tanto como del fanatismo de los criminales, para aterrar con el ejemplo de ellos, no a la chusma adolorida que jamás podrá triunfar en un país de razón, sino a las tremendas capas nacientes.

[...]

Esta república, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos.

[...]

De una apacible aldea pasmosa se convirtió la república en una monarquía disimulada.

[...]

En el Oeste recién nacido, donde no pone tanta traba a los elementos nuevos la influencia imperante de una sociedad antigua, como la del Este, reflejada en su literatura y en sus hábitos; donde la vida como más rudimentaria facilita el trato íntimo

entre los hombres, más fatigados y dispersos en las ciudades de mayor extensión y cultura; donde la misma rapidez asombrosa del crecimiento, acumulando los palacios de una parte y las factorías, y de otra la miserable muchedumbre, revela a las claras la iniquidad del sistema que castiga al más laborioso con el hambre, al más generoso con la persecución, al padre útil con la miseria de sus hijos,—en el Oeste, donde se juntan con su mujer y su prole los obreros necesitados a leer los libros que enseñan las causas y proponen los remedios de su desdicha; donde justificados a sus propios ojos por el éxito de sus fábricas majestuosas, extreman los dueños, en el precipicio de la prosperidad, los métodos injustos y el trato áspero con que la sustentan; donde tiene en fermento a la masa obrera la levadura alemana, que sale del país imperial, acosada e inteligente, vomitando sobre la patria incua las tres maldiciones terribles de Heine; en el Oeste y en su metrópoli Chicago sobre todo, hallaron expresión viva los descontentos de la masa obrera, los consejos ardientes de sus amigos, y la rabia amontonada por el descaro e inclemencia de sus señores.

Y como todo tiende a la vez a lo grande y a lo pequeño, tal como el agua que va de mar a vapor y de vapor a mar, el problema humano, condensado en Chicago por la merced de las instituciones libres, a la vez que infundía miedo o esperanza por la república y el mundo, se convertía, en virtud de los sucesos de la ciudad y las pasiones de sus hombres, en un problema local, agrio y colérico.

El odio a la injusticia se trocaba en odio a sus representantes.

La furia secular, caída por herencia, mordiendo y consumiendo como la lava, en hombres que, por lo férvido de su compasión, veíanse como entidades sacras, se concentró, estimulada por los resentimientos individuales, sobre los que insistían en los abusos que la provocan. La mente, puesta a obrar, no cesa; el dolor, puesto a bullir, estalla; la palabra, puesta a agitar, se desordena; la vanidad, puesta a lucir, arrastra; la esperanza, puesta en acción, acaba en el triunfo o la catástrofe: “¡para el revolucionario, dijo Saint-Just, no hay más descanso que la tumba!”

[...]

Una vez reconocido el mal, el ánimo generoso sale a buscarle remedio: una vez agotado el recurso pacífico, el ánimo generoso, donde labra el dolor ajeno como el gusano en la llaga viva, acude al remedio violento.

[...]

Júzganse como bestias acorraladas. Todo lo que va creciendo les parece que crece contra ellos. "Mi hija trabaja quince horas para ganar quince centavos." "No he tenido trabajo este invierno porque pertenezco a una junta de obreros."

El juez los sentencia.

La policía, con el orgullo de la levita de paño y la autoridad, temible en el hombre inculto, los aporrea y asesina.

Tienen frío y hambre, viven en casas hediondas.

¡América es, pues, lo mismo que Europa!

No comprenden que ellos son mera rueda del engrane social, y hay que cambiar, para que ellas cambien, todo el engranaje.

[...]

Donde los obreros enseñaron más la voluntad de mejorar su fortuna, más se enseñó por los que la emplean la decisión de resistirlos.

[...]

Esechados sólo por sus escasos sectarios, año sobre año venían reuniéndose los anarquistas, organizados en grupos, en cada uno de los cuales había una sección armada. En sus tres periódicos, de diverso matiz, abogaban públicamente por la revolución social; declaraban, en nombre de la humanidad, la guerra a la sociedad existente; decidían la ineficacia de procurar una conversión radical por medios pacíficos; y recomendaban el uso de la dinamita, como el arma santa del desheredado, y los modos de prepararla.

[...]

El obrero, que es hombre y aspira, resiste, con la sabiduría de la naturaleza, la idea de un mundo donde queda aniquilado el hombre; pero cuando, fusilado en granel por pedir una hora libre para ver a la luz del sol a sus hijos, se levanta del charco mortal apartándose de la frente, como dos cortinas

rojas, las crenchas de sangre, puede el sueño de muerte de un trágico grupo de locos de piedad, desplegando las alas humeantes, revolando sobre la turba siniestra, con el cadáver clamoroso en las manos, difundiendo sobre los torvos corazones la claridad de la aurora infernal, envolver como turbia humareda las almas desesperadas.

La ley, ¿no los amparaba? La prensa exasperándolos con su odio en vez de aquietarlos con justicia, ¿no los popularizaba? Sus periódicos, creciendo en indignación con el desdén y en atrevimiento con la impunidad, ¿no circulaban sin obstáculos? [...] ¿No les solicitaban los partidos políticos sus votos, con la oferta de respetar la propaganda de sus doctrinas? ¿Cómo habían de creer criminales los actos y palabras que les permitía la ley? Y ¿no fueron las fiestas de sangre de la policía, ebria del vino del verdugo como toda plebe revestida de autoridad, las que decidieron a armarse a los más bravos?

[...]

Entonces vino la primavera amiga de los pobres; y sin el miedo del frío, con la fuerza que da la luz, con la esperanza de cubrir con los ahorros del invierno las primeras hambres, decidió un millón de obreros, repartidos por toda la república, demandar a las fábricas que, en cumplimiento de la ley desobedecida, no excediese el trabajo de las ocho horas legales. ¡Quien quiera saber si lo que pedían era justo, venga aquí; véalos volver, como bueyes tundidos, a sus moradas inmundas, ya negra la noche; véalos venir de sus tugurios distantes, tiritando los hombres, despeinadas y lívidas las mujeres, cuando aún no ha cesado de reposar el mismo sol!

En Chicago, adolorido y colérico, segura de la resistencia que provocaba con sus alardes, alistado el fusil de motín, la policía, y, no con la calma de la ley, sino con la prisa del aborrecimiento, convidaba a los obreros a duelo.

Los obreros, decididos a ayudar por el recurso legal de la huelga su derecho, volvían la espalda a los oradores lúgubres del anarquismo y a los que magullados por la porra o atravesados por la bala policial, resolvieron, con la mano sobre sus heridas, oponer en el próximo ataque hierro a hierro.

Llegó marzo. Las fábricas, como quien echa perros sarnosos a la calle, echaron a los obreros que fueron a presentarles su demanda. En masa, como la orden de los Caballeros del Trabajo lo dispuso, abandonaron los obreros las fábricas.

[...]

Y de la imprenta del "Arbeiter" salió la circular que invitaba a los obreros, con permiso del corregidor, para reunirse en la plaza de Haymarket a protestar contra los asesinatos de la policía.

Se reunieron en número de cincuenta mil, con sus mujeres y sus hijos, a oír a los que les ofrecían dar voz a su dolor: pero no estaba la tribuna, como otras veces, en lo abierto de la plaza, sino en uno de sus recodos, por donde daba a dos oscuras callejas. Spies, que había borrado del convite impreso las palabras: "Trabajadores a las armas", habló de la injuria con cáustica elocuencia, mas no de modo que sus oyentes perdieran el sentido, sino tratando con singular moderación de fortalecer sus ánimos para las reformas necesarias: "¿Es esto Alemania, o Rusia, o España?" decía Spies. Parsons, en los instantes mismos en que el corregidor presenciaba la junta sin interrumpirla, declamó, sujeto por la ocasión grave y lo vasto del concurso, uno de sus editoriales cien veces impunemente publicados. Y en el instante en que Fielden preguntaba en bravo arranque si, puestos a morir, no era lo mismo acabar en un trabajo bestial o caer defendiéndose contra el enemigo,—nótase que la multitud se arremolina; que la policía, con fuerza de ciento ochenta, viene revólver en mano, calle arriba. Llega a la tribuna: intima la dispersión; no cejan pronto los trabajadores; "¿qué hemos hecho contra la paz?" dice Fielden saltando del carro; rompe la policía el fuego.

Y entonces se vio descender sobre sus cabezas, caracoleando por el aire, un hilo rojo. Tiembla la tierra; húndese el proyectil cuatro pies en su seno; caen rugiendo, unos sobre otros, los soldados de las dos primeras líneas; los gritos de un moribundo desgarran el aire. Repuesta la policía, con valor sobrehumano, salta por sobre sus compañeros a bala

graneada contra los trabajadores que le resisten: "¡huimos sin disparar un tiro!" dicen unos; "apenas intentamos resistir", dicen otros; "nos recibieron a fuego raso", dice la policía. Y pocos instantes después no había en el recodo funesto más que camillas, pólvora y humo. Por zaguanes y sótanos escondían otra vez los obreros a sus muertos. De los policías, uno muere en la plaza; otro, que lleva la mano entera metida en la herida, la saca para mandar a su mujer su último aliento; otro, que sigue a pie, va agujereado de pies a cabeza; y los pedazos de la bomba de dinamita, al rasar la carne, la habían rebanado como un cincel.

[...]

¿El proceso? Todo lo que va dicho, se pudo probar; pero no que los ocho anarquistas, acusados del asesinato del policía Degán, hubiesen preparado, ni encubierto siquiera, una conspiración que rematase en su muerte. Los testigos fueron los policías mismos, y cuatro anarquistas comprados, uno de ellos confeso de perjurio. Lingg mismo, cuyas bombas eran semejantes, como se vio por el casquete, a la de Haymarket, estaba, según el proceso, lejos de la catástrofe. Parsons, contento de su discurso, contemplaba la multitud desde una casa vecina. El perjurio fue quien dijo, y desdijo luego, que vio a Spies encender el fósforo con que se prendió la mecha de la bomba. Que Lingg cargó con otro hasta un rincón cercano a la plaza el baúl de cuero. Que la noche de los seis muertos del molino acordaron los anarquistas, a petición de Engel, armarse para resistir nuevos ataques, y publicar en el "Arbeiter" la palabra "ruhe". Que Spies estuvo un instante en el lugar donde se tomó el acuerdo. Que en su despacho había bombas, y en una u otra casa rimeros de "manuales de guerra revolucionaria". Lo que sí se probó con prueba plena, fue que, según todos los testigos adversos, el que arrojó la bomba era un desconocido. Lo que sí sucedió fue que Parsons, hermano amado de un noble general del Sur, se presentase un día espontáneamente en el tribunal a compartir la suerte de sus compañeros. Lo que sí estremece es la desdicha de la leal Nina Van Zandt, que prendada de la arrogante hermosura y dogma humanitario de

Spies, se le ofreció de esposa en el dintel de la muerte, y de mano de su madre, de distinguida familia, casó en la persona de su hermano con el preso; llevó a su reja día sobre día el consuelo de su amor, libros y flores; publicó con sus ahorros, para allegar recursos a la defensa, la autobiografía soberbia y breve de su desposado; y se fue a echar de rodillas a los pies del gobernador. Lo que sí pasma es la tempestuosa elocuencia de la mestiza Luey Parsons, que paseó los Estados Unidos, aquí rechazada, allí silbada, allá presa, hoy seguida de obreros llorosos, mañana de campesinos que la echan como a bruja, después de catervas crueles de chicuelos, para "pintar al mundo el horror de la condición de las castas infelices, mayor mil veces que el de los medios propuestos para terminarlo". ¿El proceso? Los siete fueron condenados a muerte en la horca, y Neebe a la penitenciaría, en virtud de un cargo especial de conspiración de homicidio de ningún modo probado, por explicar en la prensa y en la tribuna las doctrinas cuya propaganda les permitía la ley; ¡y han sido castigadas en Nueva York, en un caso de excitación directa a la rebeldía, con doce meses de cárcel y doscientos cincuenta pesos de multa!

¿Quién que castiga crímenes, aun probados, no tiene en cuenta las circunstancias que los precipitan, las pasiones que los atenúan, y el móvil con que se cometen? Los pueblos, como los médicos, han de preferir prever la enfermedad, o curarla en sus raíces, a dejar que florezca en toda su pujanza, para combatir el mal desenvuelto por su propia culpa, con medios sangrientos y desesperados.

Pero no han de morir los siete. El año pasa. La Suprema Corte, en dictamen indigno del asunto, confirma la sentencia de muerte. ¿Qué sucede entonces, sea remordimiento o miedo, que Chicago pide elemencia con el mismo ardor con que pidió antes castigo: que los gremios obreros de la república envían al fin a Chicago sus representantes para que intercedan por los culpables de haber amado la causa obrera con exceso; que iguala el clamor de odio de la nación al impulso de piedad de los que asistieron, desde la crueldad que lo provocó al crimen?

[...]

El día sorprendió a Engel hablando entre sus guardas, con la palabra voluble del condenado a muerte, sobre lancees curiosos de su vida de conspirador; a Spies, fortalecido por el largo sueño; a Fischer, vistiéndose sin prisa las ropas que se quitó al empezar la noche, para descansar mejor; a Parsons, cuyos labios se mueven sin cesar, saltando sobre sus vestidos, después de un corto sueño histérico.

“¡Oh, Fischer, cómo puedes estar tan sereno, cuando el alcaide que ha de dar la señal de tu muerte, rojo por no llorar, pasea como una fiera la alcaidía!”—“Porque”—responde Fischer, clavando una mano sobre el brazo trémulo del guarda y mirándole de lleno en los ojos,—“creo que mi muerte ayudará a la causa con que me desposé desde que comencé mi vida, y amo yo más que a mi vida misma, la causa del trabajador,—iy porque mi sentencia es parcial, ilegal e injusta!” “¡Pero, Engel, ahora que son las ocho de la mañana, cuando ya sólo te faltan dos horas para morir, cuando en la bondad de las caras, en el afecto de los saludos, en los maullidos lúgubres del gato, en el rastreo de las voces, y los pies, están leyendo que la sangre se te hiela, cómo no tiembles, Engel!”—“¿Temblar porque me han vencido aquellos a quienes hubiera querido yo vencer? Este mundo no me parece justo; y yo he batallado, y batallo ahora con morir, para crear un mundo justo. ¿Qué me importa que mi muerte sea un asesinato judicial? ¿Cabe en un hombre que ha abrazado una causa tan gloriosa como la nuestra desear vivir cuando puede morir por ella? ¡No: alcaide, no quiero drogas: quiero vino de Oporto!” Y uno sobre otro se bebe tres vasos... Spies, con las piernas cruzadas, como cuando pintaba para el “Arbeiter Zeitung” el universo dichoso, color de llama y hueso, que sucedería a esta civilización de esbirros y mastines, escribe largas cartas, las lee con calma, las pone lentamente en sus sobres, y una u otra vez deja descansar la pluma, para echar al aire, reclinado en su silla, como los estudiantes alemanes, bocanadas y aros de humo: ¡oh, patria, raíz de la vida, que aun a los que te niegan por el amor

más vasto a la humanidad, acudes y confortas, como aire y como luz, por mil medios sutiles! "Sí, alcaide, dice Spies, beberé un vaso de vino del Rhin!"... Fischer, Fischer alemán, cuando el silencio comenzó a ser angustioso, en aquel instante en que en las ejecuciones como en los banquetes callan a la vez, como ante solemne aparición, los concurrentes todos, prorrumpió, iluminada la faz por venturosa sonrisa, en las estrofas de "La Marsellesa" que cantó con la cara vuelta al cielo... Parsons a grandes pasos mide el cuarto: tiene delante un auditorio enorme, un auditorio de ángeles que surgen resplandecientes de la bruma, y le ofrecen, para que como astro purificante cruce el mundo, la capa de fuego del profeta Elías: tiende las manos, como para recibir el don, vuélvese hacia la reja, como para enseñar a los matadores su triunfo: gesticula, argumenta, sacude el puño alzado, y la palabra alborotada al dar contra los labios se le extingue, como en la arena movediza se confunden y perecen las olas.

[...]

Una seña, un ruido, la trampa cede, los cuatro cuerpos caen a la vez en el aire, dando vueltas y chocando. Parsons ha muerto al caer, gira de prisa, y cesa: Fischer se balancea, retiembla, quiere zafar del nudo el cuello entero, estira y encoge las piernas, muere: Engel se mece en su sayón flotante, le sube y baja el pecho como la marejada, y se ahoga: Spies, en danza espantable, cuelga girando como un saco de muecas, se encorva, se alza de lado, se da en la frente con las rodillas, sube una pierna, extiende las dos, sacude los brazos, tamborinea; y al fin expira, rota la nuca hacia adelante, saludando con la cabeza a los espectadores.

Y dos días después, dos días de escenas terribles en las casas, de desfile constante de amigos llorosos, ante los cadáveres amarrotados, de señales de duelo colgadas en puertas miles bajo una flor de seda roja, de muchedumbres reunidas con respeto para poner a los pies de los ataúdes rosas y guirnaldas, Chicago asombrado vio pasar tras las músicas fúnebres, a que precedía un soldado loco agitando como desafío un

pabellón americano, el ataúd de Spies, oculto bajo las coronas; el de Parsons, negro, con catorce artesanos atrás que cargaban presentes simbólicos de flores; el de Fischer, ornado con guirnalda colosal de lirio y clavellinas; los de Engel y Lingg, envueltos en banderas rojas,—y los carruajes de las viudas, recatadas hasta los pies por velos de luto,—y sociedades, gremios, *vereins*, orfeones, diputaciones, trescientas mujeres en masa, con crespón al brazo, seis mil obreros tristes y descubiertos que llevaban al pecho la rosa encarnada.

Y cuando desde el montículo del cementerio, rodeado de veinticinco mil almas amigas, bajo el cielo sin sol que allí corona estériles llanuras, habló el capitán Black, el pálido defensor vestido de negro, con la mano tendida sobre los cadáveres:—“¿Qué es la verdad,—decía, en tal silencio que se oyó gemir a las mujeres dolientes y al concurso,—¿qué es la verdad que desde que el de Nazareth la trajo al mundo no la conoce el hombre hasta que con sus brazos la levanta y la paga con la muerte? ¡Estos no son felones abominables, sedientos de desorden, sangre y violencia, sino hombres que quisieron la paz, y corazones llenos de ternura, amados por cuantos los conocieron y vieron de cerca el poder y la gloria de sus vidas: su anarquía era el reinado del orden sin la fuerza: su sueño, un mundo nuevo sin miseria y sin esclavitud; su dolor, el de creer que el egoísmo no cederá nunca por la paz a la justicia: ¡oh cruz de Nazareth, que en estos cadáveres se ha llamado cadalso!”

[...]

[...] Y decía el “*Arbeiter Zeitung*” de la noche, que al entrar en la ciudad recibió el gentío ávido: “¡Hemos perdido una batalla, amigos infelices, pero veremos al fin el mundo ordenado conforme a la justicia: seamos sagaces como las serpientes, e inofensivos como las palomas!”

[“Un drama terrible” (fragmentos), *La Nación*, Buenos Aires, 1ro. de enero de 1888, en *OC*, t. 11, pp. 333-339, 342-344, 346-349, 353-356.]

Otros imperios, iguales objetivos

[Los que ansían apoderarse de Venezuela]

[...] Curazao vive de la sal que produce la isla y del contrabando con Venezuela. La isla es árida cual una cabeza calva. Los árboles, pequeños como los de Navidad, no tienen más que espinas. Todo cuanto allí se come viene de fuera. Como carne, sólo hay carneros débiles y lastimeros, lo que desespera a los alemanes, esos grandes comedores de carne cruda, que abundan en Curazao, y en toda la América, y entre los cuales hasta los hay que sueñan con la conquista de Venezuela,—y es curioso el oírles decir: “Estos países deben de ser nuestros, porque los necesitamos. No hay más que tomar a la Guaira, a Puerto Cabello, a Maracaibo.” Cierto que sí, y eso es lo que Mr. Bismarck enseña: “no hay más que tomar”. Pero se olvidan de que un sarcófago vacío espera a los visitantes: el de Maximiliano.

[“Un viaje a Venezuela” (fragmento), [1881 ó 1882], en OC, t. 19, p. 157.]

[El colonialismo contra África]

[*Pueblos insurrectos*]

Grandes refuerzos van a Túnez. Batallones y baterías se embarcan sin intervalo. El bey ha perdido toda autoridad sobre sus tribus y soldados. Los europeos no osan moverse de los pueblos de la costa. La fiebre tala el campamento. Los árabes sumisos se presentan al bey para que los ampare

de los árabes insurrectos que los fuerzan por el fuego y por la muerte, a alistarse en sus filas. El general Correard está cercado en Hammam-Lif. El general Cordonieu, escaso de tropas y pertrechos, ha abandonado a Méchéria. En Argel se ha arrestado a cinco caídos, cómplices del esforzado Bou-Amens, y descubierto depósitos de pólvora. El general Logerot anuncia su renuncia si no se le envían 20,000 hombres más. En tanto que los explotadores franceses, confiados en el éxito, compran a bajos precios tierras y edificios, los árabes los venden a toda prisa, y no arriendan haciendas, como es su uso. Susa, ocupada por los franceses, proveerá al ejército que va a ocupar el revuelto Kairouan, adonde el bey, de cuya lealtad se duda grandemente en Francia, ha enviado un emisario para recabar la paz de los rebeldes. Estos, en respuesta, cortan el acueducto entre Zagouhan y Túnez, que prevé terrible sed, y ya se queja de falta de agua. Francia vuelve los ojos como ganosa de su ayuda a Trípoli, donde desembarcan tropas turcas. En Zagouhan arrecian los combates. La insurrección, como la zorra de la cola encendida en los campos filisteos, abrasa todo el país. Francia, que acusa de deslealtad a Mustafá, el ministro del bey, ha pedido y logrado de éste su remoción. El gobierno de Argel, para hacer más estrecha la relación con Francia, ha sido reducido a una prefectura: a la par que se llama en Rusia al general Chanzy, prudente gobernador de Argel un tiempo, se designa al general Galliffet como el nuevo gobernador probable, y se oye el informe del ministro de Francia en Túnez, que asegura que Francia debe enviar a Túnez 120,000 hombres. En suma, el bey no puede desear, ni podría realizar, la derrota de los árabes rebeldes; Turquía, a la callada los alienta; Argel amenaza unirse a la rebelión; la rebelión ocupa toda la comarca tunecina; los rebeldes se muestran fieros, activos y terribles, y dispuestos a toda clase de guerra; el Ministro de Guerra de Francia cree que, en tanto que las tropas se defienden de los insurrectos que los atacan, no ha de empeñarse la guerra hasta octubre, porque entonces se verá el ejército libre de

epidemias, ni ha de aspirarse más que a tener las costas como hoy, ocupadas y defendidas por buques de guerra y por torpedos. Egipto contra Inglaterra; Túnez contra Francia; Argel complicado en la revuelta; Turquía azuzando a los tunecinos, y enviando tropas a Trípoli... ¿son éstos por ventura hechos casuales?

[“Noticias de Francia” (fragmento), *La Opinión Nacional*, Caracas, 3 de octubre de 1881, en *OC*, t. 14, p. 80.]

[*África contra el colonialismo*]

No es una simple noticia extranjera, sino un grave suceso que mueve a Europa, estremece a África, y encierra interés grandísimo para los que quieren darse cuenta del movimiento humano,—la última revuelta del Egipto, totalmente vencedora, militar y concreta en apariencia, y en realidad social y religiosa.

Uno es el problema, dicho brevemente: se tiende a una gran liga musulímica, y a la supresión del poder europeo en la tierra árabe. Arranca de Constantinopla, invade el Istmo, llena a Trípoli y agita a Túnez la ola mahometana, detenida, no evaporada, al fin de la Edad Media.

Inglaterra y Francia tienen vencido a Egipto: sus representantes manejan, por acuerdo con el jedive, y en representación y garantía de los tenedores de bonos egipcios en Europa, la desmayada hacienda egipcia. A los contratos fraudulentos, para la tierra del *felá* ruinosos y para Europa muy beneficiosos, ajustados en el tiempo infausto del jedive Ismail, seguía una esclavitud poco disimulada, en todo acto nacional asentida y servida por Riasz Pachá, el primer ministro del actual jedive.

De súbito estalla un formidable movimiento con ocasión de una orden de cambio de residencia de un regimiento, expedida precisamente para evitar el motín que se entreveía. El motín ha triunfado: el ministerio llamado europeo ha desaparecido: el primer ministro deseado por el ejército ha reemplazado al primer ministro expulsado. La victoria ha sido rápida, imponente y absoluta para el partido nacional.

Este partido representado por la milicia de Egipto, y triunfador en toda tentativa, acepta sumiso toda ley que de Turquía le venga; mas resiste, como si agitara a quince mil pechos un sentimiento mismo, todo desembarque de tropas cristianas, toda intervención europea; y principalmente, toda intervención inglesa. Aunque se les debía paga de 20 meses, no se han alzado por paga. Aunque aman a su jedive, se han levantado contra él, y obrado y hablado como aquellos nobles de Aragón, que valían uno a uno tanto como el rey, y todos juntos más que el rey.

Fue el motín como invasión de mar. Lo encabezó un robusto coronel, dotado de condiciones populares, lleno del espíritu egipcio, musulmico e independiente; hecho al manejo de las armas y a la existencia de los campamentos: Achmet Arabi Bajá.

[...]

A Chérif Pachá querían los amotinados por su primer ministro; y Chérif Pachá es ministro. Él ha evitado el conflicto, prologándolo primero, para dar tiempo a una reunión de notables que legalizara su promoción; y lo ha resuelto, aceptando por fin el nombramiento del jedive. Es hombre grave, penetrado de la necesidad de costear hábilmente entre los abismos que al Egipto abre la tradición francesa, que tiende a la posesión por Francia del África del Mediterráneo, y la avaricia inglesa, que quiere el Istmo de Suez, como la llave de su dominio en la India Asiática; pero a la par que convencido de la urgencia de salvarse de estos peligros, Chérif permanece completamente fiel a los propósitos de Mehemet Alí, que quiso un Egipto libre, independiente de toda influencia, respetado y poderoso.

[...]

Presiéntese el acercamiento de la magna lucha entre el afán conquistador de los poderes europeos y el indómito anhelo de independencia de las comarcas africanas. En otro tiempo fue de Francia el ansia vivísima de poseer el Egipto, en tiempos de avaricia, deslumbramiento y gloria militar. Las reminiscencias de aquella política, la posibilidad vaga

de regir definitivamente en Túnez, y los intereses que ha creado el Canal de Suez, apegan aún a Francia a aquella tierra de sus sueños, en que cegaron y murieron, bajo el más atrevido de sus hijos, sus bravos y aguerridos veteranos.

Mas el capital y absorbente interés napoleónico se ha desvanecido a la par que ha cobrado fortaleza el interés de Inglaterra, que estima con justicia indispensable a su desafiado poderío en Asia la posesión del Canal, y los países por que cruza.

A la expulsión de los poderes de Europa; al establecimiento de un poder independiente que tendría en sus manos la riqueza inglesa y contendría las conquistas francesas en África; al desconocimiento probable de la fabulosa deuda europea, fuente hoy de pingües beneficios para los grandes banqueros de Inglaterra;—tiende con brío y sin máscara el partido nacional rebelde. Desconoce el derecho de intervención de Francia o Inglaterra. De aquí el riesgo de esta última, la alarma grave, la universal curiosidad, la animadísima batalla librada por la prensa.

Corren vientos contrarios a intervenciones y guerras, por urgentes que éstas parezcan. Como Egipto vive bajo el protectorado de Turquía, quiere Inglaterra, para ganar la batalla sin exponer sus soldados ni agobiar su tesoro, que Turquía comprima la revuelta. Francia, a quien urge su restablecimiento interior, ni permitiría la preponderancia inglesa en Egipto, ni desistiría el dominio de que hoy es copartícipe; pero favorece la ocupación turca por la misma necesidad de sosiego y ahorro que determina la conducta de Inglaterra. Turquía, por otra parte, lisonjeada por la resuelta acometida y patriótica rebeldía del partido nacional de Egipto, no comprimirá o comprimirá ficticiamente a aquellos que si fueron un día sus enemigos en querellas domésticas, se le acercan y la eligen como madre en la gran resurrección mahometana que en las tierras de cielo de oro y mares de turquesa se proyecta.

Agravará, pues, para lo porvenir la situación europea esta solución meramente temporal y transitoria. El problema

es vital y severo: para Egipto, airoso y rebelde como sus coreces, problema de vida; para Inglaterra, cuya existencia pende de la de sus colonias, de que es hoy Egipto como arteria aorta, capital problema. Ni Inglaterra puede cejar; ni quiere cejar Egipto. El partido nacional impaciente y robusto, presenta la batalla, que Inglaterra, no preparada y sorprendida rehúsa y demora. Envalentonado con este temor, y su victoria de ayer, y el espíritu general de la comarca arábica, y el tácito aplauso de Turquía, el partido nacional provocará con más aliento el combate por las mismas razones por que Inglaterra lo esquiva. O ésta resigna su poder en Asia, o interviene con poderoso ejército, en acuerdo con Francia, que no ha de querer dejarle todos sus derechos, y ahogan juntos con esfuerzo eruento la tentativa de nacionalidad de aquel país bello y mísero, condenado a perpetuo pupilaje.

Así queda el problema: el ancla británica quiere clavarse en los ijares del caballo egipcio: el Corán va a librar batalla al Libro Mayor: el espíritu de comercio intenta ahogar el espíritu de independencia: el hijo generoso del desierto muerde el látigo y quiebra la mano del hijo egoísta del Viejo Continente.

[“Cartas de Nueva York expresamente escritas para *La Opinión Nacional*” (fragmentos), Caracas, 10 de octubre de 1881, en *OC*, t. 14, pp. 113-117.]

[“Civilización” contra “barbarie”]

Otro joven bachiller asalta la tribuna y lee... ¿pero qué lee que todos lo aplauden? Pues nada menos que un estudio en que se defiende el derecho y capacidad de los egipcios para gobernar su propia tierra, y se acusa de mera máscara de la ambición inglesa ese pretexto indecoroso con que, como el boa a la paloma, viene desde hace años enroseándose sobre el Egipto; el pretexto de que unos ambiciosos que saben latín tienen derecho natural de robar su tierra a unos africanos que hablan árabe; el pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre

europeo, tiene derecho natural de apoderarse de la tierra ajena perteneciente a la barbarie, que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea: como si cabeza por cabeza, y corazón por corazón, valiera más un estrujador de irlandeses o un cañoneador de cipayos, que uno de esos prudentes, amorosos y desinteresados árabes que sin escarmentar por la derrota o amilanarse ante el número, defienden la tierra patria, con la esperanza en Alá, en cada mano una lanza y una pistola entre los dientes.

[“Una distribución de diplomas en un colegio de los Estados Unidos” (fragmento), *La América*, Nueva York, junio de 1884, en *OC*, t. 8, p. 442.]

[Junto a los que luchan]

Jamás cede una raza oprimida, jamás cede el pueblo a quien le ocupa el extranjero la tierra amada con huesos de sus hijos. El Riff ha vuelto a guerra contra España, y España vivirá en guerra con el Riff hasta que le desaloje su país sagrado.

[...]

Bañar en sangre un pueblo, o deshonrarlo con el vicio, no es justo título para poseer, ni en el Riff ni en Cuba. Allá está la guerra. Sea el triunfo de quien es la justicia.

[...]

Reñido decíamos que puede ser el triunfo: porque en los rifeños no arde sólo ahora el agravio de ver profanada con un reducto español la tierra de su cementerio, ni la venganza por la guerra que tuvo su cantor en aquel Alarcón que aborreció tanto a América, ni el indómito afán de ver libre dé extraños inútiles su peñaseco; sino que por toda la gente mora, y por el Norte todo africano, eunde, más briosa a cada nuevo ímpetu, la idea, sólo para los privilegiados y cobardes apagada, de ligarse, con su fe a la cabeza, contra los pueblos que, del brazo de sus falsos señores,—de los afrancesados e imperialistas y olanos de la morería,—se dividen y reparten, sobre el cadáver de la raza, las tierras donde de siglos atrás se vienen afinando su belleza y bravura. Es la nación lo que está detrás del Riff, y

la fe, y la raza. Lo del Riff no es cosa sola, sino escaramuza del cambio y reajuste en que parece haber entrado el mundo. Seamos moros: así como si la justicia estuviera del lado del español, nosotros, que moriremos tal vez a manos de España, seríamos españoles. ¡Pero seamos moros!

[...]

Y el Riff, que pelee: sea cada pueblo de sus amos naturales, y de los que le sirvan con utilidad y amor.

["Los moros en España" (fragmentos), *Patria*, 31 de octubre de 1893, en *OC*, t. 5, pp. 333-335.]

Árabe

Sin pompa falsa ¡oh árabe! saludo
Tu libertad, tu tienda y tu caballo.
Como se ven desde la mar las cumbres
De la tierra, tal miro en mi memoria
Mis instantes felices: sólo han sido
Aquéllos en que, a solas, a caballo
Vi el alba, salvé el riesgo, anduve el monte,
Y al volver, como tú, fiero y dichoso
Solté las bridas, y apuré sediento
Una escudilla de fragantes leche.

["Árabe" (fragmento), *Versos Libres*, en *PCEC*, t. 1, p. 123.]

[Viet Nam lucha por su independencia]

También, y tanto como los más bravos, pelearon, y volverán a pelear, los pobres anamitas, los que viven de pescado y arroz y se visten de seda, allá lejos, en Asia, por la orilla del mar, debajo de China.

[...]

"[...] cuando los franceses nos han venido a quitar nuestro Hanoi, nuestro Hue, nuestras ciudades de palacios de madera, nuestros puertos llenos de casas de bambú y de barcos de junco, nuestros almacenes de pescado y arroz, todavía, con estos ojos de almendra, hemos sabido morir, miles

sobre miles, para cerrarles el camino. Ahora son nuestros amos; pero mañana ¡quién sabe!”

[...]

A los pueblos pequeños les cuesta mucho trabajo vivir. El pueblo anamita se ha estado siempre defendiendo. Los vecinos fuertes, el chino y el siamés, lo han querido conquistar. Para defenderse del siamés, entró en amistades con el chino, que le dijo muchos amores, y lo recibió con procesiones y fuegos y fiestas en los ríos, y le llamó “querido hermano”. Pero luego que entró en la tierra de Anam, lo quiso mandar como dueño, hace como dos mil años: ¡y dos mil años hace que los anamitas se están defendiendo de los chinos! Y con los franceses les sucedió así también, porque con esos modos de mando que tienen los reyes no llegan nunca los pueblos a crecer, y más allá, que es como en China, donde dicen que el rey es hijo del cielo, y creen pecado mirarlo cara a cara, aunque los reyes saben que son hombres como los demás, y pelean unos contra otros para tener más pueblos y riquezas: y los hombres mueren sin saber por qué, defendiendo a un rey o a otro. En una de esas peleas de reyes andaba por Anam un obispo francés, que hizo creer al rey vencido que Luis XVI de Francia le daría con qué pelear contra el que le quitó el mando al de Anam: y el obispo se fue a Francia con el hijo del rey, y luego vino solo, porque con la revolución que había en París no lo podía Luis XVI ayudar; juntó a los franceses que había por la India de Asia: entró en Anam; quitó el poder al rey nuevo; puso al rey de antes a mandar. Pero quien mandaba de veras eran los franceses, que querían para ellos todo lo del país, y quitaban lo de Anam para poner lo suyo, hasta que Anam vio que aquel amigo de afuera era peligroso, y valía más estar sin el amigo, y lo echó de una pelea de la tierra, que todavía sabía pelear: sólo que los franceses vinieron luego con mucha fuerza, y con cañones en sus barcos de combate, y el anamita no se pudo defender en el mar con sus barcos de junco, que no tenían cañones; ni pudo mantener sus ciudades, porque con lanzas

no se puede pelear contra balas; y por Saigón, que fue por donde entró el francés, hay poca piedra con que fabricar murallas; ni estaba el anamita acostumbrado a ese otro modo de pelear, sino a sus guerras de hombre a hombre, con espada y lanza, pecho a pecho los hombres y los caballos. Pueblo a pueblo se ha estado defendiendo un siglo entero del francés, huyéndole unas veces, otras cayéndole encima, con todo el empuje de los caballos, y despedazándole el ejército: China le mandó sus jinetes de pelea, porque tampoco quieren los chinos al extranjero en su tierra, y echarlo de Anam era como echarlo de China: pero el francés es de otro mundo, que sabe más de guerras y de modos de matar; y pueblo a pueblo, con la sangre a la cintura, le ha ido quitando el país los anamitas.

[...]

De la pagoda salen callados, con la cabeza baja, con las manos en los bolsillos de la blusa azul. Y si un francés les pregunta algo en el camino, le dicen en su lengua: "No sé". Y si un anamita les habla de algo en secreto, le dicen: "¡Quién sabe!"

[“Un paseo por la tierra de los anamitas” (fragmentos), *La Edad de Oro*, no. 4, octubre de 1889, en *OC*, t. 18, pp. 460, 462-463 y 470.]

TÁCTICA Y ESTRATEGIA
REVOLUCIONARIAS

Unidad: Principio estratégico esencial

[Unidad]

[...] Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros; isino si sirven a la patria con aquel filial gusto, con aquella sabia indulgencia, con aquel dominio de las antipatías señoriales, con aquel acatamiento del derecho del hombre ineducado a errar, con aquel estudio de los componentes del país y el modo de allegarlos en vez de dividirlos [...!] Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros; sino si comprendiendo a tiempo el carácter fogoso y enérgico que el padecimiento bajo la tiranía, el destierro en países de república y su natural apasionado de la libertad han creado en el cubano, disponen la patria para acomodarla a él, en vez de amenguarla con planes de mando exclusivos, o con soberbias de grupo alucinado, o con esperanzas cobardes de ayudas extrañas,—peligrosas e imposibles.

[“Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1886, en Masonic Temple, Nueva York” (fragmento), 10 de octubre de 1887, en OC, t. 4, pp. 219-220.]

[Opinión colectiva]

Yo no creo que en aquello que a todos interesa, y es propiedad de todos, debe intentar prevalecer, ni en lo privado siquiera, la opinión de un solo hombre.

[“Carta a Serafín Bello” (fragmento), Nueva York, 9 de noviembre de 1887, en OC, t. 1, p. 208.]

[Los de ayer y los de hoy]

A todos los que amamos de veras a nuestro país nos ha de confundir, y nos confunde, un mismo abrazo; y el mayor de los criminales sería ahora en Cuba, quien pretendiese, con el encono de la preocupación o el disimulo de la intriga, prescindir de uno solo de los elementos que la historia de ayer, llena de sobrevivientes ilustres, y la historia de mañana, llena de compañeros desconocidos, pueden allegar para la creación en nuestra tierra de un pueblo feliz y libre.

[“Carta a Fernando Figueredo” (fragmento), Nueva York, 9 de febrero de 1892, en OC, t. 1, p. 303.]

[Fundir voluntades y empeños]

Los partidos suelen nacer, en momentos propicios, ya de una mesa de medias voluntades, aprovechada por un astuto aventurero, ya de un cónclave de intereses más arrastrados y regañones que espontáneos y unánimes, ya de un pecho encendido que inflama en pasión volátil a un gentío apagadizo, ya de la terca ambición de un hombre hecho a la lisonja y complicidad por donde se asegura el mando. Puede ser un partido mera hoja de papel, que la fe escribe, y con sus manos invisibles borra el desamor. Puede ser la obra ardiente y precipitada de un veedor que en el ansia confusa del peligro patrio, congrega las huestes juradas, en su corazón flojo, al estéril cansancio. Pero el Partido Revolucionario Cubano, nacido con responsabilidades sumas en los instantes de descomposición del país, no surgió de la vehemencia pasajera, ni del deseo vociferador e incapaz, ni de la ambición temible; sino del empuje de un pueblo aleccionado, que por el mismo Partido proclama, antes de la república, su redención de los vicios que afean al nacer la vida republicana. Nació uno, de todas partes a la vez. Y erraría, de afuera o de adentro, quien lo creyese extinguido o deleznable. Lo que un grupo ambiciona, cae. Perdura, lo que un pueblo quiere. El Partido Revolucionario Cubano, es el pueblo cubano.

[...]

La fuerza de esta labor se había de ver cuando convergiesen la angustia desordenada de la Isla, y la capacidad de la emigración de ordenarse para salvarla. Si al desmoronarse, como valla floja que es, la política de represa, no tenía el agua rota cauce por donde echar la nueva pujanza, vana habría sido la labor sutil, por pobreza incurable de los materiales de trabajo, o por desidia o incapacidad de los trabajadores. Si al asomar el peligro, se erguían las emigraciones a arrostrarlo, si se erguían confiadas y fuertes, la labor no había sido vana.

¡Y en un día se irguieron sin más mando ni voz que los de su espíritu unificado! Unos hoy, y otros enseguida, y otros a la vez, disputándose todos la primacía del entusiasmo, proclaman, con aquel fuego que sólo arde cuando se va a vencer, su determinación de ir, detrás de la persona de la libertad, a la guerra sin odio por donde se ha de conseguir la república laboriosa y justiciera; proclaman, ante el pabellón que cobija en sus pliegues al maestro de la idea y al héroe de la batalla, su poder de fundir la voluntad y el corazón en el empeño de poner en la vida cuanto aspira en vano en ella a la paz, al decoro y al trabajo. No con el ceño del conquistador proclama la guerra, sino con los brazos abiertos para sus hermanos. Así, de la obra de doce años callada e incesante, salió, saneado por las pruebas, el Partido Revolucionario Cubano.

Él es, de espontáneo nacimiento, la grande obra pública. Él es, sin más mano personal que la que echa el hierro hirviendo al molde, la revelación de cuanto tiene de sagaz y generosa el alma cubana. Él es, sin el indecoro de la solicitud ni los repartos de la intriga, la unión visible y conmovedora de cuantos han aprendido a depurar sus pasiones en el amor piadoso de la libertad. Él es la prueba magnífica de que, al mover al sacrificio útil a la patria que en el sacrificio inútil perece, ni desconoce ni permite el cubano previsor aquellos peligros por donde la pasión de los nombres o de las personas conturba o desangra las repúblicas nacientes. Él es el ímpetu tierno, de heroico amor, por donde los corazones abrasados, bajo la guía de la mente fuerte y justa, vuelven, con la lección sabida, a los días de aurora de nuestra

redención. Él es el fruto visible de la prudencia y justicia de la labor de doce años. Y salvará, si se conforma en sus métodos a sus orígenes y fines, y se pone entero y con cuanto es en su acción: sólo perecerá, y dejará de salvar, si tuere o reduce su sublime espíritu.

[“El Partido Revolucionario Cubano” (fragmentos), *Patria*, 3 de abril de 1892, en *OC*, t. 1, pp. 366 y 368-369.]

[¿Qué he yo de hacer?]

¿Qué he yo de hacer?

Une! prepara! espera!

Une al negro y al blanco, une al nacido

Más allá de la mar con los de acá:—

Y si es preciso, muere: no, no vendas,

Nadie venda su patria al extranjero.

Barre a los tercios con tu desdén [p.i.]

Y si el desdén no barre, de todos modos, bárrelos!—

[“(¿Qué he yo de hacer?)” (fragmento), en *PCEC*, t. 1, p. 206.]

[“Unidad de pensamiento”]

La unidad de pensamiento, que de ningún modo quiere decir la servidumbre de la opinión, es sin duda condición indispensable del éxito de todo programa político, y de toda especie de empresas, principalmente de aquellas que por la fuerza, la novedad y la oportunidad del pensamiento se acercan más al éxito que cuando iban sin otro rumbo que el de la pasión o el deseo desordenado, que más perturban que serenar los ánimos y alejan que acercan, en un país harto probado y harto razonador para lanzarse a tentativas oscuras que no satisfagan su juicio. El deseo de independencia sobró siempre en nosotros, y el corazón para conquistarla: falta sólo la confianza en los medios nuevos que se habían de emplear, puesto que del empleo de los antiguos nacieron miedos y peligros graves, siempre menores que la grandeza que habrá de sofocarlos: falta sólo la confianza en el pensamiento de la guerra, en el plan esencial y final de la revolución. Abrir al desorden el pensamiento del Partido Revolucionario

Cubano sería tan funesto como reducir su pensamiento a una unanimidad imposible en un pueblo compuesto de distintos factores, y en la misma naturaleza humana. Si por su pensamiento, y por su acción basada en él, ha de ser eficaz y gloriosísima la campaña del Partido Revolucionario Cubano, es indispensable que, sean cualesquiera las diferencias de fervor o aspiración social, no se vea contradicción alguna, ni reserva enconosa, ni parcialidades mezquinas, ni arrepentimiento de generosidad, en el pensamiento del Partido Revolucionario. El pensamiento se ha de ver en las obras. El hombre ha de escribir con las obras. El hombre sólo cree en las obras. Si inspiramos hoy fe, es porque hacemos todo lo que decimos. Si nuestro poder nuevo y fuerte está en nuestra inesperada unión, nos quitaríamos voluntariamente el poder si le quitásemos a nuestro pensamiento su unidad.

[“Generoso deseo” (fragmento), *Patria*, 30 de abril de 1892, en *OC*, t. 1, p. 424.]

[La palabra justa vence]

¿Qué dijera yo de aquel
De opinión diversa, si
Me llamara vil a mí
Por no opinar como él?

Quiero a Cuba amante y una;
Quiero juntar y vencer
¿Y empiezo por ofender
Al que ha nacido en mi cuna?

No hiero al mismo español,
De quien la sangre heredé
¿Y fratricida, heriré
A mi hermano en pena y sol?

A mis hermanos en pena
No los he de llamar viles:

Los viles son los reptiles
Que viven de fama ajena.

Todo esto es muy simple, todo
Es que nos daban por muertos
El Diez, y al vernos despiertos
Cierran el paso con lodo.

¡Pero quisiera ver yo
Frente a frente al zascandil
Que dice que llamo vil
A mi hermano, y que me oyó!

Donde no nos puedan ver
Diré a mi hermano sincero:
“¿Quieres en lecho extranjero?
A tu patria, a tu mujer?”

Pero enfrente del tirano
Y del extranjero enfrente,
Al que lo injurie: “¡Detente!”
Le he de gritar: “¡es mi hermano!”

En la patria de mi amor
Quisiera yo ver nacer
El pueblo que puede ser,
Sin odios y sin color.

Quisiera, en el juego franco
Del pensamiento sin tasa,
Ver fabricando la casa
Rico y pobre, negro y blanco.

Y cuando todas las manos
Son pocas para el afán,
¡Oh patria! las usarán
En herirse los hermanos!

Algo en el alma decide,
En su cólera indignada,
Que es más vil que el que degrada
A un pueblo, el que lo divide.

¿Quién, con injurias, convence?
¿Quién, con epítetos, labra?
Vence el amor. La palabra
Sólo cuando justa, vence.

Si es uno el honor, los modos
Varios se habrán de juntar:
¡Con todos se ha de fundar,
Para el bienestar de todos!

[“(A Néstor Ponce de León)” (fragmento), *Cartas rimadas*, en *PCEG*,
t. II, pp. 267-268.]

Plan contra plan

[Aplazar no es decidir]

Debe hacerse en cada momento, lo que en cada momento es necesario. No debe perderse el tiempo en intentar lo que hay fundamento harto para creer que no ha de ser logrado. Aplazar no es nunca decidir,—sobre todo cuando ya, ni palpitan-tes memorias, ni laboriosos rencores, ni materiales y cereanas catástrofes, permiten nuevo plazo. Adivinar es un deber de los que pretenden dirigir. Para ir delante de los demás, se necesita ver más que ellos.

[“Lectura en la reunión de emigrados cubanos, en Steck Hall, Nueva York, 24 de enero de 1880” (fragmento), en *OC*, t. 4, p. 193.]

[Revolución de la reflexión]

Esta no es la revolución de la cólera. Es la revolución de la reflexión.—Es la única forma, es la única vía por que podemos llegar tan pronto como nuestras necesidades imperiosas quieren, a la realización de nuestros brillantes y enérgicos destinos.

[*Cuaderno de apuntes no. 3* (fragmento), (posiblemente de 1880), en *OC*, t. 21, p. 107.]

[Revolución sin odios]

Pero esta falta de odio, no nos quitará energía. Clementes en medio de la adversidad; pero ni una línea atrás de n/ absoluto derecho; y fieros, ciegos, si es menester en la hora de combate.

Ni odio contra los que no piensan como nosotros. Cualidad mezquina, fatal en las masas, y raquíica e increíble en verdaderos hombres de Estado, ésta de no conocer a tiempo y constantemente la obra e intención de los que con buen espíritu se diferencian en métodos de ellos!

la emigración, compuesta generalmente de los q. aquilando el justo honor de tanta escena de sangre e injusticia con la natural bondad del país y la justicia racional q. viene de vivir un pueblo libre en sus luchas y roces, han sabido perpetuar el amor y domar el odio.

El político debe trabajar para lo futuro.

[“Odio” (fragmento, sin fecha), en *OC*, t. 22, p. 58.]

[“Convertir los reveses en fortuna”]

[...] Los hombres políticos de estos tiempos han de tener dos épocas: la una, de derrumbe valeroso de lo innecesario; la otra, de elaboración paciente de la sociedad futura con los residuos del derrumbe. El conservador ha de completar siempre al liberal, sin el cual será un mal liberal; mas ha de conservar no las esperanzas de los vencidos, sino las libertades conquistadas. Así como el hombre no tiene en su magnífica carrera más obstáculos que el hombre, así el único obstáculo de la libertad es ella misma.

[...]

Las pequeñas contrariedades que anonadan a los hombres secundarios u ocasionales, descubren y sacan a empleo nuevas formas en los hombres dotados de una superioridad real y trascendente. La política es el arte de inventar un recurso a cada nuevo recurso de los contrarios, de convertir los reveses en fortuna; de adecuarse al momento presente, sin que la adecuación cueste el sacrificio, o la merma importante del ideal que se persigue; de cejar para tomar empuje; de caer sobre el enemigo, antes de que tenga sus ejércitos en fila, y su batalla preparada.

[“Noticias de Francia” (fragmentos), *La Opinión Nacional*, Caracas, 17 de septiembre de 1881, en *OC*, t. 14, pp. 59-60.]

[Conocer los objetivos]

[...] La independencia de un pueblo consiste en el respeto que los poderes públicos demuestren a cada uno de sus hijos. En la hora de la victoria sólo fructifican las semillas que se siembran en la hora de la guerra. Un pueblo, antes de ser llamado a guerra, tiene que saber tras de qué va, y adónde va, y qué le ha de venir después. Tan ultrajados hemos vivido los cubanos, que en mí es locura el deseo, y roca la determinación, de ver guiadas las cosas de mi tierra de manera que se respete como a persona sagrada la persona de cada cubano, y se reconozca que en las cosas del país no hay más voluntad que la que exprese el país, ni ha de pensarse en más interés que en el suyo.

[“Carta a J. A. Lucena” (fragmento), Nueva York, 9 de octubre de 1885, en *OC*, t. 1, p. 186.]

[Defensa de los derechos]

[...] Su derecho de hombres es lo que buscan los cubanos en su independencia; y la independencia se ha de buscar con alma entera de hombre. ¡Que Cuba, desolada, vuelva a nosotros los ojos! ¡Que los niños ensayan en los troncos de los caminos la fuerza de sus brazos nuevos! ¡Que las guerras estallan, cuando hay causas para ella, de la impaciencia de un valiente o de un grano de maíz! ¡Que el alma cubana se está poniendo en fila, y se ven ya, como al alba, las masas confusas! ¡Que el enemigo, menos sorprendido hoy, menos interesado, no tiene en la tierra los caudales que hubo de defender la vez pasada, ni hemos de entretenernos tanto como entonces en dimes y diretes de localidad, ni en competencias de mando, ni en envidias de pueblo, ni en esperanzas locas! ¡Que afuera tenemos el amor en el corazón, los ojos en la costa, la mano en la América, y el arma al cinto! ¿Pues quién no lee en el aire todo eso con letras de luz? Y con letras de luz se ha de leer que no busquemos, en este nuevo sacrificio, meras formas, ni la perpetuación del alma colonial en nuestra vida, con novedades de uniforme yanqui, sino la esencia y realidad de un país republicano nuestro, sin miedo canijo de unos a la expresión saludable de todas las ideas

y el empleo honrado de todas las energías,—ni de parte de otros aquel robo al hombre que consiste en pretender imperar en nombre de la libertad por violencias en que se prescinde del derecho de los demás a las garantías y los métodos de ella. Por supuesto que se nos echarán atrás los petimetres de la política, que olvidan cómo es necesario contar con lo que no se puede suprimir,—y que se pondrá a refunfuñar el patriotismo de polvos de arroz, so pretexto de que los pueblos, en el sudor de la creación, no dan siempre olor de clavellina. ¿Y qué le hemos de hacer? ¡Sin los gusanos que fabrican la tierra no podrían hacerse palacios suntuosos! En la verdad hay que entrar con la camisa al codo, como entra en la res el carnicero. Todo lo verdadero es santo, aunque no huela a clavellina. ¡Todo tiene la entraña fea y sangrienta; es fango en las artesas el oro en que el artista talla luego sus joyas maravillosas; de lo fétido de la vida saca almíbar la fruta y colores la flor; nace el hombre del dolor y la tiniebla del seno maternal, y del alarido y el desgarramiento sublime; y las fuerzas magníficas y corrientes de fuego que en el horno del sol se precipitan y confunden, no parecen de lejos a los ojos humanos sino manchas! ¡Paso a los que no tienen miedo a la luz: caridad para los que tiemblan de sus rayos!

[“Discurso en el Liceo Cubano. Tampa, 26 de noviembre de 1891” (fragmento), en *OC*, t. 4, pp. 273-274.]

[Formas democráticas de gobierno]

Ha de tenderse a una forma de gobierno en que estén representadas todas las diversidades de opinión del país en la misma relación en que están sus votos. Un consejo de gobierno, que elija, cada año, su presidente de su seno.

El Congreso: electo cada cuatro años.—

Que el pueblo elija los gobernadores; el Consejo de Gobierno corresponderá al n° de votos.—

De siete, por ejemplo, los siete q. relativamente obtengan más votos.

Que cada opinión esté representada en el gobierno.

Que la minoría estará siempre en minoría: ¡como debe estar, puesto que es la minoría!

P. no se vea obligada a ser la oposición, como es ahora, ni influir en el gobierno como enemiga obligada, y por residencia, sino de cerca, con su opinión diaria, y por derecho reconocido.

Garantía para todos. Poder para todos.—

Sobre los puestos puramente políticos.—

Inamovibles los empleos.—

[“Fragmentos 185 y 186”, en *OC*, t. 22, pp. 108-109.]

[Internacionalismo combativo]

[...] Todo hombre de justicia y honor pelea por la libertad dondequiera que la vea ofendida, porque eso es pelear por su entereza de hombre; y el que ve la libertad ofendida, y no pelea por ella, o ayuda a los que la ofenden,—no es hombre entero.

[“En casa” (fragmento), *Patria*, 16 de abril de 1892, en *OC*, t. 4, p. 391.]

[Intervención popular]

[...] Con estas Bases y Estatutos se ha querido evitar el recaer en los errores notorios y funestos de las impotentes organizaciones revolucionarias anteriores y procurar desde la raíz salvar a Cuba de los peligros de la autoridad personal y de las disensiones en que, por falta de la intervención popular y de los hábitos democráticos en su organización, cayeron las primeras repúblicas americanas.

[“Carta al presidente del club José María Heredia, de Kingston” (fragmento), Nueva York, 25 de mayo de 1892, en *OC*, t. 1, p. 458.]

[“Plan contra plan”]

[...] El ánimo pequeño lo ve todo por lo que tienen sus ojos miopes alrededor, y si una paja se le pone ante los párpados, ya cree paja el mundo, y gasta el corazón en miedo inútil. El ánimo fuerte, obedeciendo el consejo del árabe, pone la paja a un lado, y va, con los ojos en el horizonte, al fin de su camino. A un plan obedece nuestro enemigo: el de enconarnos,

dispersarnos, dividirnos, ahogarnos. Por eso obedecemos nosotros a otro plan: enseñarnos en toda nuestra altura, apretarnos, juntarnos, burlarlo, hacer por fin a nuestra patria libre. Plan contra plan. Sin plan de resistencia no se puede vencer un plan de ataque. El que arremete unido, con cuatro siglos de soberbia y experiencia atrás, ha de encontrar unido al que le quiera resistir. Es la hora de allegar todos los recursos, de poner todos los recursos en común. Aflojar la obra general con una obra parcial, eso sí fuera crimen. Aprontar fuerza a la masa, eso no es crimen. [...] La patria nos tiende los brazos. No hay más que un modo de obedecerla:—¡Juntos, y adelante!

[“Adelante, juntos”, *Patría*, Nueva York, 11 de junio de 1892, en *OC*, t. 2, pp. 15-16.]

[“Obrar conforme a la naturaleza humana”]

Aunque cerremos los ojos, y pongamos las manos, lo que está ante nuestra vista, está, y el rayo caerá sobre nuestras cabezas.—¿Y quién, dice el propietario tímido, me garantiza de que después del triunfo de la revolución, no continúe yo padeciendo bajo los revolucionarios ambiciosos o impotentes, bajo un país de abogados sin empleo y de caudillos encabezados, los mismo que padezco bajo este gobierno español de prostitución y simonía? Todo se ha de admitir, porque todo es cierto, hasta esa penosa reducción de los deberes de la vida al menor de ellos, el de conservar la riqueza material, en virtud de cuya reducción llegan los hombres a ver serenamente, con tal que no les altere el balance anual, las ofensas que ensangrientan sus propias mejillas, y la de sus propios hijos. Pero los pueblos no están hechos de los hombres como deberían ser, sino de los hombres como son. Y las revoluciones no triunfan, y los pueblos no se mejoran si aguardan a que la naturaleza humana cambie; sino que han de obrar conforme a la naturaleza humana y de batallar con los hombres como son,—o contra ellos. Pena es que la sangre no le hierva al hombre en las venas,—como hirvió la de nuestros padres,

mucho más ricos que nosotros,—cuando un dueño brutal se le sienta sobre toda la casa, y lo obliga a la perpetua cobardía de la mentira, y emplea en mantener escandalosos vicios, a la puerta de nuestros hogares arruinados, el tributo que tenemos que pagar con el alquiler de nuestra honra y la hipoteca de nuestras fincas. [...] Pena es que el hombre no salte de su asiento al ver que vive sin poder sacar la verdad a los labios, que acata y besa la mano que lo burla y que lo azota, que creen en la tiniebla y en la persecución sus hijos. Pero de ese argumento del interés se ha de tomar nota, por lo que tiene de humano, y de fuerte por tanto, y por lo que hay en él de justo. Pero no se ha de responder a él, con la arrogancia de la profecía que ofrece, por la potencia del deseo, democracias milagrosas y repúblicas de madreperla, con celajes de azul y oro; ni con la autoridad de la visión privilegiada, que descubre, en los encuentros venideros de las fuerzas generosas actuales, una firmeza, llena de vitalidad, que no es dable prever aún a los que de su estudio menos cordial y completo no pueden derivar la misma fe sensata. No se ha de responder a una duda positiva con una confianza romántica, o épedo de sentimiento, o augurio de adementado sacerdote. No se ha de alegar que tenemos un pueblo de fácil laboreo, con hijos aleccionados en la actividad por la desdicha y ansiosos y capaces de labrarlo. No se ha de decir, aunque sea cierto, que la república no puede ser ya en Cuba la lucha entre las castas ociosas y autoritarias contra el país productor e imberbe, como en otros pueblos de América, sino que la abundancia de empleos reales dará oficio a la inteligencia ambiciosa sacada de los quehaceres segundones de la vida colonial; y el hábito del voto, del examen y de la vigilancia, y el tráfico abierto de todas las regiones, evitará el mal de los caudillos. Lo que hay que decir es que, ya que vivimos en angustia continua, en inseguridad continua, en amenaza continua, valdría más, de todos modos, vivir así en nuestra casa propia, donde el cariño natural de la tierra iría remediando nuestros males, donde el producto de nuestras depredaciones posibles quedaría dentro del país y entre sus hijos, donde el súbito decoro de nuestra

vida revelaría a nuestro espíritu cultivado supremas obligaciones,—que vivir en una agonía de que sólo aprovecha el extranjero y cuyos productos no quedan en casa.

[“La guerra” (fragmento), *Patria*, 9 de julio de 1892, en *OC*, t. 2, pp. 62-63.]

[Honra y pobreza]

[...] No importa que aquí o allá se esté en pobreza: la realidad ha de tenerse en cuenta siempre, y no se pondrá en agonía a los pobres; para ellos ha de ser principalmente la libertad, porque son los más necesitados de ella, y no se les ha de agobiar en nombre de ella: la pobreza pasa: lo que no pasa es la deshonra que con pretexto de la pobreza suelen echar los hombres sobre sí.

[“La Delegación del Partido Revolucionario Cubano a los clubes” (fragmento), (Bath Beach, 22 julio 1893), en *OC*, t. 2, p. 361.]

[Patria justa]

[...] ¡Afuera y al horno, por impura e inútil, la mano sedosa que lame en el saludo la mano ensangrentada o envilecida del corruptor de su país!: adentro, y en los cimientos, la mano áspera que trabaja el rifle con que se ha de echar al insolente al mar, la mano santa, enjuta a veces de miseria, que acaricia y levanta en la sombra, con la esperanza del humilde, la patria de justicia, con el seno caliente para el pobre, que se alzaría del mar al cielo, con los brazos abiertos para la humanidad.

[“¡A Cuba!” (fragmento), *Patria*, 27 de enero de 1894, en *OC*, t. 3, p. 48.]

[“Con los pobres de la tierra”]

Odio la máscara y vicio
Del corredor de mi hotel:
Me vuelvo al manso bullicio
De mi monte de laurel.

Con los pobres de la tierra
Quiero yo mi suerte echar:

El arroyo de la sierra
Me complace más que el mar.

Denle al vano el oro tierno
Que arde y brilla en el crisol:
A mí denme el bosque eterno
Cuando rompe en él el sol.

Yo he visto el oro hecho tierra
Barbullendo en la redoma:
Prefiero estar en la sierra
Cuando vuela una paloma.

[Versos sencillos, "III" (fragmento), en *PCEC*, t. I, p. 238.]

[Contra el racismo]

Esa de racista está siendo una palabra confusa, y hay que ponerla en claro. El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza u otra: dígase hombre, y ya se dicen todos los derechos. El negro, por negro, no es inferior ni superior a ningún otro hombre: peca por redundante el blanco que dice: "mi raza"; peca por redundante el negro que dice: "mi raza". Todo lo que divide a los hombres, todo lo que los especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra la humanidad. ¿A qué blanco sensato le ocurre envanecerse de ser blanco, y qué piensan los negros del blanco, que se envanece de serlo, y cree que tiene derechos especiales por serlo? ¿Qué han de pensar los blancos del negro que se envanece de su color? Insistir en las divisiones de raza, en las diferencias de raza, de un pueblo naturalmente dividido, es dificultar la ventura pública, y la individual, que están en el mayor acereamiento de los factores que han de vivir en común. Si se dice que en el negro no hay culpa aborigen, ni virus que lo inhabilite para desenvolver toda su alma de hombre, se dice la verdad, y ha de decirse y demostrarse, porque la injusticia de este mundo es mucha, y la ignorancia de los mismos que pasa por sabiduría, y aún hay quien crea de buena fe al negro incapaz de la

inteligencia y corazón del blanco; y si a esa defensa de la naturaleza se la llama racismo, no importa que se le llame así, porque no es más que decoro natural, y voz que clama del pecho del hombre por la paz y la vida del país. Si se alega que la condición de esclavitud no acusa inferioridad en la raza esclava, puesto que los galos blancos, de ojos azules y cabellos de oro, se vendieron como siervos, con la argolla al cuello, en los mercados de Roma; eso es racismo bueno, porque es pura justicia y ayuda a quitar prejuicios al blanco ignorante. Pero ahí acaba el racismo justo, que es el derecho del negro a mantener y probar que su color no lo priva de ninguna de las capacidades y derechos de la especie humana.

El racista blanco, que le cree a su raza derechos superiores, ¿qué derecho tiene para quejarse del racista negro, que le vea también especialidad a su raza? El racista negro, que ve en la raza un carácter especial, ¿qué derecho tiene para quejarse del racista blanco? El hombre blanco que, por razón de su raza, se cree superior al hombre negro, admite la idea de la raza, y autoriza y provoca al racista negro. El hombre negro que proclama su raza, cuando lo que acaso proclama únicamente en esta forma errónea es la identidad espiritual de todas las razas, autoriza y provoca al racista blanco. La paz pide los derechos comunes de la naturaleza: los derechos diferenciales, contrarios a la naturaleza, son enemigos de la paz. El blanco que se aísla, aísla al negro. El negro que se aísla, provoca a aislarse al blanco.

En Cuba no hay temor alguno a la guerra de razas. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro. En los campos de batalla, muriendo por Cuba, han subido juntas por los aires las almas de los blancos y de los negros. En la vida diaria de defensa, de lealtad, de hermandad, de astucia, al lado de cada blanco, hubo siempre un negro. Los negros, como los blancos, se dividen por sus caracteres, tímidos o valerosos, abnegados o egoístas, en los partidos diversos en que se agrupan los hombres. Los partidos políticos son agregados de preocupaciones, de aspiraciones, de intereses y de caracteres. Lo semejante

esencial se busca y halla, por sobre las diferencias de detalle; y lo fundamental de los caracteres análogos se funde en los partidos, aunque en lo incidental, o en lo postergable al móvil común, difieran. Pero en suma, la semejanza de los caracteres, superior como factor de unión a las relaciones internas de un color de hombres graduado, y en sus grados a veces opuesto, decide e impera en la formación de los partidos. La afinidad de los caracteres es más poderosa entre los hombres que la afinidad del color. Los negros, distribuídos en las especialidades diversas u hostiles del espíritu humano, jamás se podrán ligar, ni desearán ligarse, contra el blanco, distribuído en las mismas especialidades. Los negros están demasiado cansados de la esclavitud para entrar voluntariamente en la esclavitud del color. Los hombres de pompa e interés se irán de un lado, blancos o negros; y los hombres generosos y desinteresados, se irán de otro. Los hombres verdaderos, negros o blancos, se tratarán con lealtad y ternura, por el gusto del mérito, y el orgullo de todo lo que honre la tierra en que nacimos, negro o blanco. La palabra racista caerá de los labios de los negros que la usan hoy de buena fe, cuando entiendan que ella es el único argumento de apariencia válida, y de validez en hombres sinceros y asustadizos, para negar al negro la plenitud de sus derechos de hombre. De racistas serían igualmente culpables: el racista blanco y el racista negro. Muchos blancos se han olvidado ya de su color; y muchos negros. Juntos trabajan, blancos y negros, por el cultivo de la mente, por la propagación de la virtud, por el triunfo del trabajo creador y de la caridad sublime.

En Cuba no habrá nunca guerras de razas. La República no se puede volver atrás; y la República, desde el día único de redención del negro en Cuba, desde la primera constitución de la independencia el 10 de abril en Guáimaro, no habló nunca de blancos ni de negros. Los derechos públicos, concedidos ya de pura astucia por el Gobierno español e iniciados en las costumbres antes de la independencia de la Isla, no podrán ya ser negados, ni por el español que los mantendrá mientras aliente en Cuba, para seguir dividiendo al cubano negro del cubano blanco, ni por la independencia,

que no podría negar en la libertad los derechos que el español reconoció en la servidumbre.

Y en lo demás, cada cual será libre en lo sagrado de la casa. El mérito, la prueba patente y continua de cultura, y el comercio inexorable acabarán de unir a los hombres. En Cuba hay mucha grandeza, en negros y blancos.

[“Mi raza”, *Patria*, 16 de abril de 1893, en *OC*, t. 2, pp. 298-300.]

[“Lavar con su vida el crimen”]

El rayo surca, sangriento,
El lóbrego nubarrón:
Echa el barco, ciento a ciento,
Los negros por el portón.

El viento, fiero, quebraba
Los almácigos copudos:
Andaba la hilera, andaba,
De los esclavos desnudos.

El temporal sacudía
Los barracones henchidos:
Una madre con su cría
Pasaba, dando alaridos.

Rojo, como en el desierto,
Salió el sol al horizonte:
Y alumbró a un esclavo muerto,
Colgado a un seibo del monte.

Un niño lo vio: tembló
De pasión por los que gimen:
Y, al pie del muerto, juró
Lavar con su vida el crimen!

[*Versos sencillos*, “XXX”, en *PCEC*, t. 1, p. 267.]

Organizar para triunfar

[Organización político-militar]

[Bases programáticas]

Artículo 1° El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico.

Artículo 2° El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto precipitar inconsideradamente la guerra en Cuba, ni lanzar a toda costa al país a un movimiento mal dispuesto y discordante, sino ordenar, de acuerdo con cuantos elementos vivos y honrados se le unan, una guerra generosa y breve, encaminada a asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla.

Artículo 3° El Partido Revolucionario Cubano reunirá los elementos de revolución hoy existentes y allegará, sin compromisos inmorales con pueblo u hombre alguno, cuantos elementos nuevos pueda, a fin de fundar en Cuba por una guerra de espíritu y métodos republicanos, una nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos y de cumplir, en la vida histórica del continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señala.

Artículo 4° El Partido Revolucionario Cubano no se propone perpetuar en la República Cubana, con formas nuevas o con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia, sino

fundar en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud.

Artículo 5° El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto llevar a Cuba una agrupación victoriosa que considere la Isla como su presa y dominio, sino preparar, con cuantos medios eficaces le permita la libertad del extranjero, la guerra que se ha de hacer para el decoro y bien de todos los cubanos, y entregar a todo el país la patria libre.

Artículo 6° El Partido Revolucionario Cubano se establece para fundar la patria una, cordial y sagaz, que desde sus trabajos de preparación, y en cada uno de ellos, vaya disponiéndose para salvarse de los peligros internos y externos que la amenacen, y sustituir al desorden económico en que agoniza con un sistema de hacienda pública que abra el país inmediatamente a la actividad diversa de sus habitantes.

Artículo 7° El Partido Revolucionario Cubano cuidará de no atraerse, con hecho o declaración alguna indiscreta durante su propaganda, la malevolencia o suspicacia de los pueblos con quienes la prudencia o el afecto aconseja o impone el mantenimiento de relaciones cordiales.

Artículo 8° El Partido Revolucionario Cubano tiene por propósitos concretos los siguientes:

I. Unir en un esfuerzo continuo y común la acción de todos los cubanos residentes en el extranjero.

II. Fomentar relaciones sinceras entre los factores históricos y políticos de dentro y fuera de la Isla que puedan contribuir al triunfo rápido de la guerra y a la mayor fuerza y eficacia de las instituciones que después de ella se funden, y deben ir en germen en ella.

III. Propagar en Cuba el conocimiento del espíritu y los métodos de la revolución, y congregar a los habitantes de la Isla en un ánimo favorable a su victoria, por medios que no pongan innecesariamente en riesgo las vidas cubanas.

IV. Allegar fondos de acción para la realización de su programa, a la vez que abrir recursos continuos y numerosos para la guerra.

V. Establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tiendan a acelerar, con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra y la fundación de la nueva República indispensable al equilibrio americano.

Artículo 9º El Partido Revolucionario Cubano se regirá conforme a los estatutos secretos que acuerden las organizaciones que lo fundan.

[“Bases del Partido Revolucionario Cubano”, *Patria*, 14 de abril de 1892, en OC, t. 1, pp. 279-280.]

[Estructura y funcionamiento]

§ 1

El Partido Revolucionario Cubano se compone de todas las asociaciones organizadas de cubanos independientes que acepten su programa y cumplan con los deberes impuestos en él.

§ 2

El Partido Revolucionario Cubano funcionará por medio de las Asociaciones independientes, que son las bases de su autoridad, de un Cuerpo de Consejo constituido en cada localidad con los Presidentes de todas las Asociaciones de ella, y de un Delegado y Tesorero, electos anualmente por las Asociaciones.

§ 3

Los deberes de las Asociaciones son:

1. Adelantar, por toda especie de trabajos, los fines generales del programa del Partido, y realizar las tareas especiales que la ocasión, o los recursos y situación de cada localidad hiciesen necesarios, y de las cuales serán instruidos por sus Presidentes.

2. Allegar, y tener bajo su custodia, los fondos de guerra.

3. Contribuir, por la cuota fijada que las necesidades corrientes impongan, y por los medios extraordinarios que sean posibles, a los fondos de acción.

4. Unir y disponer para la acción, dentro del pensamiento general, por la atracción y la cordialidad, cuantos elementos de toda especie le sean allegables.

5. Impedir que se desvíen de la obra común los elementos revolucionarios.

6. Recoger y poner en conocimiento del Delegado por medio del Cuerpo de Consejo todos los datos que le puedan ser útiles para la organización revolucionaria dentro y fuera de la Isla.

§ 4

Los deberes del Cuerpo de Consejo son:

1. Fungir de intermediario continuo entre las Asociaciones y el Delegado.

2. Aconsejar y promover cuanto conduzca a la obra unida de las Asociaciones de la localidad.

3. Aconsejar al Delegado los recursos y métodos que las Asociaciones sugieran, o sugieran los Presidentes reunidos en el Cuerpo de Consejo.

4. Examinar y autorizar las elecciones de cada localidad.

5. Dar noticia quincenal al Delegado de los trabajos de las Asociaciones e indicaciones del Cuerpo de Consejo, y exigir del Delegado cuantas explicaciones se requieran para el mejor conocimiento del espíritu y métodos con que el Delegado cumpla con su encargo.

§ 5

Los deberes del Delegado son:

1. Procurar, por cuantos medios quepa, la realización, sin atenuación de demora, de los fines del programa.

2. Extender la organización revolucionaria en el exterior, y muy principalmente en el interior, y procurar el aumento de los fondos de guerra y de acción.

3. Comunicar a los Cuerpos de Consejo cuantas noticias o encargos se requieran a su juicio para la eficacia de su cooperación en la obra general.

4. Disponer económicamente de los fondos de acción que se alleguen.

5. Hacer visar por el Tesorero todos los pagos de su fondo de acción, y en caso de guerra todos los pagos que se hubieran de hacer por los servicios que por su naturaleza general recayesen en sus manos.

6. Arbitrar todos los recursos posibles de propaganda y publicación de defensa de las ideas revolucionarias, y mantener los elementos de que disponga en la condición más favorable a la guerra inmediata que sea posible.

7. Rendir cuenta anual, con un mes por lo menos de anticipación a las elecciones, de los fondos de acción que hubiese recibido y de su empleo, y caso de guerra, de los fondos que hubiere cumplido emplear.

§ 6

Los deberes del Tesorero son:

1. Visar todos los pagos que el Delegado autorice.

2. Llevar las cuentas de los fondos recibidos y de su distribución.

3. Responder de los fondos que por el Delegado se le entreguen en depósito.

4. Rendir, en unión del Delegado, cuenta anual de la inversión y estado de los fondos.

§ 7

Cada Cuerpo de Consejo elegirá un Presidente y un Secretario, que recibirán y distribuirán entre los Presidentes de las Asociaciones las comunicaciones del Delegado, y autorizarán las comunicaciones que los Presidentes de las Asociaciones deseen dirigir al Delegado.

§ 8

Caso de vacante de una Presidencia de organización, entrará a llenarla el que resulte electo Presidente.

§ 9

Caso de muerte o desaparición del Delegado, el Tesorero lo pondrá inmediatamente en conocimiento de los Cuerpos de Consejo, para proceder sin demora a nueva elección.

§ 10

Caso de que un Cuerpo de Consejo creyera por mayoría de votos inconveniente la permanencia del Delegado en su cargo,

tendrá derecho de dirigirse a los demás Cuerpos de Consejo exponiéndoles su opinión fundamentada, y el Delegado se considerará depuesto si así lo declaran los votos de todos los Cuerpos de Consejo.

§ 11

Caso de crear un Consejo por mayoría de votos conveniente alguna reforma a las Bases y Estatutos, pedirá al Delegado que proponga la reforma a los demás Cuerpos; y el Delegado, una vez acordada, estará a ella.

§ 12

No podrá votar en las elecciones anuales de Delegado y Tesorero sino la Asociación que cumpla con los deberes de las Bases y los Estatutos, y cuente, por lo menos, veinte socios conocidos y activos.

§ 13

Cada Asociación tendrá un voto por cada grupo de veinte a cien miembros.

[“Estatutos secretos del Partido Revolucionario Cubano”, *Patria*, 14 de abril de 1892, en *OC*, t. 1, pp. 281-284.]

[Consolidar las fuerzas]

El período de mutuo examen que había de preceder a la constitución del Partido, y cuyas deducciones y enseñanzas habían de irse tomando en cuenta, para hacer o dejar de hacer, conforme se iba constituyendo, ha demostrado, muy por encima de los más ardientes deseos que las emigraciones están en sazón para toda empresa de resultado y de vigor, y que reina entre ellas la confianza íntima y generosa que permite aspirar, sin demoras ni trabas ni recelos a la realización, mejora continua y robustecimiento de nuestra obra. La misma laxitud de detalles que la cordura aconsejó en los primeros momentos, para que el deseo de la unificación de los trabajos, nunca excesiva por mucho que se la extreme, no pareciera anhelo temible de concentración, hoy, por la nobleza general se viene de suyo corriendo, y las asociaciones mismas procuran,—de sí propias, como debía ser,—aquella semejanza racional de métodos y organización

interna de que se hubiesen podido lastimar si las propuestas procedieran del consejo exterior, en vez de venir, como ahora vienen, de su propio seno. Y es hecho admirable, y del más feliz augurio, que los trabajos principales y urgentes que la Delegación ha venido componiendo, en espera de su autoridad definitiva, y de la hora propia, sean los mismos cuya necesidad siente, y cuya adopción recomienda, el espíritu vigilante del Partido. Esta aprobación anticipada de sus labores asegura y fortalece el ánimo de la Delegación, cuyo júbilo y orgullo estarán siempre menos en originar planes y medidas que en verlos surgir de la opinión cordial con la unanimidad que prueba su conveniencia y eficacia.

ORGANIZACIÓN EXTERIOR

La preocupación desmedida de la Organización Exterior del Partido pudiera robar tiempo y fuerza a los fines concretos de él, que son, principalmente,—crear la Organización revolucionaria en la Isla, con la mayor suma de elementos útiles posibles,—poner en acuerdo activo y sincero por el ejercicio continuo de la prudencia y la humildad, todos los elementos revolucionarios de fuera de la Isla, a fin de obrar juntos en unión con ella,—y levantar en los países extranjeros el respeto y afecto a la Revolución, y cuantas fuentes de ayuda, privadas y oficiales, sea dable abrir. Pero para estos mismos fines es urgente completar y apretar hasta el perfecto ajuste en los detalles menores de la Organización exterior del Partido, puesto que por ella han de juzgar de su fuerza la Isla cuya opinión solicitamos, y los pueblos a que hemos de pedir ayuda.

En estos momentos cumple con esa parte de su deber la Delegación:—envía las *Bases* y *Estatutos* del Partido a las Asociaciones nuevas que no las conozcan aún:—procura la creación inmediata del Cuerpo de Consejo en las localidades que los pueden ya constituir:—estrecha relaciones con los *Clubs* de las localidades aisladas y estimula, donde quiera que haya cubanos libres, el establecimiento de nuevos *Clubs*.

Una de las bases del buen gobierno, y de las garantías de satisfacción entre los que contribuyen a él, es la de la

independencia interior de sus organizaciones, ajustables así, a lo particular y local, en todo aquello en que ni en espíritu ni en métodos choque con los fines precisos para que las organizaciones están constituidas. Pero del mismo modo— es necesario que esta independencia no llegue a perturbar o debilitar con reglas contradictorias sus fines y medios de acción.

[...]

ORGANIZACIÓN EN CUBA

A Cuba, inmediatamente, ha de llevar el Partido su acción;— ha de explicar en documento público y solemne, sus orígenes, su fuerza y sus tendencias;—ha de procurar el conocimiento de todos los que estén dispuestos a la obra revolucionaria y la conversión de todos los que se le opongan;—ha de congregarse en el espíritu amplio y previsor del Partido, a los elementos dispersos y hostiles entre sí;—ha de levantar un núcleo de revolución dondequiera que haya fuerzas para él, y de fortalecer en el espíritu común los núcleos que ya haya;—ha de solicitar, sin encogimiento y sin soberbia, sin fatiga y sin ira, el concurso de todos los que sirvieron a la independencia en la lucha pasada, y pueden volverla a servir;—ha de llegarse, hombre por hombre, sin medir más que su utilidad al país, a todos los elementos servibles, en los campos y en las ciudades.

A todo ha de preceder la expresión ante el país de los móviles y tendencias del Partido; y para este fin el Delegado prepara un Manifiesto, de vasta y continua circulación, que englobe y explique los preceptos de las Bases, y no deje duda sobre el desinterés y grandeza de nuestros propósitos y nuestra capacidad para realizarlos. Y al pie de este documento, sin esperar más que a los primeros efectos de su distribución, es el anhelo y propósito del Delegado, conciliando la economía del gasto con la viveza de la acción, repartir de tal modo su agencia, por comisiones especiales, que por todas partes se sienta a la vez en la Isla la actividad determinada y cordial del Partido, que entren a servirlo —la mayor suma

de elementos locales allegables, y que se conozcan en la emigración las fuerzas verdaderas y precisas de los cubanos que quieren ayudarla en sus esfuerzos. La tarea es difícil y vasta, pero es la esencial: y ninguna obligación de orden menor, por seductora que la inmediatez pudiera hacerla distraerá al Delegado de este deber, que tiene por el primero y más delicado de su puesto.

[...]

RELACIONES PARTICULARES

Si urge tender por la Isla la reacción revolucionaria, revelar nos a los desdeñosos, allegarnos a los desconfiados, sacudir a los dormidos, urge más poner —en buen acuerdo a cuantos elementos de fuerza verdadera pueden dentro y fuera del país, contribuir a su emancipación. Es verdadera deshonra para un servidor del país anteponer sus simpatías o recelos a las conveniencias públicas. Sólo los tratos interesados y de acomodo personal, con los elementos dañados de un pueblo, serían más culpables que el descuido en tratar con todos sus elementos útiles. No habrá gloria mayor para el Delegado del Partido Revolucionario Cubano que procurar, y conseguir, con todo el respeto y acatamiento oportunos, la adhesión activa de todos los partidarios útiles de la independencia cubana. Verdadera premura tiene el Delegado en servir esta parte de su obligación, y ya convida, con toda la fuerza y ruego que pueda poner en él el patriotismo, a los revolucionarios que han sangrado por el país, sin reparar en ideas de detalle o contrariedades de antecedentes, inferior es por completo a la necesidad primordial de constituir la patria libre.

GUERRA

Esta íntima relación con todos los elementos revolucionarios activos es tanto más obligatoria cuanto que el desasosiego del país, próximo en todo instante a rebelarse por las armas, y un precepto expreso de los *Estatutos* del Partido mandan tener las fuerzas revolucionarias en la disposición más favorable a la guerra que fuese posible. Una de las razones

de más poder y gloria del Partido es que no viene, como los partidos revolucionarios usuales, a forzar al país a la acción violenta; sino que acatando al pueblo que va a conmover, reserva sus fuerzas para el momento en que él, por el desorden del estallido prematuro, o por la acción concertada, las necesite:—y faltaría el Partido a uno de sus deberes, y menguaría una de sus glorias, si no se pusiese en condición de prestar a una voz el socorro que la patria, —alocada por la desesperación o precipitada por el enemigo astuto, pudiera requerir de él.

[...]

RELACIONES EXTERIORES

Del poder y regularidad que muestre, en un plazo suficiente para acreditarse, el Partido Revolucionario, depende en mucho la ayuda que él pueda pedir y obtener de los pueblos cuyo auxilio no se supo otra vez aprovechar, y cuyos gobiernos no han de dar su apoyo en público ni a la ligera. Grande y constante es el socorro que el Delegado espera abrir en los pueblos americanos; pero antes de tentarlo, hemos de demostrar que lo merecemos. La connivencia delicada en asuntos que, a más de humanos, son internacionales, es cosa distinta, y de más escollos, que la simpatía pública. Y el Delegado aspira, en ciertos pueblos, a obtener una y otra. No interrumpirá, ciertamente, en espera soñadora de una perfección tardía, el trabajo de íntimo acercamiento que la previsión ha venido acumulando desde nuestra innecesaria tregua; y aún ha de decir que pone a este deber cuidado diario y preferente. Pero no intentará éxito concreto hasta que la obra alta, unida y constante del Partido Revolucionario Cubano haga vergonzoso para un pueblo de América negarle su ayuda.

Pero estas razones, aplicables en general a los países de nuestra habla, no lo son tanto al pueblo en que la mayoría de los emigrados vivimos, y cuya simpatía, extraviada acaso tanto por culpa nuestra como suya, cabe despertar con una obra organizada y fuerte que le inspire curiosidad y respeto.

La independencia de Cuba, y la de Puerto Rico a que se propone Cuba ayudar, sólo estará garantizada definitivamente cuando el pueblo norteamericano conozca y respete los méritos y capacidades de las Islas. Y en esta labor presente de levantar la revolución, se correría gran riesgo si no se lograra mover a afecto y consideración al pueblo y gobierno de los Estados Unidos. La exhibición de nuestros móviles y carácter ante el país norteamericano es, pues, un deber político de extrema importancia, un deber de conservación nacional. Y el Delegado se propone comenzar a atenderlo por medio de un Manifiesto en lengua inglesa que a la vez explique el carácter real de nuestro país y la razón inevitable de nuestras luchas, a cuya publicación, distribuida por todos los centros de influjo en el Norte, seguirán otras especiales que la mantengan presente, y una labor continua en la prensa inglesa de dignificación y propaganda.

[“Comunicación a los Presidentes de los clubs del Partido Revolucionario Cubano en el Cuerpo de Consejo de Key West”, Nueva York, 13 de mayo de 1892 (fragmentos), en *Epistolario*, tomo III, pp. 91-96.]

[Conocer y combatir los peligros internos]

Es de primer interés para nuestros enemigos el conocimiento de nuestras fuerzas y de nuestros actos, y obra en poder del Delegado la prueba de que el Gobierno español ha acudido ya al recurso a que era natural que acudiese, de penetrar por medio de falsos revolucionarios en nuestras Asociaciones, e imponerse así de cuanto en ella se trama y se realiza, y de nuestros recursos verdaderos.—El Delegado tuvo sobre esto una experiencia amarga y elocuente, cuando fungía en La Habana hace doce años de Agente del movimiento revolucionario que encabezó el general Calixto García: puede decirse que todos los *Clubs* de La Habana en aquella época estaban, en gran parte, y algunos totalmente formados por falsos revolucionarios, al servicio del Gobierno español.—

El primer deber del Delegado fue aparentar que se servía de ellos, y prescindir de sus servicios.—A experiencias de

esta clase obedeció, sin duda, entre otras razones la idea de crear los Cuerpos de Consejo, por cuya institución se da a los Presidentes de los *Clubs*, que son los *Clubs* mismos, el conocimiento minucioso de todos los actos del Partido, a fin de obrar en todo de consuno y con afecto, y se salva al mismo tiempo el peligro, de otro modo insalvable, de poner los actos del Partido, en lo que tengan de inevitablemente secretos, ante la masa de los *Clubs*, que por la misma largueza conveniente a su brillo y prestigio, están fatalmente abiertos a la astucia [del] enemigo.—

[...]

Sobre otro asunto, importante por el respeto democrático que envuelve, por la inspección unida que establece entre las relaciones del Delegado Ejecutivo y los *Clubs* de cuyas disensiones y aislamiento pudiera aprovecharse para prolongar o exagerar su autoridad, y por la rapidez y uniformidad que establece en el curso del Partido,—desea el Delegado llamar la atención de los Presidentes. —Grato como sería al Delegado actual comunicarse directamente, en el fuego de cariño que hoy a todos nos mueve, con cada *Club* por sí, halla, que no debe hacerlo, porque un precepto previsor de los *Estatutos* le impone el deber de comunicarse con los *Clubs* por medio de los Cuerpos de Consejo, y cree que no debe hacerlo, porque de este modo burlaría la revisión continua de sus actos por muchos ojos a la vez, idea democrática que junto con la de la unidad de los trabajos, inspiró sin duda la creación de los Cuerpos de Consejo.

Como todos los *Clubs* tienen reservados en el Cuerpo de Consejo sus derechos totales de inspección, proposición y reforma, evitando así el trastorno y confusión que traerían estos derechos si se ejercitasen a la vez y sin regla por los *Clubs* ya muy numerosos del Partido, comprenderán los Presidentes la conveniencia de evitar las formas confusas, dilatorias y muchas veces hostiles entre sí, de derechos que pueden ejercerse en formas de igual garantía, de menos desorden, y de total unidad.

Cree pues el Delegado que debe sugerir sobre este punto,—dado que los derechos de objetar, proponer y deliberar de los

Clubs en los asuntos generales del Partido tienen sus canales propios, por la persona de sus presidentes,—y dado que la acción del Delegado, por su misma extensión indispensable no debe prescindir del examen y vigilancia a que le sería fácil escapar en el trato con las Asociaciones aisladas,—las medidas siguientes: Primero: En acuerdo con el precepto de los *Estatutos*, las comunicaciones entre el Delegado y los *Clubs* y entre los *Clubs* y el Delegado se harán por medio del Cuerpo de Consejo. Segundo: Las comunicaciones que medien, salvo en asunto de interés particular, entre los *Clubs* de diversas localidades, o entre los de una misma localidad deben ir visadas por sus respectivos Cuerpos de Consejo.—

Tercero: Las autoridades de los Cuerpos de Consejo no demorarán por concepto alguno el envío o entrega inmediata de las comunicaciones que pasen por sus manos.—

Cree el Delegado que la adopción de estas medidas, con las mejoras que ese Cuerpo de Consejo le pudiera indicar, respondería a —estos tres objetos esenciales:—impedir la creación de falsas asociaciones revolucionarias y la perversión de las existentes;—acelerar la obra unida de las Asociaciones por un buen sistema de comunicación que regula esta sin violar derecho alguno,—y evitar que el Delegado burle, por el trato mañoso y dividido [*sic.*] con las Asociaciones, la vigilancia que estas solo pueden ejercer sobre él por un sistema que, como el de los Cuerpos de Consejo, reúna el conocimiento de sus actos por los *Clubs* al sigilo imposible, y sin embargo indispensable con Asociaciones demasiado abiertas, por su naturaleza popular a la persecución del enemigo y a la indiscreción del mismo patriotismo generoso.

[“Comunicación a los Presidentes de los clubs del Partido Revolucionario Cubano en el Cuerpo de Consejo de Key West, Nueva York, 16 de mayo de 1892” (fragmentos), en *Epistolario*, tomo III, pp. 101-104.]

Contribuir al equilibrio del mundo

[“Obra de previsión continental”]

Nulo sería, además, el espectáculo de nuestra unión, la junta de voluntades libres del Partido Revolucionario Cubano, si, aunque entendiese los problemas internos del país, y lo llagado de él y el modo con que se le cura, no se diera cuenta de la misión, aún mayor, a que lo obliga la época en que nace y su posición en el crucero universal. Cuba y Puerto Rico entrarán a la libertad con composición muy diferente y en época muy distinta, y con responsabilidades mucho mayores que los demás pueblos hispanoamericanos. Es necesario tener el valor de la grandeza: y estar a sus deberes. De frailes que le niegan a Colón la posibilidad de descubrir el paso nuevo está lleno el mundo, repleto de frailes. Lo que importa no es sentarse con los frailes, sino embarcarse en las carabelas con Colón. Y ya se sabe del que salió con la banderuca a avisar que le tuviesen miedo a la locomotora,—que la locomotora llegó, y el de la banderuca se quedó resoplando por el camino: o hecho pulpa, si se le puso en frente. Hay que prever, y marchar con el mundo. La gloria no es de los que ven para atrás, sino para adelante.—No son meramente dos islas floridas, de elementos aún disociados, lo que vamos a sacar a luz, sino a salvarlas y servir las de manera que la composición hábil y viril de sus factores presentes, menos apartados que los de las sociedades rencorosas y hambrientas europeas, asegure, frente a la

codicia posible de un vecino fuerte y desigual, la independencia del archipiélago feliz que la naturaleza puso en el nudo del mundo, y que la historia abre a la libertad en el instante en que los continentes se preparan, por la tierra abierta, a la entrevista y al abrazo. En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder,—mero fortín de la Roma americana;—y si libres—y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora—serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio—por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles—hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.—No a mano ligera, sino como con conciencia de siglos, se ha de componer la vida nueva de las Antillas redimidas. Con augusto temor se ha de entrar en esa grande responsabilidad humana. Se llegará a muy alto, por la nobleza del fin; o se caerá muy bajo, por no haber sabido comprenderlo. Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos alas las que vamos a libertar. ¡Cuán pequeño todo, cuán pequeños los comadrazgos de aldea, y los alfilerazos de la vanidad femenil, y la nula intriga de acusar de demagogia, y de lisonja a la muchedumbre, esta obra de previsión continental, ante la verdadera grandeza de asegurar, con la dicha de los hombres laboriosos en la independencia de su pueblo, la amistad entre las secciones adversas de un continente, y evitar, con la vida libre de las Antillas prósperas, el conflicto innecesario entre un pueblo tiranizador de América y el mundo coaligado contra su ambición! Sabremos hacer escalera hasta la altura con la inmundicia de la vida. Con la mirada en lo alto, amasaremos, a sangre sana, a nuestra propia sangre, esta vida de los pueblos, hecha de la gloria de la virtud, de la rabia de los privilegios

caídos, del exceso de las aspiraciones justas. La responsabilidad del fin dará asiento al pueblo cubano para recabar la libertad sin odio, y dirigir sus ímpetus con la moderación. Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos. Ella, la santa patria, impone singular reflexión; y su servicio, en hora tan gloriosa y difícil, llena de dignidad y majestad. Este deber insigne, con fuerza de corazón nos fortalece, como perenne astro nos guía, y como luz de permanente aviso saldrá de nuestras tumbas. Con reverencia singular se ha de poner mano en problema de tanto alcance, y honor tanto. Con esa reverencia entra en su tercer año de vida, compasiva y segura, el Partido Revolucionario Cubano, convencido de que la independencia de Cuba y Puerto Rico no es sólo el medio único de asegurar el bienestar decoroso del hombre libre en el trabajo justo a los habitantes de ambas islas, sino el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la república norteamericana. ¡Los flojos, respeten: los grandes, adelante! Esta es tarea de grandes.

[“El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la Revolución y el deber de Cuba en América” (fragmento), *Patria*, 17 de abril de 1894, en *OC*, t. 3, pp. 141-143.]

[Independencia absoluta]

I

Hoja tras hoja de papel consumo:
Rasgos, consejos, iras, letras fieras
Que parecen espadas: Lo que escribo,
Por compasión lo borro, porque el crimen,
El crimen es al fin de mis hermanos.
Huyo de mí, tiemblo del Sol; quisiera
Saber dónde hace el topo su guarida,
Dónde oculta su escama la serpiente,
Dónde sueltan la carga los traidores,

Y dónde no hay honor, sino ceniza:
¡Allí, mas sólo allí, decir pudiera
Lo que dicen ¡y viven! que mi patria
Piensa en unirse al bárbaro extranjero!

II

Yo callaré: yo callaré: que nadie
Sepa que vivo: que mi patria nunca
Sepa que en soledad muero por ella:
Si me llaman, iré: yo sólo vivo
Porque espero a servirla: así, muriendo,
La sirvo yo mejor que husmeando el modo
De ponerla a los pies del extranjero!

[“Al extranjero”, *Versos Libres*, en *PCEC*, t. I, p. 129.]

Manifiesto de Montecristi

El Partido Revolucionario Cubano a Cuba

La revolución de independencia, iniciada en Yara después de preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo período de guerra, en virtud del orden y acuerdos del Partido Revolucionario en el extranjero y en la isla, y de la ejemplar congregación en él de todos los elementos consagrados al saneamiento y emancipación del país, para bien de América y del mundo; y los representantes electos de la revolución que hoy se confirma, reconocen y acatan su deber,—sin usurpar el acento y las declaraciones sólo propias de la majestad de la república constituida,—de repetir ante la patria, que no se ha de ensangrentar sin razón, ni sin justa esperanza de triunfo, los propósitos precisos, hijos del juicio y ajenos a la venganza, con que se ha compuesto, y llegará a su victoria racional, la guerra inextinguible que hoy lleva a los combates, en conmovedora y prudente democracia, los elementos todos de la sociedad de Cuba.

La guerra no es, en el concepto sereno de los que aún hoy la representan, y de la revolución pública y responsable que los eligió, el insano triunfo de un partido cubano sobre otro, o

la humillación siquiera de un grupo equivocado de cubanos; sino la demostración solemne de la voluntad de un país hartado probado en la guerra anterior para lanzarse a la ligera en un conflicto sólo terminable por la victoria o el sepulcro, sin causas bastante profundas para sobreponerse a las cobardías humanas y a sus varios disfraces, y sin determinación tan respetable—por ir firmada por la muerte—que debe imponer silencio a aquellos cubanos menos venturosos que no se sienten poseídos de igual fe en las capacidades de su pueblo ni de valor igual con que emanciparlo de su servidumbre.

La guerra no es la tentativa caprichosa de una independencia más temible que útil, que sólo tendrían derecho a demorar o condenar los que mostrasen la virtud y el propósito de conducirla a otra más viable y segura, y que no debe en verdad apetecer un pueblo que no la pueda sustentar; sino el producto disciplinado de la resolución de hombres enteros que en el reposo de la experiencia se han decidido a encarar otra vez los peligros que conocen, y de la congregación cordial de los cubanos de más diverso origen, convencidos de que en la conquista de la libertad se adquieren mejor que en el abyecto abatimiento las virtudes necesarias para mantenerla.

La guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos y en el acatamiento a la patria que se ganen, podrá gozar respetado, y aun amado, de la libertad que sólo arrojará a los que le salgan, imprevisores, al camino.—Ni del desorden, ajeno a la moderación probada del espíritu de Cuba, será euna la guerra; ni de la tiranía.—Los que la fomentaron, y pueden aún llevar su voz, declaran en nombre de ella ante la patria su limpieza de todo odio,—su indulgencia fraternal para con los cubanos tímidos o equivocados, su radical respeto al decoro del hombre, nervio del combate y cimiento de la república,—su certidumbre de la aptitud de la guerra para ordenarse de modo que contenga la redención que la inspira, la relación en que un pueblo debe vivir con los demás, y la realidad que la guerra es,—y su terminante voluntad de respetar, y hacer que se respete, al español

neutral y honrado, en la guerra y después de ella, y de ser piadosa con el arrepentimiento, e inflexible sólo con el vicio, el crimen y la inhumanidad.—En la guerra que se ha reanudado en Cuba no ve la revolución las causas del júbilo que pudiera embargar al heroísmo irreflexivo, sino las responsabilidades que deben preocupar a los fundadores de pueblos.

Entre Cuba en la guerra con la plena seguridad, inaceptable sólo a los cubanos sedentarios y parciales, de la competencia de sus hijos para obtener el triunfo por la energía de la revolución pensadora y magnánima, y de la capacidad de los cubanos, cultivada en diez años primeros de fusión sublime, y en las prácticas modernas del gobierno y el trabajo, para salvar la patria desde su raíz de los desacomodos y tanteos, necesarios al principio del siglo, sin comunicaciones y sin preparación, en las repúblicas feudales o teóricas de Hispano-América. Punible ignorancia o alevosía fuera desconocer las causas a menudo gloriosas y ya generalmente redimidas de los trastornos americanos, venidos del error de ajustar a moldes extranjeros, de dogma incierto o mera relación a su lugar de origen, la realidad ingenua de los países que conocían sólo de las libertades el ansia que las conquista, y la soberanía que se gana con pelear por ellas. La concentración de la cultura meramente literaria en las capitales; el erróneo apego de las repúblicas a las costumbres señoriales de la colonia; la creación de caudillos rivales consiguiente al trato receloso e imperfecto de las comarcas apartadas; la condición rudimentaria de la única industria, agrícola o ganadera; y el abandono y desdén de la fecunda raza indígena en las disputas de credo o localidad que esas causas de los trastornos en los pueblos de América mantenían,—no son, de ningún modo los problemas de la sociedad cubana. Cuba vuelve a la guerra con un pueblo democrático y culto, conocedor celoso de su derecho y del ajeno; o de cultura mucho mayor, en lo más humilde de él, que las masas llaneras o indias con que, a la voz de los héroes primados de la emancipación, se mudaron de hatos en naciones las silenciosas colonias de

América; y en el crucero del mundo, al servicio de la guerra, y a la fundación de la nacionalidad le vienen a Cuba, del trabajo creador y conservador en los pueblos más hábiles del orbe, y del propio esfuerzo en la persecución y miseria del país, los hijos lúcidos, magnates o siervos, que de la época primera de acomodo, ya vencida, entre los componentes heterogéneos de la nación cubana, salieron a preparar, o—en la misma isla continuaron preparando, con su propio perfeccionamiento, el de la nacionalidad a que concurren hoy con la firmeza de sus personas laboriosas, y el seguro de su educación republicana. El civismo de sus guerreros; el cultivo y benignidad de sus artesanos; el empleo real y moderno de un número vasto de sus inteligencias y riquezas; la peculiar moderación del campesino sazonado en el destierro y en la guerra; el trato íntimo y diario, y rápida e inevitable unificación de las diversas secciones del país; la admiración recíproca de las virtudes iguales entre los cubanos que de las diferencias de la esclavitud pasaron a la hermandad del sacrificio; y la benevolencia y aptitud crecientes del liberto, superiores a los raros ejemplos de su desvío o encono,—aseguran a Cuba, sin ilícita ilusión, un porvenir en que las condiciones de asiento, y del trabajo inmediato de un pueblo férax en la república justa, excederán a las de disociación y parcialidad provenientes de la pereza o arrogancia que la guerra a veces cría, del rencor ofensivo de una minoría de amos caída de sus privilegios; de la censurable premura con que una minoría aún invisible de libertos descontentos pudiera aspirar, con violación funesta del albedrío y naturaleza humanos, al respeto social que sola y seguramente ha de venirles de la igualdad probada en las virtudes y talentos; y de la súbita desposesión, en gran parte de los pobladores letrados de las ciudades, de la suntuosidad o abundancia relativa que hoy les viene de las gabelas inmorales y fáciles de la colonia, y de los oficios que habrán de desaparecer con la libertad.—Un pueblo libre, en el trabajo abierto a todos, enclavado a las bocas del universo rico e industrial, sustituirá sin obstáculo, y con ventaja, después

de una guerra inspirada en la más pura abnegación, y mantenida conforme a ella, al pueblo avergonzado donde el bienestar sólo se obtiene a cambio de la complicidad expresa o tácita con la tiranía de los extranjeros menesterosos que los desangran y corrompen. No dudan de Cuba, ni de sus aptitudes para obtener y gobernar su independencia, los que en el heroísmo de la muerte y en el de la fundación callada de la patria, ven resplandecer de continuo, en grandes y en pequeños, las dotes de concordia y sensatez sólo inadvertibles para los que, fuera del alma real de su país, lo juzgan, en el arrogante concepto de sí propios, sin más poder de rebeldía y creación que el que asoma tímidamente en la servidumbre de sus quehaceres coloniales.

De otro temor quisiera acaso valerse hoy, so pretexto de prudencia, la cobardía: el temor insensato; y jamás en Cuba justificado, a la raza negra. La revolución, con su carga de mártires, y de guerreros subordinados y generosos, desmiente indignada, como desmiente la larga prueba de la emigración y de la tregua en la isla, la taeha de amenaza de la raza negra con que se quisiese inicuaamente levantar, por los beneficiarios del régimen de España, el miedo a la revolución. Cubanos hay ya en Cuba, de uno y otro color, olvidados para siempre—con la guerra emancipadora y el trabajo donde unidos se gradúan—del odio en que los pudo dividir la esclavitud. La novedad y aspereza de las relaciones sociales, consiguientes a la mudanza súbita del hombre ajeno en propio, son menores que la sincera estimación del cubano blanco por el alma igual, la afanosa cultura, el fervor de hombre libre, y el amable carácter de su compatriota negro. Y si a la raza le naciesen demagogos inmundos, o almas airadas cuya impaciencia propia azuzase la de su color, o en quienes se convirtiera en injusticia con los demás la piedad por los suyos,—con su agradecimiento y su cordura, y su amor a la patria, con su convicción de la necesidad de desautorizar por la prueba patente de la inteligencia y la virtud del cubano negro la opinión que aún reine de su incapacidad para ellas,

y con la posesión de todo lo real del derecho humano, y el consuelo y la fuerza de la estimación de cuanto en los cubanos blancos hay de justo y generoso, la misma raza extirparía en Cuba el peligro negro, sin que tuviera que alzarse a él una sola mano blanca. La revolución lo sabe, y lo proclama; la emigración lo proclama también. Allí no tiene el cubano negro escuelas de ira, como no tuvo en la guerra una sola culpa de ensoberbecimiento indebido o de insubordinación. En sus hombros anduvo segura la república a que no atentó jamás. Sólo los que odian al negro ven en el negro odio; y los que con semejante miedo injusto traficasen, para sujetar, con inapetecible oficio, las manos que pudieran erguirse a expulsar de la tierra cubana al ocupante corruptor.

En los habitantes españoles de Cuba, en vez de la deshonorosa ira de la primer guerra, espera hallar la revolución, que ni lisonjea ni teme, tan afectuosa neutralidad o tan veraz ayuda que por ellas vendrán a ser la guerra más breve, sus desastres menores, y más fácil y amiga la paz en que han de vivir juntos padres e hijos. Los cubanos empezamos la guerra, y los cubanos y los españoles la terminaremos. No nos maltraten, y no se les maltratará. Respeten, y se les respetará. Al acero responda el acero, y la amistad a la amistad. En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al español a quien la crueldad del ejercicio forzoso arrancó de su casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombre la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que no han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia, y vicios políticos de la tierra propia. Este es el corazón de Cuba, y así será la guerra. ¿Qué enemigos españoles tendrá verdaderamente la revolución? ¿Será el ejército, republicano en mucha parte, que ha aprendido a respetar nuestro valor, como nosotros respetamos el suyo, y más sienten impulsos a veces de unírseos que de combatirnos? ¿Serán los quintos, educados ya en las ideas

de humanidad, contrarias a derramar sangre de sus semejantes en provecho de un cetro inútil o una patria codiciosa, los quintos segados en la flor de su juventud para venir a defender, contra un pueblo que los acogería alegre como ciudadanos libres, un trono mal sujeto, sobre la nación vendida por sus guías, con la complicidad de sus privilegios y sus logros? ¿Será la masa, hoy humana y culta, de artesanos y dependientes, a quienes, so pretexto de patria, arrastró ayer a la ferocidad y al crimen el interés de los españoles acaudalados que hoy, con lo más de sus fortunas salvas en España, muestran menos celo que aquel con que ensangrentaron la tierra de su riqueza cuando los sorprendió en ella la guerra con toda su fortuna? ¿O serán los fundadores de familias y de industrias cubanas, fatigados ya del fraude de España y de su desgobierno, y como el cubano vejados y oprimidos, los que, ingratos e imprudentes, sin miramiento por la paz de sus casas y la conservación de una riqueza que el régimen de España amenaza más que la revolución, se revuelvan contra la tierra que de tristes rústicos los ha hecho esposos felices, y dueños de una prole capaz de morir sin odio por asegurar al padre sangriento un suelo libre al fin de la discordia permanente entre el criollo y el peninsular, donde la honrada fortuna pueda mantenerse sin cohecho y desarrollarse sin zozobra, y el hijo no vea entre el beso de sus labios y la mano de su padre la sombra aborrecida del opresor? ¿Qué suerte elegirán los españoles: la guerra sin tregua, confesa o disimulada, que amenaza y perturba las relaciones siempre inquietas y violentas del país, o la paz definitiva, que jamás se conseguirá en Cuba sino con la independencia? ¿Enconarán y ensangrentarán los españoles arraigados en Cuba la guerra en que pueden quedar vencidos? ¿Ni con qué derecho nos odiarán los españoles, si los cubanos no los odiamos? La revolución emplea sin miedo este lenguaje, porque el decreto de emancipar de una vez a Cuba de la ineptitud y corrupción irremediables del gobierno de España, y abrirla franca para todos los hombres al mundo nuevo, es tan terminante como la voluntad de mirar como a cubanos, sin tibio corazón ni

amargas memorias, a los españoles que por su pasión de libertad ayuden a conquistarla en Cuba, y a los que con su respeto a la guerra de hoy rescaten la sangre que en la de ayer manó a sus golpes del pecho de sus hijos.

En las formas que se dé la revolución, concedora de su desinterés, no hallará sin duda pretexto de reproche la vigilante cobardía, que en los errores formales del país naciente, o en su poca suma visible de república, pudiese procurar razón con que negarle la sangre que le adeuda. No tendrá el patriotismo puro causa de temor por la dignidad y suerte futura de la patria. La dificultad de las guerras de independencia en América, y la de sus primeras nacionalidades, ha estado, más que en la discordia de sus héroes y en la emulación y recelo inherentes al hombre, en la falta oportuna de forma que a la vez contenga el espíritu de redención que, con apoyo de ímpetus menores, promueve y nutre la guerra, y las prácticas necesarias a la guerra, y que esta debe desembarazar y sostener. En la guerra inicial se ha de hallar el país maneras tales de gobierno que a un tiempo satisfagan la inteligencia madura y suspicaz de sus hijos cultos, y las condiciones requeridas para la ayuda y respeto de los demás pueblos,—y permitan—en vez de entorpecer—el desarrollo pleno y término rápido de la guerra fatalmente necesaria a la felicidad pública. Desde sus raíces se ha de constituir la patria con formas viables, y de sí propia nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción no la conduzca a las parcialidades o a la tiranía.—Sin atentar, con desordenado concepto de su deber, al uso de las facultades íntegras de constitución, con que se ordenen y acomoden, en su responsabilidad peculiar ante el mundo contemporáneo, liberal e impaciente, los elementos expertos y novicios, por igual movidos de ímpetu ejecutivo y pureza ideal, que con nobleza idéntica, y el título inexpugnable de su sangre, se lanzan tras el alma y guía de los primeros héroes, a abrir a la humanidad una república trabajadora; sólo es lícito al Partido Revolucionario Cubano declarar su fe en que la revolución ha de hallar formas que le aseguren, en la unidad y vigor indispensables a una guerra culta, el entusiasmo

de los cubanos, la confianza de los españoles, y la amistad del mundo. Conocer y fijar la realidad; componer en molde natural la realidad de las ideas que producen o apagan los hechos, y la de los hechos que nacen de las ideas; ordenar la revolución del decoro, el sacrificio y la cultura de modo que no quede el decoro de un solo hombre lastimado, ni el sacrificio parezca inútil a un solo cubano, ni la revolución inferior a la cultura del país, no a la extranjeriza y desautorizada cultura que se enajena el respeto de los hombres viriles por la ineficacia de sus resultados y el contraste lastimoso entre la poquedad real y la arrogancia de sus estériles poseedores, sino al profundo conocimiento de la labor del hombre en el rescate y sostén de su dignidad:—esos son los deberes y los intentos, de la revolución. Ella se regirá de modo que la guerra pujante y capaz dé pronto casa firme a la nueva república.

La guerra sana y vigorosa desde el nacer con que hoy reanuda Cuba, con todas las ventajas de su experiencia, y la victoria asegurada a las determinaciones finales, el esfuerzo excelso, jamás recordado sin unción, de sus inmarcesibles héroes, no es sólo hoy el piadoso anhelo de dar vida plena al pueblo que, bajo la inmoralidad y ocupación crecientes de un amo inepto, desmigaja o pierde su fuerza superior en la patria sofocada o en los destierros esparcidos. Ni es la guerra el insuficiente prurito de conquistar a Cuba con el sacrificio tentador, la independencia política, que sin derecho pediría a los cubanos su brazo si con ella no fuese la esperanza de crear una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres, y la paz del trabajo. La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aun vacilante del mundo. Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre,

la confirmación de la república moral en América, y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo: ¡apenas podría creerse que con semejantes mártires, y tal porvenir, hubiera cubanos que atasen a Cuba a la monarquía podrida y aldeana de España, y a su miseria inerte y viciosa!—

A la revolución cumplirá mañana el deber de explicar de nuevo al país y a las naciones, las causas locales, y de idea e interés universal, con que para el adelanto y servicio de la humanidad reanuda el pueblo emancipador de Yara y de Guáimaro una guerra digna del respeto de sus enemigos y el apoyo de los pueblos, por su rígido concepto del derecho del hombre, y su aborrecimiento de la venganza estéril y la devastación inútil. Hoy, al proclamar desde el umbral de la tierra venerada el espíritu y doctrinas que produjeron y alientan la guerra entera y humanitaria en que se une aún más el pueblo de Cuba, invencible e indivisible, séanos lícito invocar, como guía y ayuda de nuestro pueblo, a los magnánimos fundadores, cuya labor renueva el país agradecido,—y al honor, que ha de impedir a los cubanos herir, de palabra o de obra, a los que mueren por ellos.—Y al declarar así en nombre de la patria, y deponer ante ella y ante su libre facultad de constitución, la obra idéntica de dos generaciones, suscriben juntos la declaración, por la responsabilidad común de su representación, y en muestra de la unidad y solidez de la revolución cubana, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano, creado para ordenar y auxiliar la guerra actual, y el General en Jefe electo en él por todos los miembros activos del Ejército Libertador.

Montecristi, 25 de Marzo de 1895.

JOSÉ MARTÍ

M. GÓMEZ

[Texto tomado de la fotocopia de la hoja suelta original, ligeramente modificado por el cotejo con el manuscrito, publicado en *Manifiesto de Montecristi. El Partido Revolucionario Cubano a Cuba*, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.]

[Salvar la independencia de América]

[...] Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación, o de humanidad. Y queda, después de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar después de ganar, en causa justa, una buena batalla. De la preocupación real de mi espíritu, porque Vd. me la adivina entera, no le hablo de propósito: escribo, conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria, va a quedar, hoy mismo acaso, abandonado. Lo menos que, en agradecimiento de esa virtud puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encarar la muerte, si nos espera en la tierra o en la mar, en compañía del que, por la obra de mis manos, y el respeto de la propia suya, y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de su casa enamorada y feliz a pisar, con una mano de valientes, la patria cuajada de enemigos. De vergüenza me iba muriendo,—aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como afuera,—cuando creí que en tamaño riesgo pudiera llegar a convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo, y de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida. Donde esté mi deber mayor, adentro o afuera, allí estaré yo. Acaso me sea dable u obligatorio, según hasta hoy parece, cumplir ambos. Acaso pueda contribuir a la necesidad primaria de dar a nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la revolución y a la seguridad de la República. La dificultad de nuestras guerras de independencia y la razón de lo lento e imperfecto de su eficacia, ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente a la naturaleza humana, en la falta de forma que a la vez contuviese el espíritu de redención y decoro que, con suma activa de ímpetus de pureza menor, promueven y mantienen la guerra,—y las prácticas y personas de la guerra. La otra dificultad, de que nuestros pueblos ams y literarios no han salido aún, es la de combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno que sin descontentar a la inteligencia

primada del país, contengan—y permitan el desarrollo natural y ascendente—a los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aun cuando fuera bello y generoso, llevara a la anarquía o a la tiranía. Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria, no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable, al sacrificio; hay que hacer viable, e inexplicable, la guerra; si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma,irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Quien piensa en sí, no ama a la patria; y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimulen sutilmente, en los estorbos o prisas que el interés de sus representantes ponen al curso natural de los sucesos. De mí espere la deposición absoluta y continua. Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último troneo, al último peleador: morir, callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. Vea lo que hacemos, Vd. con sus canas juveniles,—y yo, a rastras, con mi corazón roto.

De Santo Domingo ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Vd. no es cubano, y hay quien lo sea mejor que Vd.? ¿Y Gómez, no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelo? ¿No fine mía, y orgullo mío, el alma que me envolvió, y alrededor mío palpitó, a la voz de Vd., en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquello, y va con aquello. Yo obedezco, y aun diré que acato como superior dispensación y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

[Carta a Federico Enríquez y Carvajal, Montecristi, 25 de marzo de 1895 (fragmentos), en *Epistolario*, t. V, pp. 117-118.]

[Vivir para liberar al pueblo]
Oculto en mi pecho bravo
La pena que me lo hiere:
El hijo de un pueblo esclavo
Vive por él, calla, y muere.

[Versos sencillos, "I" (fragmento), en *PCEC*, t. I, p. 236.]

["En silencio ha tenido que ser"]
Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895

Sr. Manuel Mercado

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir; ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía, y orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser, y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias p^a alcanzar sobre ellas el fin. Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos,—como ese de Vd., y mío,—más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino, que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte revuelto y brutal q. los desprecia,—les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos. Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas;—y mi honda es la de David. Ahora mismo; pocos días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal

del *Herald*, q. me sacó de la hamaca en mi rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni creación, que por difraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le piden sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, *yankee* o español, que les mantenga, o les cree, en premio de su oficio de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante,—la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país,—la masa inteligente y creadora de blancos y negros. Y de más me habla el corresponsal del *Herald*; Eugenio Bryson:—de un Sindicato *yankee*,—que no será,—con garantía de las Aduanas, harto empeñadas con los rapaces bancos españoles, p^a q. quede asidero a los del Norte,—incapacitado afortunadamente, por su entrabada y compleja constitución política, para emprender o apoyar la idea como obra del gobierno. Y de más me habló Bryson,—aunque la certeza de la conversación q. me refería, sólo la puede comprender quien conozca de cerca el brío con que hemos levantado la revolución,—el desorden, desgano y mala paga del ejército novicio español,—y la incapacidad de España p^a allegar, en Cuba o afuera, los recursos contra la guerra q. en la vez anterior sólo sacó de Cuba:—Bryson me contó su conversación con Martínez Campos, al fin de la cual le dio a entender este q. sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los E. Unidos a rendir la Isla a los cubanos:—Y aun me habló Bryson más: de un conocido nuestro, y de lo q. en el Norte se le cuida, como candidato de los Estados Unidos, p^a edo. el actual presidente desaparezca, a la presidencia de México. Por acá, yo hago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas a que sólo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aun contra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarían de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará la

anexión, el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana.—Y México—¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí lo hallará,—o yo se lo hallaré. Esto es muerte o vida, y no cabe errar. El modo discreto es lo único que se ha de ver. Ya yo lo habría hallado y propuesto. Pero he de tener más autoridad en mí, o de saber quién la tiene, antes de obrar o aconsejar. Acabo de llegar. Puede aún tardar dos meses, si ha de ser real y estable, la constitución de nuestro gobierno, útil y sencillo. Nuestra alma es una, y la sé, y la voluntad del país; p^o estas cosas son siempre obra de relación, momento y acomodos. Con la representación que tengo, no quiero hacer nada que parezca extensión caprichosa de ella. Llegué, con el general Máximo Gómez y cuatro más, en un bote, en que llevé el remo de proa bajo el temporal, a una pedrera desconocida de nuestras playas; cargué, eatorce días, a pie por espinas y alturas, mi morral y mi rifle,—alzamos gente a nuestro paso; siento en la benevolencia de las almas la raíz de este cariño mío a la pena del hombre y a la justicia de remediarla; los campos son nuestros sin disputa, a tal punto que en un mes sólo he podido oír un fuego; y a las puertas de las ciudades, o ganamos una victoria, o pasamos revista, ante entusiasmo parecido al fuego religioso, a tres mil armas; seguimos camino, al centro de la Isla, a deponer yo, ante la revolución que he hecho alzar, la autoridad que la emigración me dio, y se acató adentro, y debe renovar, conforme a su estado nuevo, una asamblea de delegados del pueblo cubano visible, de los revolucionarios en armas. La revolución desea plena libertad en el ejército, sin las trabas q. antes le opuso una Cámara sin sanción real, o la suspicacia de una juventud celosa de su republicanismo, o los celos, y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor; pero quiere la revolución a la vez sucinta y respetable representación republicana,—la misma alma de humanidad y decoro, llena del anhelo de la dignidad individual, en la representación de la república, que la que empuja y mantiene en la guerra a los revolucionarios. Por mí,

entiendo que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que lo mueve, o sin ella, y sé cómo se encienden los corazones, y cómo se aprovecha para el revuelo incesante y la acometida el estado fogoso y satisfecho de los corazones. Pero en cuanto a formas, caben muchas ideas: y las cosas de hombres, hombres son quienes las hacen. Me conoce. En mí, sólo defenderé lo que tenga yo por garantía o servicio de la revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad.—Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúmplame esto a mí, o a otros. Y ahora, puesto delante lo de interés público, le hablaré de mí, ya que sólo la emoción de este deber pudo alzar de la muerte apetecida al hombre que, ahora que Nájera no vive donde se le vea, mejor lo conoce, y acaricia como un tesoro en su corazón la amistad con que Vd. lo enorgullece. Ya sé sus regaños, callados, después de mi viaje. ¡Y tanto q. le dimos, de toda nuestra alma, y callado él! ¡Qué engaño es esta y qué alma tan encallecida la suya, que el tributo y la honra de nuestro afecto no ha podido hacerle escribir una carta más sobre el papel de carta y de periódico que llena al día! Hay afectos de tan delicada honestidad,

[Carta inconclusa a Manuel Mercado, en *Textos Martianos*, Edición Crítica, Editora Política, La Habana, 1995, pp. 44-47.]

UN MUNDO NUEVO

Libertad verdadera

[Libertad espiritual: libertad política]

[...] La libertad política no estará asegurada, mientras no se asegure la libertad espiritual. Urge libertar a los hombres de la tiranía, de la convención, que tuerce sus sentimientos, precipita sus sentidos y sobrecarga su inteligencia con un caudal pernicioso, ajeno, frío y falso.—Este es uno de esos problemas misteriosos que ha de resolver la ciencia humana—hoy entrevisto apenas, vulgar mañana y de todos conocido,—difícil y oculto a las miradas comunes,—mas no por eso menos grave.—Bueno es dirigir;—pero no es bueno que llegue el dirigir a ahogar.

[Notas sobre libros proyectados (fragmento), en *OC*, t. 18, p. 290.]

[Hombres independientes: patria independiente]

Un pueblo no es una masa de criaturas miserables y regidas: no tiene el derecho de ser respetado hasta que no tenga la conciencia de ser regente: edúquense en los hombres los conceptos de independencia y propia dignidad: es el organismo humano compendio del organismo nacional: así no habrá luego menester estímulo para la defensa de la dignidad y de la independencia de la patria.

Un pueblo no es independiente cuando ha sacudido las cadenas de sus amos; empieza a serlo cuando se ha arrancado de su ser los vicios de la vencida esclavitud, y para patria y

vivir nuevos, alza e informa conceptos de vida radicalmente opuestos a la costumbre de servilismo pasado, a las memorias de debilidad y de lisonja que las dominaciones despóticas usan como elementos de dominio sobre los pueblos esclavos.

Tienden las clases orales a un altísimo fin: las Repúblicas se hacen de hombres: ser hombre es en la tierra difícilísima y pocas veces lograda carrera.

[“Colegio de abogados.—El Sr. Lerdo.—El Sr. Martínez de la Torre.—El Sr. Méndez.—Justo Sierra.—Delgado.—Ituarte” (fragmento), *Revista Universal*, México, 25 de mayo de 1875, en *OC*, t. 6, p. 209.]

[Alcanzar la libertad espiritual]

Y hay ahora como un desmembramiento de la mente humana. Otros fueron los tiempos de la vallas alzadas; éste es el tiempo de las vallas rotas. Ahora los hombres empiezan a andar sin tropiezos por toda la tierra; antes, apenas echaban a andar, daban en muro de solar de señor o en bastión de convento. Se ama a un Dios que lo penetra y lo prevale todo. Parece profanación dar al Creador de todos los seres y de todo lo que ha de ser, la forma de uno solo de los seres. Como en lo humano todo el progreso consiste acaso en volver al punto de que se partió, se está volviendo al Cristo, al Cristo crucificado, perdonador, cautivador, al de los pies desnudos y los brazos abiertos, no un Cristo nefando y satánico, malevolente, odiador, enconado, fustigante, ajusticiador, impío. [...] Ahora los árboles de la selva no tienen más hojas que lenguas las ciudades; las ideas se maduran en la plaza en que se enseñan, y andando de mano en mano, y de pie en pie. El hablar no es pecado, sino gala; el oír no es herejía, sino gusto y hábito, y moda. Se tiene el oído puesto a todo; los pensamientos, no bien germinan, ya están cargados de flores y de frutos, y saltando en el papel, y entrándose, como polvillo sutil, por todas las mentes: los ferrocarriles echan abajo la selva; los diarios la selva humana. Penetra el sol por las hendiduras de los árboles viejos. Todo es expansión, comunicación, florecencia, contagio, esparcimiento. El periódico desflora las ideas grandiosas. Las ideas no hacen familia en la mente, como antes, ni casa, ni larga vida.

Nacen a caballo, montadas en relámpagos, con alas. No crecen en una mente sola, sino por el comercio de todas.

[...]

No hay más difícil faena que esta de distinguir en nuestra existencia la vida pegadiza y postadquirida, de la espontánea y pre-natural; lo que viene con el hombre, de lo que le añaden con sus lecciones, legados y ordenanzas, los que antes de él han venido. So pretexto de completar al ser humano, lo interrumpen. No bien nace, ya están en pie, junto a su cuna con grandes y fuertes vendas preparadas en las manos, las filosofías, las religiones, las pasiones de los padres, los sistemas políticos. Y lo atan; y lo enfajan; y el hombre es ya, por toda su vida en la tierra, un caballo embridado. Así es la tierra ahora una vasta morada de enmascarados. Se viene a la vida como cera, y el azar nos vacía en moldes prehechos. Las convenciones creadas deforman la existencia verdadera, y la verdadera vida viene a ser como corriente silenciosa que se desliza invisible bajo la vida aparente, no sentida a las veces por el mismo en quien hace su obra cauta, a la manera con que el Guadiana misterioso corre luengo camino calladamente por bajo de las tierras andaluzas. Asegurar el albedrío humano; dejar a los espíritus su seductora forma propia; no deslucir con la imposición de ajenos prejuicios las naturalezas vírgenes; ponerlas en aptitud de tomar por sí lo útil, sin ofuscarlas, ni impelerlas por una vía marcada. ¡He ahí el único modo de poblar la tierra de la generación vigorosa y creadora que le falta! Las redenciones han venido siendo teóricas y formales: es necesario que sean efectivas y esenciales. Ni la originalidad literaria cabe, ni la libertad política subsiste mientras no se asegure la libertad espiritual. El primer trabajo del hombre es reconquistarse. Urge devolver los hombres a sí mismos; urge sacarlos del mal gobierno de la convención que sofoca o envenena sus sentimientos, acelera el despertar de sus sentidos, y recarga su inteligencia con un caudal pernicioso, ajeno, frío y falso. Sólo lo genuino es fructífero. Sólo lo directo es poderoso. Lo que otro nos lega es como manjar recalentado. Toca a cada hombre reconstruir la vida: a poco que mire en sí, la reconstruye. Asesino alevoso, ingrato a Dios y

enemigo de los hombres, es el que, so pretexto de dirigir a las generaciones nuevas, les enseña un cúmulo aislado y absoluto de doctrinas, y les predica al oído, antes que la dulce plática de amor, el evangelio bárbaro del odio. ¡Reo es de traición a la naturaleza el que impide, en una vía u otra, y en cualquiera vía, el libre uso, la aplicación directa y el espontáneo empleo de las facultades magníficas del hombre!

[“*El Poema del Niágara*” (fragmentos), Nueva York, 1882, en *OC*, t. 7, pp. 226-227 y 230-231.]

[Hombre libre]

¡No quiero romper las jaulas de todas las aves;—que la naturaleza siga su curso majestuoso, el cual el hombre, en vez de mejorar, interrumpe;—que el ave vuele libre en su árbol;—y el ciervo salte libre en su bosque;—y el hombre ande libre en la humanidad.—

[“(Ea! ¿A dónde me llevas?—A tus parques)” (fragmento), en *PCEC*, t. II, p. 298.]

[Cultura: libertad]

Ser bueno es el único modo de ser dichoso.

Ser culto es el único modo de ser libre.

Pero, en lo común de la naturaleza humana, se necesita ser próspero para ser bueno.

Y el único camino abierto a la prosperidad constante y fácil es el de conocer, cultivar y aprovechar los elementos inagotables e infatigables de la naturaleza.

[“*Maestros ambulantes*” (fragmento), *La América*, Nueva York, mayo 1884, en *OC*, t. 8, p. 289.]

[Nobleza contra vileza]

Nación que no cuida de ennoblecer a sus masas, se ería para los chaceales.

[“*Cartas de Martí*” (fragmento), *La Nación*, Buenos Aires, 16 de julio de 1884, en *OC*, t. 10, p. 61.]

[Formar al hombre en la libertad racional]

¿Será la libertad inútil? ¿No hay virtud de paz, fuerza de amor, adelanto del hombre en la libertad? ¿Produce la libertad los mismos resultados que el despotismo? ¿Un siglo entero de ejercicio pleno de la razón no labra siquiera alguna mejora en los métodos de progreso de nuestra naturaleza? ¿No hacen menos feroz y más inteligente al hombre los hábitos republicanos?

El hombre, en verdad, no es más, cuando más es, que una fiera educada. Eternamente igual a sí propio, ya siga desnudo a Caín, ya asista con casaca galoneada, a la inauguración de la Estatua de la Libertad, si en lo esencial suyo no cambia, cambia y mejora en el conocimiento de los objetos de la vida y de sus relaciones. Todo el anhelo de la civilización está en volver a la sencillez y justicia de los repartimientos primitivos. Todo el problema social consiste acaso en eliminar los defectos y abusos de relación creados en la época rudimentaria de la acumulación de la especie, en que todavía vivimos, y restablecer en la población acumulada las relaciones puras y justas de las sociedades patriarcales. Pero si en lo esencial no cambia el hombre, no puede ser que produzcan en él igual resultado al despotismo que lo retiene dentro de sí, mordido por su actividad, abochornado por su deshonra, impaciente porque oye de su interior la voz que le dice que falta a su deber humano con no ser por entero quien es y ayudar a los demás a ser, y este otro dulcísimo sistema de la libertad racional del acto y el pensamiento, que no amontona la voluntad presa, ni estruja las sienas con ideas sin salida, sino que tiene al hombre en quietud armoniosa, en el decoro y contento de su ser entero y en el equilibrio saludable entre su actividad y los modos de satisfacerla. No del mismo modo emprenden a correr por el llano los potros sujetos dentro de la cerca que los acostumbrados a paecer libremente. El espíritu desahogado no obra con tanta violencia como el espíritu ahogado. El hombre habituado a ejercitar su fuerza no es tan impaciente, cegable y llevadizo como el

que tiene hambre de emplearla. Es esencialmente distinta la disposición amigable y respetuosa de los hombres hechos a su soberanía, de la acción agresiva y turbulenta de los que padecen de sed de ella. El delirio no puede obrar con la hermosura y fecundidad de la salud.

[“Correspondencia particular de *El Partido Liberal*” (fragmento), *El Partido Liberal*, México, 4, 5 y 6 de noviembre de 1886, en *Otras crónicas de Nueva York*, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983, p. 74.]

[Libertad y derecho]

La libertad adoro y el derecho.

Odios no sufro, ni pasiones malas:

Y en la coraza que me viste el pecho

Un águila de luz abre sus alas.

[“(Cual de incensario roto...)” (fragmento), en *PCEC*, t. II, p. 172.]

[Libertad: equidad]

[...] La patria no es comodín, que se abre y cierra a nuestra voluntad; ni la república es un nuevo modo de mantener sobre el pavés, a buena cama y mesa, a los perezosos y soberbios que, en la ruindad de su egoísmo, se creen carga natural y señores ineludibles de su pueblo inferior. [...] No queremos redimirnos de una tiranía para entrar en otra. No queremos salir de una hipocresía para caer en otra. Amamos a la libertad, porque en ella vemos la verdad. Moriremos por la libertad verdadera; no por la libertad que sirve de pretexto para mantener a unos hombres en el goce excesivo, y a otros en el dolor innecesario.

[“¡Vengo a darte patria! Puerto Rico y Cuba” (fragmento), *Patria*, 14 de marzo de 1893, en *OC*, t. 2, p. 255.]

[Consultar el interés humano]

[...] El egoísmo es la mancha del mundo, y el desinterés su sol. En este mundo no hay más que una raza inferior: la de

los que consultan, antes que todo, su propio interés, bien sea el de su vanidad o el de su soberbia o el de su peculio:— ni hay más que una raza superior: la de los que consultan, antes que todo, el interés humano.

[“Discurso en honor de Fermín Valdés Domínguez, en el salón Jaeger’s, Nueva York, 24 de febrero de 1894” (fragmento), en OC, t. 4, p. 325.]

[Revolución]

[...] La justicia, la igualdad del mérito, el trato respetuoso del hombre, la igualdad plena del derecho: eso es la revolución.

[“Los cubanos de Jamaica y los revolucionarios de Haití” (fragmento), *Patria*, 31 de marzo de 1894, en OC, t. 3, p. 105.]

Pueblo de creadores

[Educar: forjar pueblos]

Saber leer es saber andar. Saber escribir es saber ascender. Pies, brazos, alas, todo esto ponen al hombre esos primeros humildísimos libros de la escuela. Luego, aderezado, va al espacio. Ve el mejor modo de sembrar, la reforma útil que hacer, el descubrimiento aplicable, la receta innovadora, la manera de hacer buena a la tierra mala; la historia de los héroes, los fútiles motivos de las guerras, los grandes resultados de la paz. Siémbrense química y agricultura, y se cosecharán grandeza y riqueza. Una escuela es una fragua de espíritus: ¡ay de los pueblos sin escuela! ¡ay de los espíritus sin temple!

[...]

La educación es como un árbol: se siembra una semilla y se abre en muchas ramas. Sea la gratitud del pueblo que se educa árbol protector, en las tempestades y las lluvias, de los hombres que hoy les hacen tanto bien. Hombres recogerá quien siembre escuelas.

["Guatemala" (fragmento), edición de El Siglo XIX, México, 1878, en OC, t. 7, pp. 156-157.]

[Honradez contra hipocrecía]

¡Oh no! ¡no es hombre honrado el que desee para su pueblo una generación de hipócritas y de egoístas! Seamos honrados,

cueste lo que cueste. Después, seremos ricos.—Sólo las virtudes producen en los pueblos un bienestar constante y serio.

[“Lectura en la reunión de emigrados cubanos en Steek Hall, Nueva York, 24 de enero de 1880” (fragmento), en *OC*, t. 4, pp. 188-189.]

[“El hombre crece con el trabajo”]

[...] El hombre crece con el trabajo que sale de sus manos. Es fácil ver cómo se depaupera, y envilece a las pocas generaciones, la gente ociosa, hasta que son meras vejiguillas de barro, con extremidades finas, que cubren de perfumes suaves y de botines de charol; mientras que el que debe su bienestar a su trabajo, o ha ocupado su vida en crear y transformar fuerzas, y en emplear las propias, tiene el ojo alegre, la palabra pintoresca y profunda, las espaldas anchas, y la mano segura. Se ve que son éstos los que hacen el mundo: y engrandecidos, sin saberlo acaso, por el ejercicio de su poder de creación, tienen cierto aire de gigantes dichosos, e inspiran ternura y respeto. Más, más cien veces que entrar en un templo, mueve el alma el entrar, en una madrugadita de este frío de febrero, en uno de los carros que llevan, de los barrios pobres a las fábricas, artesanos de vestidos tiznados, rostro sano y curtido y manos montuosas,—donde, ya a aquella hora brilla un periódico.—He ahí un gran sacerdote, un sacerdote vivo: el trabajador.

[“Trabajo manual en las escuelas” (fragmento), *La América*, Nueva York, febrero de 1884, en *OC*, t. 8, p. 285.]

[Fomentar la riqueza pública]

[...] No hay más medio de asegurar la libertad en la patria y el decoro en el hombre, que fomentar la riqueza pública.

[“Carta a *La República*” (fragmento), 12 de agosto de 1886, en *OC*, t. 8, p. 27.]

[República de trabajadores]

[...] Para el trabajo queremos la república, para atender al problema grave, que es el de dar ocupación real y suficiente,

desde el arranque del país libre, a las inteligencias y aspiraciones malcriadas en los ejercicios ya entonces inútiles de la colonia. Porque, si no, para darse empleo, perpetuarán en la república los ejercicios de la colonia. De cambiar de alma se trata, no de cambiar de vestido.

[“En casa” (fragmento), *Patria*, 28 de mayo de 1892, en *OC*, t. 5, pp. 368-369.]

[Vida burocrática: peligro y azote]

[...] Nuevo queremos el carácter, y laborioso queremos al criollo, y la vida burocrática tenemosla por peligro y azote, y bregaremos por poner la tierra abierta, con el trabajo inmediato y diverso, a la vida natural, que es en la república la única garantía del derecho del hombre y de la independencia del país [...]

[“Los cubanos de afuera y los cubanos de adentro” (fragmento), *Patria*, 4 de junio de 1892, en *OC*, t. 1, p. 479.]

[“La esclavitud de los hombres”]

Yo sé de un pesar profundo
Entre las penas sin nombres:
¡La esclavitud de los hombres
Es la gran pena del mundo!

[*Versos sencillos*, “XXXIV” (fragmento), en *PCEC*, t. 1, p. 271.]

[Confiar en el pueblo: defender la República]

[...] Los que viven de otros, y pasan sobre zancos a través del mundo, sin halarse con hiel y sudor por la fatiga de la realidad, éstos no se pueden conocer, y desconfían de sí y de su pueblo: los que viven de sí, los que en la vida verdadera se han graduado de hombres, éstos se conocen y confían. ¡Defenderán la independencia primero, la república en la independencia, la independencia en la república!

[“¡Vengo a darte patria!” *Puerto Rico y Cuba!*” (fragmento), *Patria*, Nueva York, 14 de marzo de 1893, en *OC*, t. 2, pp. 256-257.]

[Verdadera grandeza de los pueblos]

[...] La grandeza de los pueblos no está en su tamaño, ni en las formas múltiples de la comodidad material, que en todos los pueblos aparecen según la necesidad de ellas, y se acumulan en las naciones prósperas, más que por genio especial de raza alguna, por el cebo de la ganancia que hay en satisfacerlas. El pueblo más grande no es aquel en que una riqueza desigual y desenfrenada produce hombres crudos y sórdidos, y mujeres venales y egoístas: pueblo grande, cualquiera que sea su tamaño, es aquel que da hombres generosos y mujeres puras. La prueba de cada civilización humana está en la especie de hombre y de mujer que en ella se produce.

[“Honduras y los extranjeros” (fragmento), *Putria*, 15 de diciembre de 1894. en *OC*, t. 8, p. 35.]

[Quien no crea, es dañino]

Es inútil, y generalmente dañino, el hombre que goza del bienestar de que no ha sido creador: es sostén de la injusticia, o tímido amigo de la razón, el hombre que en el uso inmerecido de una suma de comodidad y placer que no está en relación con su esfuerzo y servicio individuales, pierde el hábito de crear, y el respeto a los que crean.

[“Diario de Montecristi a Cabo Haitiano” (fragmento de la anotación del 3 de marzo de 1895), en *OC*, t. 19, pp. 203-204.]

Equidad

[Distribución equitativa]

¿Cómo se ha de decir bien en una mera carta de periódicos, escrita ahogadamente sobre la barandilla del vapor, toda la significación de un movimiento que trata de cambiar pacíficamente las condiciones desiguales en que viven los hombres, para evitar con un sistema equitativo de distribución de los productos del trabajo la tremenda arremetida de los menesterosos por la igualdad social, que dejaría atrás, y que dejará donde no se la evite, la que cerró e iluminó el siglo pasado en busca de la libertad política?

[...]

La libertad política, que ería sin duda y asegura la dignidad del hombre, no trajo a su establecimiento; ni erió aquí en su desarrollo, un sistema económico que garantizase a lo menos una forma de distribución equitativa de la riqueza; en que sin llegar a nivelaciones ilusorias e injustas, pudiese el trabajador vivir con decoro y sosiego, educar en honor a su familia, y ahorrar para su ancianidad como el legítimo interés de labor de toda su existencia, una suma bastante para librarlo del hambre, o de ese triste trabajo de los viejos que de veras es una ignominia para cuantos no hemos imaginado aún el modo de evitarlo: ilos viejos son sagrados!

[“Correspondencia particular de *El Partido Liberal*” (fragmentos), *El Partido Liberal*, México, 4, 5 y 6 de noviembre de 1886, en *OCNY*, pp. 67-69.]

[“Con todos, y para el bien de todos”]

Porque si en las cosas de mi patria me fuera dado preferir un bien a todos los demás, un bien fundamental que de todos los del país fuera base y principio, y sin el que los demás bienes serían falaces e inseguros, ese sería el bien que yo prefiriera: yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre. En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre: envilece a los pueblos desde la cuna el hábito de recurrir a camarillas personales, fomentadas por un interés notorio o encubierto, para la defensa de las libertades: sáquese a lucir, y a incendiar las almas, y a vibrar como el rayo, a la verdad, y síganla, libres, los hombres honrados. Levántese por sobre todas las cosas esta tierna consideración, este viril tributo de cada cubano a otro. Ni misterios, ni calumnias, ni tesón en desacreditar, ni largas y astutas preparaciones para el día funesto de la ambición. O la república tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre,—o la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una sola gota de sangre de nuestros bravos.

[...]

¡Pues alcémonos de una vez, de una arremetida última de los corazones, alcémonos de manera que no corra peligro la libertad en el triunfo, por el desorden o por la torpeza o por la impaciencia en prepararla; alcémonos, para la república verdadera, los que por nuestra pasión por el derecho y por nuestro hábito del trabajo sabremos mantenerla; alcémonos para darles tumba a los héroes cuyo espíritu vaga por el mundo avergonzado y solitario; alcémonos para que algún día tengan tumba nuestros hijos! Y pongamos alrededor de la estrella, en la bandera nueva, esta fórmula del amor triunfante: “Con todos, y para el bien de todos”.

[“Discurso en el Liceo Cubano, Tampa, 26 de noviembre de 1891” (fragmentos), en *OC*, t. 4, pp. 270 y 279.]

[“La República, sin secretos”]

[...] La república, sin secretos. Para todos ha de ser justa, y se ha de hacer con todos; pero no llegaría al triunfo, o llegaría envenenada, la república que, por apetito de auxiliares, prometiese en la sombra de la candidatura lo que no puede ni debe cumplir a la luz de la victoria. Levantarse sobre intrigas, es levantarse sobre serpientes. En revolución, los métodos han de ser callados; y los fines, públicos.

[“Las expediciones y la Revolución” (fragmento), *Patria*, 6 de agosto de 1892, en *OC*, t. 2, p. 93.]

[La fuerza de todos]

A su pueblo se ha de ajustar todo partido público, y no es la política más, o no ha de ser, que el arte de guiar, con sacrificio propio, los factores diversos u opuestos de un país de modo que, sin indebido favor a la impaciencia de los unos ni negación culpable de la necesidad del orden en las sociedades—sólo seguro con la abundancia del derecho—vivan sin choque, y en libertad de aspirar o de resistir, en la paz continua del derecho reconocido, los elementos varios que en la patria tienen título igual a la representación y la felicidad. Un pueblo no es la voluntad de un hombre solo, por pura que ella sea, ni el empeño pueril de realizar en una agrupación humana el ideal candoroso de un espíritu celeste, ciego graduado de la universidad bamboleante de las nubes. De odio y de amor, y de más odio que amor, están hechos los pueblos; sólo que el amor, como sol que es, todo lo abrasa y funde; y lo que por siglos enteros van la codicia y el privilegio acumulando, de una sacudida lo echa abajo, con su séquito natural de almas oprimidas, la indignación de un alma piadosa. Con esas dos fuerzas: el amor expansivo y el odio represor—cuyas formas públicas son el interés y el privilegio—se van edificando las nacionalidades. La piedad hacia los infortunados, hacia los ignorantes y desposeídos, no puede ir tan lejos que encabece o fomente sus errores. El reconocimiento de las fuerzas sordas y malignas de la sociedad,

que con el nombre de orden encubren la rabia de ver erguirse a los que ayer tuvieron a sus pies, no puede ir hasta juntar manos con la soberbia impotente, para provocar la ira segura de la libertad poderosa. Un pueblo es composición de muchas voluntades, viles o puras, francas o torvas, impedidas por la timidez o precipitadas por la ignorancia. Hay que deponer mucho, que atar mucho, que sacrificar mucho, que apearse de la fantasía, que echar pie a tierra con la patria revuelta, alzando por el cuello a los pecadores, vista el pecado paño o rusia: hay que sacar de lo profundo las virtudes, sin caer en el error de desconocerlas porque vengan en ropaje humilde, ni de negarlas porque se acompañen de la riqueza y la cultura. [...] Si desde la sombra entrase en ligas, con los humildes o con los soberbios, sería criminal la revolución, e indigna de que muriésemos por ella. Franca y posible, la revolución tiene hoy la fuerza de todos los hombres previsores, del señorío útil y de la masa cultivada, de generales y abogados, de tabaqueros y guajiros, de médicos y comerciantes, de amos y de libertos. Triunfará con esa alma, y perecerá sin ella. Esa esperanza, justa y serena, es el alma de la revolución.

[“El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la Revolución, y el deber de Cuba en América” (fragmento), *Patria*, 17 de abril de 1894, en OC, t. 3, pp. 139-141.]

[Voluntad de las masas]

Un progreso no es verdad sino cuando invadiendo las masas, penetra en ellas y parte de ellas; cuando no es sólo el Gobierno quien lo impone, sino las necesidades de él, que de la convicción unánime resulta. Toda la buena voluntad de un gobernante sería inútil si no la secundara con vigor e inteligencia la voluntad de los empleados. Las épocas de reforma no permiten reposo. Los apóstoles de las nuevas ideas se hacen esclavos de ellas.

[“Reflexiones destinadas a preceder a los informes traídos por los jefes políticos a las conferencias de mayo de 1878” (fragmento), s.f. [1877 ó 1878?], en *OC*, t. 7, pp. 168-169.]

[El pueblo: jefe verdadero]

Ignoran los déspotas que el pueblo, la masa adolorida, es el verdadero jefe de las revoluciones; y acarician a aquella masa brillante que, por parecer inteligente, parece la influyente y directora. Y dirige, en verdad, con dirección necesaria y útil en tanto que obedece,—en tanto que se inspira en los deseos enérgicos de los que con fe ciega y confianza generosa pusieron en sus manos su destino. Pero en cuanto, por propia debilidad, desoyen la encomienda de su pueblo, y asustados de su obra, la detienen; cuando aquellos a quienes tuvo y eligió por buenos, con su pequeñez lo empequeñecen y

con su vacilación lo arrastran,—sacúdense el país altivo el peso de los hombros y continúa impaciente su camino, dejando atrás a los que no tuvieron bastante valor para seguir con él. La política oportunista, como ahora se llama, pretendiendo erigir en especial escuela lo que no es más que el predominio del buen sentido en la gestión de los negocios públicos; la política oportunista, que no consiste en esperar ciegamente, y a pesar de todo, sino en no impacientarse cuando hay derecho a tener esperanza, no puede ser el loco empeño de fingirlas allí donde no hay razón alguna que las alimente o autorice. La libertad cuesta muy cara, y es necesario, o resignarse a vivir sin ella, o decidirse a comprarla por su precio.

[“Lectura en la reunión de emigrados cubanos, en Steek Hall, Nueva York, 24 de enero de 1880” (fragmento), en *OC*, t. 4, p. 193.]

[“El que consuela nunca yerra”]

[*Creer en el perfeccionamiento humano*]

Por su cerrada lógica, por su espaciosa construcción, por su lenguaje nítido, por su brillantez, trascendencia y peso, sobresale entre esos varios tratados aquel en que Herbert Spencer quiere enseñar cómo se va, por la excesiva protección a los pobres, a un estado socialista que sería a poco un estado corrompido, y luego un estado tiránico. Lo seguiremos de cerca en su raciocinio, acá extractando, allá supliendo lo que apunta; acullá, sin decirlo, arguyéndolo. [...] De fijarse mucho en la parte, se le han viciado los ojos de manera que ya no abarca con facilidad natural el todo; por lo que, con tanto estudiar las armonías humanas, ha llegado como a perder interés, y fe, por consiguiente, en las más vastas y fundamentales de la Naturaleza. Y este aspecto le viene de su gran cordura y honradez; pues ve tanto que hacer en lo humano, que el estudio de lo extrahumano le parece cosa de lujo, lejana e infecunda, a que podrá entregarse el hombre cuando ya tenga conseguida su ventura; en lo que yerra, porque si no se les alimenta en la ardiente fe espiritual que el amor, conocimiento y contemplación de la Naturaleza originan, se vendrán

los hombres a tierra, a pesar de todos los puntales con que los refuerce la razón, como estatuas de polvo. Preocupar a los pueblos exclusivamente en su ventura y fines terrestres, es corromperlos, con la mejor intención de sanarlos. Los pueblos que no creen en la perpetuación y universal sentido, en el sacerdocio y glorioso ascenso de la vida humana, se desmigajan como un men-druño roído de ratones.

[“Herbert Spencer” (fragmento), *La América*, Nueva York, abril de 1884, en *OC*, t. 15, pp. 387-388.]

La futura esclavitud

La Futura Esclavitud se llama este tratado de Herbert Spencer. Esa futura esclavitud, que a manera de ciudadano griego que contaba para poco con la gente baja, estudia Spencer, es el socialismo. Todavía se conserva empinada y como en ropas de lord la literatura inglesa; y este desdén y señorío, que le dan originalidad y carácter, la privan, en cambio, de aquella más deseable influencia universal a que por la profundidad de su pensamiento y melodiosa forma tuviera derecho. Quien no comulga en el altar de los hombres, es justamente desconocido por ellos.

¿Cómo vendrá a ser el socialismo, ni cómo éste ha de ser una nueva esclavitud? Juzga Spencer como victorias crecientes de la idea socialista, y concesiones débiles de los buscadores de popularidad, esa nobilísima tendencia, precisamente para hacer innecesario el socialismo, nacida de todos los pensadores generosos que ven cómo el justo descontento de las clases llanas les lleva a desear mejoras radicales y violentas, y no hallan más modo natural de curar el daño de raíz que quitar motivo al descontento. Pero esto ha de hacerse de manera que no se trueque el alivio de los pobres en fomento de los holgazanes; y a esto sí hay que encaminar las leyes que tratan del alivio, y no a dejar a la gente humilde con todas sus razones de revuelta.

So pretexto de socorrer a los pobres—dice Spencer,—sácense tantos tributos, que se convierte en pobres a los que no lo son. La ley que estableció el socorro de los pobres por

parroquias hizo mayor el número de pobres. La ley que creó cierta prima a las madres de hijos ilegítimos, fue causa de que los hombres prefiriesen para esposas estas mujeres a las jóvenes honestas, porque aquéllas les traían la prima en dote. Si los pobres se habitúan a pedirlo todo al Estado, cesarán a poco de hacer esfuerzo alguno por su subsistencia, a menos que no se los allane proporcionándoles labores el Estado. Ya se auxilia a los pobres en mil formas. Ahora se quiere que el gobierno les construya edificios. Se pide que así como el gobierno posee el telégrafo y el correo, posea los ferrocarriles. El día en que el Estado se haga constructor, cree Spencer que, como que los edificadores sacarán menos provecho de las casas, no fabricarán, y vendrá a ser el fabricante único el Estado; el cual argumento, aunque viene de arguyente formidable, no se tiene bien sobre sus pies. Y el día en que se convierta el Estado en dueño de los ferrocarriles, usurpará todas las industrias relacionadas con éstos, y se entrará a rivalizar con toda la muchedumbre diversa de industriales; el cual raciocinio, no menos que el otro, tambalea, porque las empresas de ferrocarriles son pocas y muy contadas, que por sí mismas elaboran los materiales que usan. Y todas esas intervenciones del Estado las juzga Herbert Spencer como causadas por la marea que sube, e impuestas por la gentualla que las pide, como si el loabilísimo y sensato deseo de dar a los pobres casa limpia, que sana a la par el cuerpo y la mente, no hubiera nacido en los rangos mismos de la gente culta, sin la idea indigna de cortejar voluntades populares; y como si esa otra tentativa de dar los ferrocarriles al Estado no tuviera, con varios inconvenientes, altos fines moralizadores; tales como el de ir dando de baja los juegos corruptores de la bolsa, y no fuese alimentada en diversos países, a un mismo tiempo, entre gentes que no andan por cierto en tabernas ni tugurios.

Teme Spencer, no sin fundamento, que al llegar a ser tan varia, activa y dominante la acción del Estado, habría éste de imponer considerables cargas a la parte de la nación trabajadora en provecho de la parte páupera. Y es verdad que si llegare la benevolencia a tal punto que los páuperos no necesitasen

trabajar para vivir—a lo cual jamás podrán llegar,—se iría debilitando la acción individual, y gravando la condición de los tenedores de alguna riqueza, sin bastar por eso a acallar las necesidades y apetitos de los que no la tienen. Teme además el cúmulo de leyes adicionales, y cada vez más extensas, que la regulación de las leyes anteriores de páuperos causa; pero esto viene de que se quieren legislar las formas del mal, y curarlo en sus manifestaciones; cuando en lo que hay que curarlo es en su base, la cual está en el enlodamiento, agusanamiento y podredumbre en que viven las gentes bajas de las grandes poblaciones, y de cuya miseria—con costo que no alejaría por cierto del mercado a constructores de casas de más rico estilo, y sin los riesgos que Spencer exagera—pueden sin duda ayudar mucho a sacarles las casas limpias, artísticas, luminosas y aireadas que con razón se trata de dar a los trabajadores, por cuanto el espíritu humano tiene tendencia natural a la bondad y a la cultura, y en presencia de lo alto, se alza, y en la de lo limpio, se limpia. A más que, con dar casas baratas a los pobres, trátase sólo de darles habitaciones buenas por el mismo precio que hoy pagan por infectas casueas.

Puesto sobre estas bases fijas, a que dan en la política inglesa cierta mayor solidez las demandas exageradas de los radicales y de la Federación Democrática, construye Spencer el edificio venidero, de veras tenebroso, y semejante al de los peruanos antes de la conquista y al de la Galia cuando la decadencia de Roma, en cuyas épocas todo lo recibía el ciudadano del Estado, en compensación del trabajo que para el Estado hacía el ciudadano.

Henry George anda predicando la justicia de que la tierra pase a ser propiedad de la nación; y la Federación Democrática anhela la formación de “ejércitos industriales y agrícolas conducidos por el Estado”. Gravando con más cargas, para atender a las nuevas demandas, las tierras de poco rendimiento, vendrá a ser nulo el de éstas, y a tener menos frutos la nación, a quien en definitiva todo viene de la tierra, y a necesitarse que el Estado organice el cultivo forzoso. Semejantes empresas aumenta-

rían de terrible manera la cantidad de empleados públicos, ya excesiva. Con cada nueva función, vendría una casta nueva de funcionarios. Ya en Inglaterra, como en casi todas partes, se gusta demasiado de ocupar puestos públicos, tenidos como más distinguidos que cualesquiera otros, y en los cuales se logra remuneración amplia y cierta por un trabajo relativamente escaso; con lo cual claro está que el nervio nacional se pierde. ¡Mal va un pueblo de gente oficinista!

Todo el poder que iría adquiriendo la casta de funcionarios, ligados por la necesidad de mantenerse en una ocupación privilegiada y pingüe, lo iría perdiendo el pueblo, que no tiene las mismas razones de complicidad en esperanzas y provechos, para hacer frente a los funcionarios enlazados por intereses comunes. Como todas las necesidades públicas vendrían a ser satisfechas por el Estado, adquirirían los funcionarios entonces la influencia enorme que naturalmente viene a los que distribuyen algún derecho o beneficio. El hombre que quiere ahora que el Estado cuide de él para no tener que cuidar él de sí, tendría que trabajar entonces en la medida, por el tiempo y en la labor que pluguiese al Estado asignarle, puesto que a éste, sobre quien caerían todos los deberes, se darían naturalmente todas las facultades necesarias para recabar los medios de cumplir aquéllos. De ser siervo de sí mismo, pasaría el hombre a ser siervo del Estado. De ser esclavo de los capitalistas, como se llama ahora, iría a ser esclavo de los funcionarios. Esclavo es todo aquel que trabaja para otro que tiene dominio sobre él; y en ese sistema socialista dominaría la comunidad al hombre, que a la comunidad entregaría todo su trabajo. Y como los funcionarios son seres humanos, y por tanto abusadores, soberbios y ambiciosos, y en esa organización tendrían gran poder, apoyados por todos los que aprovecharían o esperasen aprovechar de los abusos, y por aquellas fuerzas viles que siempre compra entre los oprimidos el terror, prestigio o habilidad de los que mandan, este sistema de distribución oficial del trabajo común llegaría a sufrir en poco tiempo de los quebrantos, violencias, hurtos y tergiversaciones que el espíritu de individualidad, la autoridad y osadía del genio, y las astucias del vicio originan

pronta y fatalmente en toda organización humana. “De mala humanidad—dice Spencer—no pueden hacerse buenas instituciones”. La miseria pública será, pues, con semejante socialismo, a que todo parece tender en Inglaterra, palpable y grande. El funcionarismo autoocrático abusará de la plebe cansada y trabajadora. Lamentable será, y general, la servidumbre.

Y en todo este estudio apunta Herbert Spencer las consecuencias posibles de la acumulación de funciones en el Estado, que vendrían a dar en esa dolorosa y menguada esclavitud; pero no señala con igual energía, al echar en cara a los páuperos su abandono e ignominia, los modos naturales de equilibrar la riqueza pública dividida con tal inhumanidad en Inglaterra, que ha de mantener naturalmente en ira, desconsuelo y desesperación a seres humanos que se roen los puños de hambre en las mismas calles por donde pasean hoscos y erguidos otros seres humanos que con las rentas de un año de sus propiedades pueden cubrir a toda Inglaterra de guineas.

Nosotros diríamos a la política: ¡Yerra, pero consuela! Que el que consuela, nunca yerra.

[“La futura esclavitud”, *La América*, Nueva York, abril de 1884, en *OC*, t. 15, pp. 388-392.]

[“Nadie inculpe jamás a los hambrientos”]

Nadie jamás inculpe a los sedientos
Sin calmar con el agua sus afanes:
Nadie inculpe jamás a los hambrientos
Sino acabando de ofrecerles panes.

[“Magdalena” (fragmento), en *PCEC*, t. II, p. 58.]

[Llegar a las puertas del cielo]

[...] Las castas que oprimen, y vienen de la gente feudal, han heredado con el nombre y privilegios de sus mayores, sus ferocidades y odios; pero los hombres de abajo, que serán pronto, por ley de amor e inteligencia, los de arriba, del Ande al Cáucaso y del Caspio al río Amarillo se dan en manos, y apretados pecho a pecho, andan. Es hermoso ver cómo

la tierra les va abriendo camino. Dónde pararán, no se sabe: pero se han decidido llegar a las puertas del cielo.

[“Escenas neoyorquinas” (fragmento), *El Triunfo*, 6 de septiembre de 1884, en *Anuario del Centro de Estudios Martíanos*, no. 5, La Habana, 1982, pp. 17-18.]

[La tierra es del pueblo]

[...] Estos son santos nuevos, que van por el mundo cerrando puertas al odio. Ven venir el huracán y lo van guiando. Como método, usan la paz. Como fin, ven que la tierra no niega nunca al hombre lo que ha menester, y quieren que la tierra se administre de modo que su producto sea repartido equitativamente entre todos los hombres. De esta idea central, que ha de encanecer antes de la victoria, surgen las reformas previas porque se ha de llegar a ella.

Del abuso de la tierra pública, fuente primaria de toda propiedad, vienen esas atrevidas acumulaciones de riquezas que arruinan en la competencia estéril a los aspirantes pobres: vienen esas corporaciones monstruosas, que inundan o encogen con su avaricia y estremecimientos la fortuna nacional: vienen esos inicuos consorcios de los capitales que compelen al obrero a perecer sin trabajo, o a trabajar por un grano de arroz: vienen esas empresas cuantiosas que eligen a su costo senadores y representantes; o los compran después de elegidos, para asegurar el acuerdo de las leyes que les mantienen en el goce su abuso; y les reparten, con la autoridad de la nación, nuevas porciones de la tierra pública, en cuyo producto siguen amasando su tremenda fuerza.

Estos apóstoles creen, pues, que ha de ponerse coto a la alianza ilícita entre las empresas y los representantes que, en nombre de la nación, dan a las corporaciones la riqueza de la tierra, por el interés de la parte de ella que les ha de ser devuelta, en forma de acciones o de lo que las valga, en pago de su voto:—¡ide su robo!

Estos apóstoles, George, Swinton, Post, Powderly, creen que la nación, que es el nombre de estado del guardián de la propiedad común, no puede dar en dominio la tierra que es

de todos, y es para todos necesaria, sino en arrendamiento o en préstamo, y sólo para los usos nacionales. Creen estos apóstoles que, puesto que el suelo público ha de llegar a ser del pueblo que en él vive, mientras menos se vaya dando de él, menos costará sacarlo de las manos de los que por cohecho o astucia se fueron alzando con los dominios públicos.

[“Nueva York en junio” (fragmento), *La Nación*, Buenos Aires, 15 de agosto de 1886, en *OC*, t. 11, p. 19.]

[Echar abajo el orden inmoral]

[...] ¿No son odiosos estos viejos carnudos, con ojos como lentejuelas, y estos jóvenes vendidos, fríos y envenenados? Otros viejos queremos, que no cambien, por unas cuantas trufas más, la corona de la vejez: otros jóvenes queremos, que no vivan de limosna, sino de sí, ni vayan de pajes secretos de la política, abriendo y cerrando la puerta de las mancebías, ni vayan de insolentes por la calle, con coche y plastrón, y tiemblen, como el caballo ante el látigo, en las antecámaras del poderoso o del vulgo. Y van estos bostonianos y socialistas de salón, hasta pedir que se nacionalicen las industrias, para que no haya estos magnates tentadores y estos políticos venales, y no se trabaje para tener más que el vecino, ni para cultivar lo grosero y feroz del hombre, sino para vivir a poco costo, en albedrío individual, y con tiempo y gusto para las cosas del corazón y de la mente. “Ya vendrán”, dice un comentador, “quién dé con el modo,—puesto que no es más que cuestión de modo,—de echar abajo sin violencia este orden de acumulaciones inmorales, sin contrariar la naturaleza individual, y aun los defectos inevitables, y por tanto necesarios, del carácter del hombre.”

[“Desde el Hudson” (fragmento), *La Nación*, Buenos Aires, 20 de febrero de 1890, en *OC*, t. 12, p. 378.]

[“Desatar a América, y desuncir al hombre”]

[...] Y como en la sala de baile, colgado el techo de rosas y la sala henchida de señoriles parejas, se acogiese con su amigo

caminante a la ventana a que se apiñaba el gentío descalzo, volvió el General los ojos, a una voz de cariño de su amigo, y dijo, con voz que no olvidarán los pobres de este mundo: "Para éstos trabajo yo".

Sí: para ellos: para los que llevan en su corazón desamparado el agua del desierto y la sal de la vida: para los que le sacan con sus manos a la tierra el sustento del país, y le estancan el paso con su sangre al invasor que se lo viola: para los desvalidos que cargan, en su espalda de americanos, el señorío y pernada de las sociedades europeas: para los creadores fuertes y sencillos que levantarán en el continente nuevo los pueblos de la abundancia común y de la libertad real: para desatar a América, y desuncir el hombre.

[“El General Gómez” (fragmento), *Patria*, 26 de agosto de 1893, en OC, t. 4, p. 450.]

[“Por lo noble se ha de juzgar una aspiración”]

[...] Por ahí es por donde nuestra tierra está pecando: por lo feos y escasos que andan, por allí el amor y la amistad.—Ahí tienes una nimiedad que ni a ti ni a mí nos puede dejar los ojos secos.—Es preciso merecer ese cariño. Una cosa te tengo que celebrar mucho, y es el cariño con que tratas, y tu respeto de hombre, a los cubanos que por ahí buscan sinceramente, con este nombre o aquel, un poco más de orden cordial, y de equilibrio indispensable, en la administración de las cosas de este mundo. Por lo noble se ha de juzgar una aspiración: y no por esta o aquella verruga que le ponga la pasión humana. Dos peligros tiene la idea socialista, como tantas otras:—el de las lecturas extranjerizas, confusas e incompletas,—y el de la soberbia y rabia disimulada de los ambiciosos, que para ir levantándose en el mundo empiezan por fingirse, para tener hombros en que alzarse, frenéticos defensores de los desamparados. Unos van de pedigüenos de la reina,—como fue Marat, cuando el libro que le dedicó con pasta verde,—a la lisonja sangrienta, con su huevo de justicia, de Marat. Otros pasan de energúmenos a chambelanes,

como aquellos de que cuenta Chateaubriand en sus *Memo-
rias*. Pero en nuestro pueblo no es tanto el riesgo, como en
sociedades más iracundas, y de menos claridad natural: ex-
plicar será nuestro trabajo, y liso y hondo, como tú lo sabrás
hacer: el caso es no comprometer la excelsa justicia por los
modos equivocados o excesivos de pedirla. Y siempre con la
justicia, tú y yo, porque los errores de su forma no autorizan
a las almas de buena cuna a desertar de su defensa.

[“Carta a Fermín Valdés Domínguez” (fragmento), Nueva York, mayo de
1894, en *Epistolario*, t. IV, pp. 128-129.]

[“Surgirá radiante”]

Siempre que hundo la mente en libros graves
La saco con un haz de luz de aurora:
Yo percibo los hilos, la juntura,
La flor del Universo: yo pronuncio
Pronta a nacer una inmortal poesía.
No de dioses de altar ni libros viejos,
No de flores de Grecia, repintadas
Con menjurjes de moda, no con rastros
De rastros, no con lívidos despojos
Se amasará de las edades muertas:
Sino de las entrañas exploradas
Del Universo, surgirá radiante
Con la luz y las gracias de la vida.
Para vencer, combatirá primero:
E inundará de luz, como la aurora.—

[“(Siempre que hundo la mente en libros graves)”, *Versos libres*, en *PCEC*,
t. I, p. 136.]

Los pobres de la tierra

Sépanlo al menos. No trabajan para traidores. Un pueblo
está hecho de hombres que resisten, y hombres que empu-
jan: del acomodo, que acapara, y de la justicia, que se rebe-
la: de la soberbia, que sujeta y deprime, y del decoro, que no
priva al soberbio de su puesto, ni cede el suyo: de los derechos

y opiniones de sus hijos todos está hecho un pueblo, y no de los derechos y opiniones de una clase sola de sus hijos; y el gobierno de un pueblo es el arte de ir encaminando sus realidades, bien sean rebeldías o preocupaciones, por la vía más breve posible, a la condición única de paz, que es aquella en que no haya un solo derecho mermado. En un día no se hacen repúblicas; ni ha de lograr Cuba, con las simples batallas de la independencia, la victoria a que, en sus continuas renovaciones, y lucha perpetua entre el desinterés y la codicia y entre la libertad y la soberbia, no ha llegado aún, en la faz toda del mundo, el género humano.

["Los pobres de la tierra" (fragmento), *Patria*, 24 de octubre de 1894, en *OC*, t. 3, pp. 304-305.]

["Derecho igual de todos"]

Callados, amorosos, generosos, los obreros cubanos en el Norte, los héroes de la miseria que fueron en la guerra de antes el sostén constante y fecundo, los mozos recién venidos del oprobio y de la aniquilación del país, trabajaron, todo el día Diez de Octubre, para la patria que acaso los más viejos de ellos no lleguen a ver libre; para la revolución cuyas glorias pudieran recaer, por la soberbia e injusticia del mundo, en hombres que olvidasen el derecho y el amor de los que les pusieron en las manos el arma del poder y de la gloria.—¡Ah, no!, hermanos queridos. Esta vez no es así. Ni se ha adulado, suponiendo que la virtud es sólo de los pobres, y de los ricos nunca; ni se ha ofrecido sin derecho, en nombre de una república a quien nadie puede llevar moldes o frenos, el beneficio del país para una casta de cubanos, ricos soberbios o pobres codiciosos, sino la defensa ardiente, hasta la hora de morir, del derecho igual de todos los cubanos, ricos o pobres, a la opinión franca y al respeto pleno en los asuntos de su tierra: ni con otra moneda que la del cariño sincero, y el amor armado en el decoro del hombre, y la viril fiereza de quien no se tiene por varón mientras haya en la tierra una criatura mermada o humillada, se compró esta

vez esa fe tierna de los hombres del trabajo en la revolución que no los lisonjea, ni los olvida.

[“Los pobres de la tierra” (fragmento), *Patria*, 24 de octubre de 1894, en *OC*, t. 3, p. 304.]

[“Elaboro el porvenir”]

Y de mí le he de decir
Que en el sigilo, sereno,
Sin miedo al rayo ni al trueno
Elaboro el porvenir.

[“A Serafín Bello” (fragmento), *Cartas rimadas*, en *PCEC*, t. II, p. 272.]

[“Patria es humanidad”]

Cada cual se ha de poner, en la obra del mundo, a lo que tiene más cerca, no porque lo suyo sea, por ser suyo, superior a lo ajeno, y más fino o virtuoso, sino porque el influjo del hombre se ejerce mejor, y más naturalmente, en aquello que conoce, y de donde le viene inmediata pena o gusto: y ese repartimiento de la labor humana, y no más, es el verdadero e inexpugnable concepto de la patria. Levantando a la vez las partes todas, mejor, y al fin, quedará en alto todo: y no es manera de alzar el conjunto el negarse a ir alzando una de las partes. Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca, y en que nos tocó nacer;—y ni se ha de permitir que con el engaño del santo nombre se defiendan a monarquías inútiles, religiones ventrudas o políticas descaradas y hambronas, ni porque a estos pecados se dé a menudo el nombre de patria, ha de negarse el hombre a cumplir su deber de humanidad, en la porción de ella que tiene más cerca. Esto es luz, y del sol no se sale. Patria es eso.—Quien lo olvida, vive flojo, y muere mal, sin apoyo ni estima de sí, y sin que los demás lo estimen: quien cumple, goza, y en sus años viejos siente y trasmite la fuerza de la juventud: no hay más viejos que los egoístas: el egoísta es dañino, enfermizo, envidioso, desdichado y cobarde.

[“En Casa. *La Revista Literaria Dominicense*” (fragmento), *Patria*, 25 de enero de 1895, en *OC*, t. 5, pp. 468-469.]

[Poesía y Revolución]

¡Verso, nos hablan de un Dios
Adonde van los difuntos:
Verso, o nos condenan juntos,
O nos salvamos los dos!

[Versos sencillos, "XLVI" (fragmento), en *PCEC*, t. I, p. 284.]

Mi verso crecerá: bajo la yerba
Yo también creceré

["Antes de trabajar" (fragmento), *Versos libres*, en *PCEC*, t. I, p. 126.]

Índice

De ideas y de actos se trata

Presentación / 13

Motivaciones. Objetivos / 15

Sobre la presentación de los documentos / 21

Sobre las siglas utilizadas / 23

José Martí: Hombre de todos los tiempos

Semblanza biográfica de José Martí / 27

José Martí. 1853-1895. Cronología mínima / 51

Nuestra América

Unidad de Nuestra América / 65

Nuestra América y los Estados Unidos / 85

Paradigmas americanos / 102

Las entrañas imperiales

Los Estados Unidos, república imperial / 123

Injusticia social / 139

Otros imperios, iguales objetivos / 159

Táctica y estrategia revolucionarias

Unidad: Principio estratégico esencial / 171

Plan contra plan / 178

Organizar para triunfar / 190

Contribuir al equilibrio del mundo / 203

Un mundo nuevo

Libertad verdadera / 225

Pueblo de creadores / 232

Equidad / 236

Sociedad más justa / 240

NUESTRA AMÉRICA COMBATE

José Martí

Esta “pequeña selección”, como su compilador la define en la presentación al volumen, recoge con suficiencia y organicidad fragmentos y textos íntegros del pensamiento político siempre alentador y fructífero de José Martí. Aquí se agrupan las ideas, preocupaciones, previsiones y proyectos que en torno a Nuestra América dominaron la existencia del Apóstol; además de una semblanza biográfica y una breve cronología, que adentran al lector en la comprensión de su vida y de su obra. Es una incitación a su descubrimiento y a la profundización en el conocimiento sobre el más universal de los cubanos.

ISBN 978-959-271-089-4



9 789592 710894

